EL PORVENIR

DE LA RAZA BLANCA

(CRÍTICA DEL PESIMISMO CONTEMPORÁNEO)

POR

J. NOVICOW

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE ODESSA (RUSIA)
MIEMBRO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE SOCIOLOGÍA

VERSIÓN CASTELLANA AUTORIZADA POR EL AUTOR



MADRID
ADMINISTRACIÓN
Calle de Valencia, núm. 28

MADRID.—Est. Tip. de los Hijos de F. Marqués. Madera, 11.

EL PESIMISMO

Nótase desde hace algún tiempo la aparición en diferentes pueblos de Europa de una serie de publicaciones en las que se pinta con los tonos más sombríos el porvenir de la raza blanca: en efecto, el pesimismo está ahora muy de moda, sintiéndose algo así como un secreto placer en llevar atristado el corazón. Antes, á la conclusión de un drama ó de una novela, se procuraba causar, la dulce emoción engendrada por el triunfo del bien; en nuestros días, se tiende de modo principalísimo á producir un sentimiento de amargura y tristeza. Existe una especie de complacencia en estudiar únicamente el aspecto negro de las cosas.

Hase decretado la muerte de todo lo bello y generoso; la raza blanca será destruída por las razas inferiores; la barbarie, y aun el salvajismo, la domeñarán con definitiva esclavitud. Saboréase cierto deleite en soñar estas perspectivas desoladoras, poniéndose cierta coquetería en enervar nuestra virilidad, en agotar nuestras energías, y en alejar de nosotros la esperanza de un porvenir más risueño.

Aclaremos con algunos ejemplos estas afirmaciones:

«Hace cien años, escribe G. Le Bon (1), un obrero era un verdadero artista, apto para ejecutar todos los detalles de cualquier mecanismo. Hoy es un simple peón, que nunca labora más que una sola pieza, y cuya vida transcurre practicando agujeros iguales, ó limando la misma pieza, por todo lo cual, su inteligencia se atrofia presto de una manera completa.»

Advirtamos desde luego que la psicología del doctor Le Bon se nos antoja harto extraña. Cuanto más automático es un trabajo, tanto más libre es la inteligencia del que lo realiza. Cuando el obrero había menester preocuparse de su labor, sólo pensaba en ella. Cuando la mano ejecuta inconscientemente la tarea diaria, nada impide á la imaginación trabajar y remontarse á las regiones más elevadas. Sumemos á esto que, aun en nuestros tiempos, ciertos obreros, por ejemplo, los montadores, necesitan ser muy hábiles. Por otra parte, muchos obreros trabajan al presente ocho horas, leen periódicos, intervienen en la política, votan, concurren asiduamente á las reuniones públicas y á las conferencias científicas, se organizan en sindicatos, y se alistan en otras asociaciones. Hace un siglo, apenas si existía nada de todo esto, cuyo educador influjo sobre el cerebro de la masa obrera no puede discutirse. En la actualidad, un obrero francés ó inglés se parece á un burgués. Si es laborioso y ordenado, puede procurarse un bienestar que sus predecesores jamás vislumbraron.

(1) *Les Lois Psychologiques de l'Evolution des peuples;* París. F. Alcan, 1894, pág. 38.

Le Bon hace caso omiso de todas estas observaciones. Sistemáticamente, por pesimismo, se fija sólo en una de ellas: la monotonía del trabajo diario. Muchos burgueses, por ejemplo, los empleados de Correos, realizan labores tan mecánicos como los obreros. ¡No parece sino que la monotonía del trabajo no embrutece *más que al obrero*! Ni siquiera meditamos en cuán convencional es el término *obrero*. Un individuo que hace agujeros en una fábrica es un obrero; mas otro que sella cartas en una oficina no lo es. ¿Por qué? ¿Dónde empieza y dónde concluye el obrero?

La civilización sufre, como en la época de Rousseau, abrumadores reproches. Culpásela como origen de innúmeros males; entre otros, el de sumir á todos los hombres en un promedio oscuro y tenebroso, y hacer imposibles la originalidad y el individualismo. «La cultura excesiva destruye la nota personal del carácter, afirma Ribot. (1) Ensalzando á unos, y rebajando á otros, tiende á la nivelación universal; crea hombres amorfos.» Aun aquí, sólo se examina un estado de las cosas. «Olvídase, continúa el mismo autor, que en el otro extremo de la vida social, en el estado de salvajismo, los usos,

(1) *Psicología de los sentimientos.*—No obstante, precisa consignar que otros escritores, afiliados igualmente á las banderas pesimistas, sustentan opiniones diametralmente opuestas. «Los individuos en las razas inferiores presentan entre sí una igualdad manifiesta. Conforme las razas avanzan en el camino de la civilización, sus miembros tienden á diferenciarse cada vez más.»

Le Bon, *op. cit.*, pág. 167.

las costumbres y los ritos gravitan enormemente sobre cada uno. Es imposible discutirlos ni infringirlos, rechazándose con horror toda innovación. Estas condiciones dificultan muchísimo el progreso individual.»

En Francia circula como un dogma indubitable la inminente decadencia de las razas latinas. «En todos los pueblos latinos, dice Le Bon, se perciben síntomas de desmoralización (1). Los escándalos de los Bancos italianos, en que los políticos más conspicuos ejercitan el robo en grande escala; la quiebra de Portugal; el ruinoso estado financiero de España, y la profunda decadencia de las Repúblicas latinas de América, evidencian que el carácter y la moralidad de algunos pueblos están heridos de muerte, y que *se avecina su desaparición en el concierto mundial.*»

Cuando los escándalos acaecen en los países anglosajones y eslavos—¡Dios sabe lo frecuentes que son! (2)—nadie les presta atención;

(1) *Op. cit.*, pág. 160.

(2) Citemos aquí uno solo: Las pensiones que se reparten en los Estados Unidos á los pretendidos veteranos de la guerra de Secesión, ascienden á 800 millones de francos *anuales*. Ésta es la dilapidación más enorme que se registra en la historia de los fondos públicos. Los robos cometidos en los Bancos de Italia son, comparados con ella, verdaderos juegos de niños. Adúcese frecuentemente lo del Panamá como un testimonio de la desmoralización de las costumbres francesas. Esta Empresa pidió próximamente 1.500 millones de francos, de los que quizás se hayan gastado unos 20 en comprar conciencias. Cuando esto se supo, los franceses prorrumpieron en gritos de desesperación, no faltando quienes afirmaran que su raza había llegado á la suprema decadencia, y que toda redención era imposible para ella. Nosotros pensamos, muy al contrario, que el asunto del Panamá es una prueba palmaria de cuán elevado se encuentra todavía en Francia el nivel de la moralidad. En otros países, los Panamás son cosa corriente, sin que nadie se asuste, ni crea que ha llegado el fin del mundo, ni siquiera muestre el más leve asombro. En los Estados Unidos existe una Bolsa de votos, como existen Bolsas de trigo ó de algodón. El ciudadano á quien interese la aprobación de un proyecto de ley, compra los diputados, pactándose los contratos á la luz del día, sin que por eso se diga que está comprometido el porvenir de la raza anglosajona. En el siglo XVIII había en el Parlamento de Westminster un departamento para la compra de votos. Ahora podemos estar convencidos de que hubiera errado de medio á medio quien, fundándose en semejante venalidad, hubiese profetizado la pronta decadencia del pueblo inglés; no advirtiéndose por ninguna parte la razón de que los vicios que no son mortales para los anglosajones, hayan de serlo para las otras razas.

cuando ocurren en un pueblo latino, prueban que la raza en ellos ha abocado al ínfimo grado de decrepitud. ¡He aquí la lógica del pesimismo!

Un publicista francés, discurriendo sobre la emigración en la República Argentina, observa que han entrado en dicho país, desde 1857 á 1894, 1.293.400 italianos, franceses y españoles, y sólo 31.000 ingleses. No obstante, concluye: «Como la natalidad de las razas latinas decrece de día en día, cabe creer ante esas cifras que, por fin, la República Argentina dejará de ser latina.» (1). Ahora bien; la natalidad disminuye igualmente en algunos pueblos anglosajones, como en Inglaterra y Nueva Inglaterra, y aumenta en algunos países lati-

(1) *Revue scientifique:* 7 Septiembre de 1895, página 318.

cuela de las grandes victorias de la justicia.

A partir de la dolorosa decepción de 1815, el pesimismo era, por decirlo así, endémico en Alemania. Esta gran nación no se ha curado de él después de 1870, porque (lo diremos otra vez) su unidad se ha formado mediante procedimientos que la opinión pública de nuestros días repugna enérgicamente.

Las otras naciones padecen el contagio, estando inficcionadas en cierto modo por las ideas alemanas y francesas. El mal ha invadido aun á aquéllas que carecían de todo motivo para precipitarse en brazos del pesimismo; antes que ninguna otra, la Gran Bretaña. Los ingleses vencieron en las luchas napoleónicas; sin embargo, la decepción causada por la bancarrota de la Revolución francesa inició entre ellos una corriente pesimista no menos intensa que la que avasallaba el resto del Continente. La crisis de 1870 no ha pesado tan abrumadoramente; empero, desde esta fecha, numerosos ingleses se han abandonado á la desesperación: en este libro habremos de contender especialmente con uno de ellos.

Alemania, Inglaterra y Francia dirigen é inspiran el pensamiento europeo. Cuando el pesimismo realizó grandes progresos en estas naciones, las otras no pudieron librarse de él. Italia intervino, muy cierto que con su cuenta y su razón, en el movimiento, y también sufrió grandes decepciones. La unidad debía ser la panacea de todos los males posibles; mas sólo ha engendrado impuestos abrumadores y una situación económica de las más desastrosas. En Rusia se inició un vigoroso empuje en 1861.

La aristocracia de este país renunció á sus prerrogativas con una abnegación que recordaba algo la noche del 4 de Agosto; una bella etapa de regeneración siguió á la libertad de los siervos. Por desgracia, el asesinato de Alejandro II ha desvanecido muchas ilusiones de la sociedad rusa, tocada también por el morbos de la apatía y la desesperación.

¿Está justificado el pesimismo de nuestra época? De que Francia haya sido derrotada en varias ocasiones, ¿debe seguirse que la civilización europea está condenada á perecer? Francia ha sufrido desastres mucho más formidables que el de 1870, y de ellos se ha repuesto muy bien. Cuando Enrique de Inglaterra llegó á ser, en 1420, regente del reino de Francia, entonces sí que pudo decirse *¡finis Galliæ!* (1). Y, en realidad de verdad, ¿qué ha sucedido? Ese reino, reputado como perdido, ha llegado dos siglos más tarde, á ser el más poderoso de Europa. Mas, aun en la hipótesis de que un gran país, como Francia ó Rusia, padeciera un desmembramiento como el de la infortunada

---

(1) Y aun tampoco esto es cierto. La conquista de Francia por la dinastía de los Plantagenets, hubiera valido tanto como la sustitución de una casa real por otra, como la conquista de Guillermo I ha sido la sustitución de la casa normanda por la de Harold. La conquista de los Plantagenets no implicaba en modo alguno la desmembración del reino de Francia. Supóngase que esa ocupación hubiera prosperado, y, en esta hipótesis, sucedería que desde 1420 existiría un solo Estado, en el que estarían fusionadas Francia é Inglaterra. ¿Cabe dudar que el florecimiento de ambos países excedería entonces incomparablemente al logrado en la actualidad por ellos?

Polonia, ¿sobrevendría por ello la muerte del progreso? La civilización no depende exclusivamente de las clasificaciones territoriales de nuestro Continente. Además, conviene no olvidar que la grandeza de un país no deriva en modo alguno de su importancia política. Francia era en 1775 muy débil bajo el aspecto militar, y por aquel entonces era, sin disputa ninguna, la primera nación de Europa. No reconocía rival en las artes, en las ciencias, en la literatura y en determinadas industrias, siendo el foco más intenso de luz de la humanidad. Toda Europa parecía estar por aquella época suspensa de los labios de Francia.

Después de la conquista de Polonia por sus tres vecinos, han restado quince millones de polacos, entre los que han brillado poetas, artistas, sabios y escritores del renombre más preclaro. Polonia ha vivido el siglo de oro de su literatura después de su tercer reparto. De idéntica manera, aunque se desmembrara á Francia ó á Rusia, nada podía impedir que las nacionalidades francesa ó rusa prosiguiesen brillando esplendorosamente. Para asesinar estas fuertes individualidades colectivas, precisaría que pereciesen inmediatamente decenas de millones de hombres, ó degradarlos hasta un embrutecimiento absoluto, cosas de muy difícil realización.

Mas, aun en el caso de que una nación poderosa, como Francia ó Rusia, llegará á desaparecer—lo que hoy es casi imposible,—¿perecería por esto la civilización? Nuestra madre común, la divina Grecia, ha dormido durante mil años un letargo muy semejante á la muerte, sin que la barbarie haya podido dominar en el mundo. Otro tanto acaecería si el fenómeno se reprodujese en Francia ó en Rusia.

Dedúcese de todo esto, que las catástrofes que puedan aquejar á uno ó varios de los grandes pueblos modernos, no justifican suficientemente el pesimismo.

A pesar de ello, el pesimismo alcanza en nuestros días extraordinario predicamento; todos son sus esclavos: los filósofos, los poetas, los novelistas, los sociólogos, los publicistas; sus escritos nada dejan que desear en punto á tristuras. Sus sistemas son admirables; pero antojásenos que ya es hora de inquirir si son verdaderos, y someterlos á un severo análisis que no se pague de frases, rutinarismos, ni arcaicos moldes.

El optimismo y el pesimismo son productos de dos factores: uno interno, el temperamento; otro externo, el conjunto de accidentes históricos. Un fenómeno que atribula á un individuo, apenas afecta á la conciencia de otro; una injusticia que hiere profundamente á un hombre amargando su vida, excita la hilaridad de otro. El mundo es lo que es: los unos le toman alegremente: los otros le toman por lo trágico; pero, independientemente del criterio personal, los hechos existen. Cabe afirmar que ayer hizo calor, y que hoy hace frío; son apreciaciones subjetivas. Es posible estar enfermo un día, y sentir mucho el frío; se puede estar sano al día siguiente, y ni siquiera reparar en la temperatura exterior. No obstante, si se consulta el termómetro, y ayer marcaba 10° sobre cero, y hoy señala 12°, la cuestión está resuelta ple-

namente. La temperatura de la víspera era más baja, y, plazca ó no á los sentidos, el fenómeno ocurrió así.

Nos proponemos desempeñar el oficio de termómetro. Para ello, estudiaremos una á una las aseveraciones de los pesimistas, sometiéndolas á la más fría é imparcial de las críticas: la de las cifras, la de los hechos y la de las verdades sancionadas por la ciencia.



LIBRO PRIMERO

Fenómenos económicos

CAPÍTULO PRIMERO

La ruina por los jornales reducidos

«Allí donde el obrero chino, y aun el negro, entre en competencia con el blanco, escribe E. Faguet (1), éste será vencido. Así lo hemos visto en *Outre-Mer* de Bourget, obra en la que se plantea con admirable claridad el pavoroso problema de las razas. *El obrero de cinco perras vence, naturalmente, al obrero de cinco pesetas.*»

Todos hablan del *peligro amarillo*. Hay cuatrocientos millones de chinos. Teóricamente, pueden armar en pie de guerra treinta millones que, en una apacible mañana, invadirán á Europa, y, después de pasar á cuchillo á sus habitantes, acabarán con la civilización occidental. He aquí un hecho que hace algunos años parecía inminente. Mas, en nuestros días, na-

(1) *Journal des Debats* del 25 de Julio de 1895; *Le Prochain moyen âge.*

die ignora que los chinos aborrecen con horror insuperable el servicio militar. Desde su derrota por los japoneses, diez veces menos numerosos que ellos, los pesimistas han cambiado de modo radical. Ya no hemos de temer el *peligro amarillo* bajo la forma de invasión militar, á lo menos en el período en que más puede preocuparnos; el *peligro amarillo* se avecina principalmente por la parte del *obrero* chino, que se satisface con veinticinco céntimos.

«Nadie discute la habilidad ni la extrema sobriedad del obrero oriental, dice H. Norman (1). Entre dos obreros igualmente hábiles, el más sobrio tiene asegurada su superioridad, de la que estará todavía mucho más cierto si se contenta con un jornal muy inferior al de su competidor. Mas—y he aquí el caso del obrero amarillo en su relación con el blanco—éste es previamente vencido, y el obrero amarillo juega á su antojo con el obrero blanco.» Los chinos, los indos y los negros, que se limitan á ganar un pequeño salario, fabricarán bien presto todos los productos con menos coste que los blancos; nadie comprará entonces los artículos de éstos, que, faltos de ocupación, se verán precisados á perecer de

(1) Citado por P. D'Estournelle de Constant en un artículo de la *Revue de Deux Mondes;* 1.º de Abril de 1896, pág. 666.

hambre. Europa irá transformándose en un desierto, concluyendo así nuestra civilización.

Inspíranse estos argumentos en una serie de sofismas, cuya crítica impórtanos muy mucho.

En primer término, ¿por qué sostener que las razas inferiores se contentan con un jornal reducido, luego que puedan conseguirlo mayor? Todo el edificio de la argumentación pesimista se fundamenta sobre este aserto: el chino se declara satisfecho con algunos sapeques (1), bastándole un puñado de arroz para vivir. Es sobrio; luego sus productos serán más baratos que los nuestros; luego nos aplastará.

Nada más absurdo que afirmar que las razas inferiores se contentan con un salario bajo cuando pueden obtenerlo más elevado.

Los obreros cafres ganan en el Transvaal 75 pesetas mensuales, además de la manutención, lo que equivale á 90 pesetas, es decir, tres pesetas diarias. Los chinos en California cobran jornales de cinco pesetas diarias (2).

¿Por qué, nos atrevemos á preguntar, en estos dos casos, los individuos de esas razas inferiores no se *contentan* con los 25 céntimos? Pues por una razón elementalísima: los chi-

(1) Moneda de cobre equivalente á un franco.
(2) En lo que se refiere al Transvaal, léase el *Journal des Debats* de 5 de Abril de 1896, y sobre la California, el *Journal des Economistes* de Agosto de 1893, pág. 184.

nos, como todo lo que vive, huyen el dolor, y corren en busca del placer. Las leyes biológicas pesan con igual intensidad sobre los europeos y sobre los viles chinos, porque las leyes de la Naturaleza y las leyes sociales son las mismas para todas las razas Desde que un individuo tiene la posibilidad de ganar un duro, ya no se satisface con un real. El obrero chino exige resueltamente en California un duro; y si le fuera posible obtener dos, no vacilaría en reclamarlos. El tipo de los salarios depende de factores económicos, no de factores psicológicos: nada tienen que ver en el asunto el color de la piel ni el ángulo facial. Un *noble* ario puede ganar salarios muy bajos—muchos obreros europeos envidiarán los jornales de los cafres del Transvaal,—y un *vil* turanio, salarios muy altos. Además, no es suficiente pertenecer á la misma raza para disfrutar los mismos jornales; hoy, un carpintero gana en Coolgardie 16 pesetas diarias, y en Odessa, nada más que cuatro, y, sin embargo, los dos son blancos.

El chino se contenta con algunas sapeques en su país, porque no le queda otro remedio; pero, aun en su patria, desde que puede obtener más, ya no está satisfecho con lo menos. Las bases fundamentales de las sociedades indas y chinas son las mismas que las nuestras, notándose en ellas, igual que entre nosotros,

la mayor desproporción de fortunas. En China y en la India hay, como en Europa, millonarios y mendigos; en China, como en Europa, los hombres trabajan día y noche para adquirir riquezas: unos prosperan y acumulan fuertes capitales; otros no prosperan, y viven en la medianía, ó descienden hasta la miseria. Por el impulso de abajo arriba, la eterna ascensión de la pobreza á la opulencia se advierte lo mismo en Asia que en Europa. Es la trama cotidiana de la vida social, y á cada instante, en China como entre nosotros, unos suben los escalones de la fortuna, mientras que otros bajan por ellos.

La afirmación de que nuestra raza está condenada á perecer porque los obreros chinos se contentan con un puñado de arroz, arguye una profunda ignorancia de los fenómenos sociales más universales. Tan pronto como un asiático puede ganar dinero, deja de contentarse con un puñado de arroz. ¡Cuánto no ensordecen los pesimistas nuestros oídos con lo de la *sobriedad* de los chinos, escollo contra el cual se estrellará nuestra civilización! Pues bien: se equivocan de un modo lastimoso, porque precisamente el chino es el hombre menos sobrio de la tierra. En ninguna parte es tan refinada la cocina como en China, donde abundan las comidas de 140 platos, y donde se gastan en man-

jares raros sumas cuantiosas. Algo confusos en materias geográficas, olvidan que no toda la China se encuentra en la zona caliente, donde se hace menos preciso un alimento muy abundante. Los indos, habitando bajo un cielo de fuego, son naturalmente bastante sobrios. Empero se puede comer poco y bien, y en la mesa de los ricos de Calcuta y de Benarés se sirven platos muy variados. Así, pues, también en la India existen los placeres gastronómicos (1).

Si, en su consecuencia, el mayor peligro de nuestra civilización procede de que los asiáticos se contenten con el llamado puñado de arroz, nada debe turbar la tranquilidad de nuestro sueño.

La leyenda de la sobriedad china reconoce como principal origen el hecho de que los emigrantes del Imperio del Medio realizan grandes economías en los países donde trabajan temporalmente, lo que también acaece con los italianos. Mas si los celestes se muestran satisfechos con un puñado de arroz durante algunos años, es para vivir mejor después, cuando regresen á su hogar.

(1) De igual suerte, en la zona tórrida no se necesita otro vestido que un pedazo de tela que cubra los riñones; lo que no impide que los indos ricos luzcan magníficos trajes de coste muy elevado.

De tres maneras puede el chino utilizar los beneficios realizados en su país: primero, consumiéndolos inmediatamente. En este caso, con un jornal de un duro, vivirá bajo el tipo de un duro, y no de un real. No se satisfará, en su consecuencia, con un puñado de arroz; fomentará el comercio. En segundo lugar, el chino puede economizar, y emplear ventajosamente su capital: entonces, él, ú otras personas, comprarán instrumentos de trabajo, sembrarán los campos yermos; en una palabra, contribuirán al progreso del país, porque hacer valer los capitales, significa aplicarlos á cualquiera producción. Por último, el chino puede guardar sus economías en una media de lana, como en otros tiempos lo verificaban los aldeanos europeos: empero indefectiblemente llegará un día en que su hijo ó su nieto saquen el dinero de la media para divertirse con él, ó para colocarle; y en estos casos, esos capitales tornan á circular. No se perderán más que las monedas enterradas y olvidadas; pero esto es muy raro. Es harto sabido que los buscadores de tesoros fracasan casi siempre.

Poco importa el lugar donde el chino gaste sus economías; en América ó en el Celeste Imperio, vuelven á la circulación universal, influyendo, aunque indirectamente, sobre el país de donde proceden.

Además, debe tenerse muy en cuenta que si el obrero indo percibe un salario inferior, también produce un trabajo inferior. «Calcúlase que una misma filatura de 30.000 brocas exigirá 750 obreros en Bombay, y sólo 120 en Lancashire (1)». Algunos industriales ingleses emplean obreros americanos, á quienes retribuyen con jornales más elevados; pero como su tarea es más escogida, los productos resultan más baratos. Este fenómeno es corriente en la industria moderna; y aun en la India, cuando los trabajadores alcanzan mayor habilidad, cobran jornales que llegan á 2 y 2,50 pesetas, es decir, diez veces más que las consabidos venticinco céntimos.

Hoy se procura, en lo posible, sustituir en la industria el trabajo á jornal por el destajo. De este modo, chinos é indos pueden lucrar jornales superiores á los de los europeos, siendo más laboriosos que éstos. Empero, porque los asiáticos lleguen á ganar más que los europeos, ¿será lícito sostener que los amarillos han de aplastar á los blancos con la baja de los salarios?

Réstanos todavía una última consideración, de mayor fuerza que las precedentes: el precio

(1) *Revue de Deux Mondes*, 15 de Abril de 1895, página 120.

de los productos depende todos los días, cada vez más, de los progresos del instrumental, y cada vez menos, del tipo de los salarios.

Hé aquí un ejemplo, citado frecuentemente: con un telar circular de punto de aguja, una obrera puede hacer 480.000 mallas por minuto; á mano, la más hábil no puede hacer más de 80. Supongamos que la obrera que maneje el telar gane 10 pesetas diarias—exageramos de propio intento,—y que los demás gastos de fábrica—fuerza motriz, reparación de máquinas, administración, etc.,—asciendan á 30 pesetas por obrera y por día; en estas condiciones, para competir con el telar, la obrera que trabajara á mano habría de contentarse con un jornal inferior á $^{7}/_{10}$ de céntimo. Por extraordinariamente sobria que se la suponga, será preciso confesar que, aun en las Indias, le sería muy difícil vivir con ese dinero.

Las máquinas que fabrican papel de periódico «marchan con una velocidad de 70 metros por minuto», escribe el vizconde G. de Avenel (1). Es suficiente una hora para obtener esos enormes rollos cuya longitud mide 5.000 metros, que las rotativas Marinoni se encargan de ennegrecer. La operación se verifica por sí sola. Basta un obrero sentado junto á un bas-

(1) *Mecanisme de la vie moderne*, 2.ª serie, pág. 59.

tidor para facilitarla; se inclina de vez en cuándo sobre un cilindro, inspecciona el papel, aprieta un tornillo, y vierte un poco de aceite, tornando después á su inmovilidad, expresión gráfica del trabajo moderno. Así, un solo obrero puede hacer en un día, apenas sin esfuerzo, una faja de 50 kilómetros de papel (1). ¡Esto es maravilloso! Y sin embargo, se ha ido más lejos: se ha llegado á suprimir ese único obrero. Carlos S. Cooper, ingeniero americano, ha perfeccionado de una manera extraordinariamente notable el telar. Á este propósito dice Daniel Bellet: «Cuando se rompe un hilo de la cadena, ó cuando el hilo se escapa de la lanzadera, ó, por último, cuando ocurre cualquier trastorno que en los actuales telares no pudiera comprobarse más que con la atención del obrero, el telar se detiene automáticamente... Esto permite al telar moderno trabajar solo durante algún tiempo.—El único inconveniente de obrar así, es que se detenga si se presenta algo que cause su desarreglo.—De esta suerte se deja funcionar el telar durante el almuer-

(1) El papel del *Fígaro* cuesta céntimo y cuarto. Si fuera menester fabricarlo á mano, por los procedimientos empleados en la Edad Media, costaría 10 céntimos. Calculando en este caso de idéntica forma que en orden á la máquina de hacer punto de aguja, tendremos que, para competir con los nuevos telares, un obrero que trabajara á la antigua usanza, habría de contentarse con $^1/_{25}$ de céntimo.

zo, y luego, durante la noche. Al volver por la mañana, se encuentra fabricada una respetable cantidad de tejido. Esto aumenta de un modo enorme la proporción de la producción (1).» Aquí viene bien lo que pedía Aristóteles para suprimir la esclavitud: «las lanzaderas que andan por sí solas». ¿Cómo el obrero indo ó chino, por sobrio que se le suponga, podría competir con esta máquina? Un hombre puede fabricar con el telar Cooper 752 metros diarios de tejido.

Otro tanto cabe afirmar de las demás industrias: la baratura del producto deriva de la sustitución del trabajo del hombre por el de la máquina. En las Indias y en China, donde se retribuye tan exiguamente al obrero, se encuentra ventaja en establecer grandes filaturas mecánicas de algodón. Por consiguiente, hasta en los países de jornales irrisorios, la máquina es superior al hombre.

Los asiáticos habían menester, para producir con menos coste que nosotros, instrumentos de industria más perfeccionados que los nuestros; para poseer máquinas mejores que las del Occidente, era preciso que las inventaran. Muy cierto que esto no es imposible; pero exige mucho tiempo. Todo es correlativo en la vida so-

(1) *Journal des Economistes*, 15 de Diciembre de 1895, pág. 379.

cial. La invención proviene, hasta cierto extremo, de la evolución del espíritu científico que es, á su vez, la resultante de millares de factores muy complejos. Para hacer que la sociedad inda ó china alcance el estado mental de los americanos del Norte—estado particularmente pronto para el espíritu de invención—serán necesarios, en el curso de varios siglos, infinitos esfuerzos. Se argumentará que los asiáticos adquirirán nuestros medios industriales. Indudablemente; pero entonces tendrán lo que tenemos, y nada mejor: en su consecuencia, serán nuestros iguales, nunca nuestros amos, siéndonos fácil competir con ellos bajo un pie de igualdad. Los pesimistas deben decirnos por qué han de ser ellos quienes nos hagan desaparecer, y no nosotros á ellos; urge que nos aclaren por qué, á partir del momento en que los chinos lleguen á ser inventores, nosotros hemos de cesar de serlo. Adviértase, por otra parte, que el espíritu de invención es el principal factor en los progresos del instrumental; entretanto que seamos más inventores, aventajaremos á nuestros competidores asiáticos: máquinas más perfectas y más ingeniosas fabricarán constantemente productos más baratos que máquinas imperfectas y anticuadas.

Los indos y los chinos podrían detener nuestras manufacturas el día en que pudieran proveer, no sólo sus propios mercados, sino también los nuestros. Conforme hemos consignado ya en otra parte (1), la industria algodonera inglesa emplea en la actualidad 53 millones de brocas. Necesitaban nuestros competidores asiáticos poseer, por lo menos, un instrumental igual para derrotarnos. Pero ¿de dónde sacarían los capitales indispensables para establecerlo? Justamente, los jornales son tan reducidos en la India y en la China, porque, en estos países faltan el espíritu de iniciativa y los capitales. En China, escasean mucho las nuevas empresas; el Celeste Imperio posee los yacimientos de carbón más ricos del mundo, y apenas si se ha comenzado su explotación. De esta suerte, no habiendo nuevos oficios, se recargan los antiguos.

La oferta de trabajo es más abundante que la demanda, y los salarios son miserables. Imagínese que los capitales son tan numerosos en China como en Europa (2): hubieran buscado colocación, acometiendo empresas nuevas; pero mientras los asiáticos carezcan de capitales, no

(1) *Los despilfarros de las Sociedades modernas.* En esta Biblioteca figurará también la versión castellana de esta notabilísima obra.

(2) Y deberíamos añadir «tan movibles». Los capitales pueden ser considerables en China; pero de nada sirven, si se ocultan en escondrijos en forma de barras de plata.

podrán instalar sus instrumentos de industria bajo el mismo pie de igualdad que los nuestros.

Casi todas las grandes filaturas de la India han sido establecidas por ingleses. Sólo el Japón ha fundado con capitales indígenas—y todavía se murmura que con subvenciones del gobierno—algunas filaturas. Así, mientras que los europeos sean comanditarios en la industria asiática, nada deberán temer del Asia, supuesto que, en último resultado, una parte considerable de las utilidades volverá á los respectivos capitalistas. Ahora bien, cuando todas las empresas estén en manos de los indígenas, porque los capitales sean abundantes en Asia, entonces los jornales experimentarán inevitablemente un alza.

El mundo entero es al presente un sólo mercado; los precios de los artículos tienden cada vez más á igualarse en todos los países. Esta misma tendencia se advierte en los salarios, si bien, como no se puede transportar á los hombres con igual facilidad y á tan poco coste como las mercancías, el equilibrio de los jornales está muy lejos de haber progresado tanto como el de los géneros. Empero á ello vamos de un modo inevitable por numerosos caminos. En primer lugar, los progresos técnicos; perfeccionándose los buques de vapor y las lo-

comotoras, se abarata el coste de los transportes. Además, la instrucción se difunde, los países lejanos asustan menos, disminuyen los prejuicios, facilitando más las expediciones. Un indo pierde su casta si hace un viaje por mar á Inglaterra; por esto muchos indos huyen realizar esta excursión. Mas cuando vayan desechando esos absurdos prejuicios, la verificarán más fácilmente. Los chinos son hoy profundamente ignorantes; pululan en su país sin saber cuántas tierras incultas y desiertas podrían fecundar con su trabajo. Empero aprenden cada vez más, y no está muy lejano el día en que la emigración asiática igualará ó excederá á la emigración europea. Todo autoriza á pensar que la movilidad del hombre avanzará incesantemente, y que cuando se hallen más perfeccionados los transportes y los informes, y desaparezcan las trabas políticas, una diferencia del 20 al 30 por 100 en el tipo de los jornales causará invasiones de trabajadores, como la misma diferencia produce en nuestro tiempo invasiones de mercancias. Vamos, por consiguiente, hacia el equilibrio de los salarios; fenómeno inevitable, porque responde á las leyes de la Naturaleza. La disparidad actual entre los salarios de Asia y los de Europa, no durará siempre; llegará un día en que el asiático gane los mismos jornales que el

europeo. Entonces será, por tanto, imposible la bancarrota del europeo por los bajos salarios del asiático.

Demos por buenos, no obstante, los datos de los pesimistas, y supongamos que los jornales de los asiáticos serán siempre más reducidos que los de los europeos (1). ¿En qué podrán éstos ser perjudicados por ello?

Los salarios bajos producen, en definitiva, igual resultado que las máquinas más perfeccionadas. Una broca da diez mil vueltas por minuto, fabricando hipotéticamente un kilo de hilo por hora. Nadie descubre en esto un mal; antes, por el contrario, se comprende que la dicha humana está en razón directa de la productividad de las máquinas. Ahora bien; el que un chino exija un duro por arar una hectárea de terreno, cuando un europeo pide dos, equivale, en el orden de los fenómenos económicos, al descubrimiento de un nuevo arado de vapor que trabaja con doble velocidad que el antiguo. Si, pues, el progreso del instrumental es reputado como un bien, porque produce la baratura, ¿por qué considerar como un mal el jornal reducido del chino, cuyo efecto es el mismo? Dícese que el chino causa el paro del

(1) No dudamos que el lector advierte plenamente toda la falsedad de este supuesto, porque nada es eterno en la Naturaleza.

obrero europeo; ¿acaso no produce otro tanto la máquina? Cuando un obrero es suficiente para un trabajo efectuado antes por dos, el obrero que queda sin colocación, ¿no es desalojado? Sin embargo, la experiencia de las naciones industriales evidencia que su progreso está en razón directa del perfeccionamiento del instrumental. En su consecuencia, la baratura de la mano de obra asiática, que produce el mismo resultado, es asimismo un bien, y no un mal. En último análisis, la baja del jornal asiático engendra como consecuencia una diminución del precio de los productos. Ya sabemos que todos los hombres, en la práctica de la vida diaria, afirman al unísono que la baratura es un bien, y la carestía, un mal. Muy de lamentar es que los doctrinarios y los pesimistas no sustenten esta opinión; por este motivo, casi con vergüenza, insistiremos en el siguiente capítulo sobre esta cuestión, estudiándola bajo todos sus aspectos.

CAPÍTULO II

La invasión de nuestros mercados

«No cabe discutir, dice Mad. Arvède Barine (1), que en China se avecina una revolu-

(1) *Journal des Debats*, 26 de Septiembre de 1896, edición de la tarde.

ción económica. Mañana ó pasado, será en ella, un hecho la baratura del combustible, se le arrebatará de las manos el carbón, dispondrá de transportes económicos por las vías férreas y marítimas, y habrá fundado escuelas técnicas. Sus productos, á precios sin competencia, inundarán entonces, según ha ocurrido ya con su vecina la India, el resto del planeta. Las dos—hasta que no intervengan en el movimiento—imposibilitarán nuestras salidas. No sólo seremos bloqueados, sino también sitiados en vísperas de perecer si no nos defendemos.» P. d'Estournelle de Constant expone el mismo pensamiento: «Los chinos despacharán nuestros pedidos, venderán carbón, hierro, tejidos de algodón, seda y otros muchos artículos. — Y nosotros ¿qué les venderemos á ellos? (1)».

Sabida por todos es la conclusión: la ruina de Europa, su despoblación, la fatal decadencia de la raza blanca.

«¿Que qué les venderemos nosotros en cambio?» ¡Donosa pregunta! Si no podemos corresponder á su comercio, los chinos no nos darán su carbón, ni su lana, ni su seda. Las hinchadas teorías pesimistas que profetizan el fin de nuestra raza, se basan en la ignorancia

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 Abril 1896.

del hecho elemental de que todo comercio es un cambio de mercancías.

Y no vale imaginarse á los chinos todo lo sobrios que se quiera, porque siempre que nos entreguen sus artículos, nos exigirán algún equivalente. Hasta hoy nada se nos había ocurrido, en contrario; cuando los celestes nos dan su té, piden en cambio manufacturas europeas ó lingotes de plata. Y, ¡cosa extraña!, obrando como nosotros, lejos de regalar su té, procuran la mayor cantidad posible de artículos por la menor cantidad posible de té.

Supongamos, sin embargo, que de repente los chinos cambian de conductan—o se nos alcanzan los motivos, pero loaceptamos,—y nos envían sus productos sin que les demos nada. Entonces habría que abrazar á esos bondadosos celestes. ¡Serían nuestros bienhechores! Nos colmarían incesantemente de regalos, trabajarían noche y día para extraer de las entrañas de la Tierra el carbón y el hierro para que fabricásemos con ellos cuanto nos conviniese, nos los traerían á Europa; ¡y todo gratuitamente! Mientras tanto podríamos divertirnos, vivir en *dolce farniente*, sin preocuparnos por nada; porque los chinos serían, muy de su grado, nuestros esclavos. La China sería un infierno, donde los hombres laborarían sin ningún beneficio, y Europa, el país de Jauja,

donde se disfrutaría cuanto se apeteciera sin esfuerzos ni cuidados. Es indiscutible que semejante estado de cosas concluiría con la raza china, mejor que con la europea. ¡En verdad es muy de llorar que esos viles chinos continúen exigiendo un equivalente de los artículos que nos ofrecen!

No se nos alcanza por qué los chinos habían de gastar sus energías en el más ingrato de los trabajos para proporcionarnos ciertas mercancías, si nada tuviéramos que darles en cambio. Desde el momento en que no puedan lograr de nosotros nada, cesarán en su trabajo, porque la venta es la única razón de la producción: la fabricación de un producto sin salida en el mercado, es absurda. Ahora bien, un artículo no encuentra colocación á partir del día en que no rinde á su productor el valor equivalente á su trabajo.

Este ilusorio peligro de la inundación de nuestros mercados es sustentado, en parte, por el error que denominamos crysohedónico (1); la falsa asociación de ideas entre la riqueza y el oro. He aquí, en el fondo, el temor de P. d'Estournelles de Constant; el «¿y qué les venderemos en cambio?», significa que, careciendo de productos que brindarles, nos veremos

(1) De χρυσός, *oro*, y ἡδονή, *goce*.

precisados á darles nuestra plata ó nuestro oro.

Mas, aun en la hipótesis de que esto se realizara, ¿qué mal habría en ello? Supongamos que los chinos piden hierro á cambio de sus mercancías: pues explotando minas hoy abandonadas, aumentaríamos el número de nuestros altos hornos, y, en lugar de producir 27 millones de toneladas de fundición, produciríamos 35 ó 40, para pagar nuestras compras en China con el exceso sobre las 27. Á nadie se le antojaría esto como un inconveniente; antes por el contrario, se miraría como una ventaja. Progresaría la industria, los negocios adquirirían mayores vuelos, y aumentaría la prosperidad.

Pero en cuanto se trata de metales preciosos, túrbase el claro juicio para discernir los fenómenos económicos; miedos infantiles encogen el ánimo, pensándose que la decadencia de nuestra raza seguirá inmediatamente á la exportación de la plata y el oro á la China.

Lo que hemos notado del hierro, puede aplicarse al oro y la plata; la mayor demanda de los chinos activaría su producción en nuestro país. Se sacaron del seno de la Tierra en 1881 886.000 kilogramos de plata, y 4.730.000 en 1892, y los americanos quieren nada menos que se doble esta última cifra. En la actualidad, por carecer de mercado, se ha abandona-

do la explotación de algunas minas del Colorado; pero en seguida que la China pidiera nuevas remesas, se explotarían, y se descubrirían nuevos filones; y, de idéntica suerte que en el caso del hierro, la industria entraría en un período de actividad, que todos aprovecharían, y del que todos deberíamos estar contentos. Otro tanto cabe afirmar del oro, cuya cantidad, dígase lo que se quiera, es inagotable en nuestro globo. Faltan aún por explotar muchos campos de oro de Africa y de la Siberia, y no pocos por descubrir. Si la demanda de oro por parte de los chinos fuera considerable, no es aventurado creer que, en lugar de 327.000 kilogramos anuales, podríamos producir 400.000 ó 500.000.

Estos crysohedonistas, sin embargo, no temen por la suerte de los metales ocultos en las entrañas del planeta, tanto como por el riesgo que pudieran correr los *stocks* monetarios que circulan en nuestras naciones.

En verdad que su desasosiego es harto pueril, porque una vez en posesión del metal, nada más fácil que convertirlo en moneda. Sea lo que fuere, lo que el gran público teme es la desaparición de la moneda.

Demos por realizado el temido peligro. Todo nuestro *stock* del áureo metal circulante en forma de moneda, nuestros dieciocho mil millones han pasado á China. Bien: ¿y qué? Cuando los chinos sientan hambre, ¿comerán trozos de oro? Cuando tengan frío, ¿cubrirán sus carnes con láminas de oro? Muy cierto que no: reservarán la cantidad de metal suficiente para sus necesidades, y expedirán el resto á los países faltos de oro, y, en su consecuencia, á los nuestros, á los que se había dejado exhaustos del precioso metal. Empero aun esta idea de que nuestro *stock* metálico se difundiera por China es absurda, porque este país no admitirá el oro como pago de sus mercancías cuando posea el suficiente para sus especulaciones.

Por otra parte, la desaparición, aun la más absoluta, de la moneda metálica, no conmovería tan profundamente á Europa, que prescinde cada vez más de ella. Los pueblos de la civilización efectúan hoy sus pagos en cheques, giros, letras y compensaciones; la moneda apenas si se utiliza en el 2 por 100 de las transacciones. El día en que se prescinda de ella por completo, se habrá logrado un progreso enorme. Así, pues, nada abona los temores de los crysohedonistas.

Apuntemos otras contradicciones de los pesimistas. La baratura de los productos asiáticos causará la ruina de Europa; mas la contraria es falsa: la baratura de los productos

europeos no puede arruinar á Asia. ¿Por qué? Verdaderamente no se comprende.

Si estudiamos á Europa en su relación con Asia, veremos que esa invasión de los mercados, tan temida en orden á nosotros y para lo porvenir por los fautores del pesimismo, se efectuó ya en tiempos pasados. Á fines del siglo XVII y durante una gran parte del XVIII, se importaban en Inglaterra telas de algodón de las Indias. Los indos sabían hacer hilos que medían 422.000 metros por kilogramo (1). Los europeos no podían imitarlos. Mas he aquí que, á consecuencia de una serie de invenciones generales, el hilado mecánico sustituyó al trabajo á mano. Á partir de entonces, Inglaterra progresó de día en día, hasta que, por último, hacia la mitad del siglo XIX, inundó de tejidos de algodón á la India de modo tan copioso, que la industria de los indos no pudo resistir la competencia de las formidables máquinas de Manchester, desapareciendo casi en absoluto. La India importa actualmente por valor de 448 millones de francos de cotonadas inglesas y por valor de 162 millones de francos de hierro de máquinas y de carbón. De cumplirse las teorías pesimistas, debió acrecer entonces la miseria de la India, y disminuir su población. En lo que se refiere á la riqueza, es muy difícil calcular con exactitud; mas cuantos conocen la península del Ganges aseveran que progresa visiblemente. Respecto á la población, las estadísticas nos enseñan elocuentemente: el censo de 1871 acusa en los dominios ingleses 238.929.348 habitantes—sin contar los Estados indígenas;—el de 1881 asciende á 253.901.821. Si hemos de creer á los pesimistas, la población de Europa comenzará á decrecer cuando nos inunden los productos asiáticos; pero, entonces, ¿por qué no se ha verificado el mismo fenómeno con la población de la India cuando se ha visto inundada de productos europeos?

(1) 119 millas inglesas por libra inglesa. V. B. Walpole, *History of England:* Londres, Longmans Green, 1909, tomo I, pág. 54.

Por esta razón elementalísima: la baratura contribuye al engrandecimiento de los pueblos, no á su ruina. Cuando se preconizan las excelencias de la carestía, para nada se tienen en cuenta los intereses de esa categoria de individuos denominados los *consumidores;* ahora bien, esta categoría comprende *nada menos que toda la humanidad.* En verdad que no debe extrañar que se formulen conclusiones absolutamente erróneas cuando se desdeña un factor de tamaña importancia.

Se argüirá: ¿no son también los productores todo el género humano? Muy cierto que sí. Mas

conviene no olvidar que la producción es un medio, y no un fin. Se trabaja para gozar, y no para trabajar. Sísifo padecía un castigo terrible infligido por Júpiter; nadie hace por su gusto el Sísifo. El fin de cada uno, acá en el mundo, es conseguir el máximum de felicidad con el mínimum de esfuerzo. Si los chinos nada nos exigieran por sus géneros, Europa sería el Paraíso terrenal. Por desdicha nuestra, esas viles criaturas no persisten en regalarnos constantemente; pero cuantos menos equivalentes exijan para sus productos, más nos aproximan á esas dulzuras edénicas en que podremos gozar sin trabajar. Tal es, igualmente, el fin de las máquinas que, ¡ay!, nunca harán de nosotros semidioses en eterna beatitud: la tarea que aún nos dejan es todavía suficientemente árida; empero cuantas más fatigas nos ahorren, tanto más fácil la encontraremos.

La frase de D'Estournelles de Constant «¿qué venderemos á China?», demuestra que no se ha pensado en ciertos fenómenos económicos muy principales. Después de haber hablado del comercio, discurramos ahora acerca de la división del trabajo.

Antes de la Revolución, las comunicaciones eran bastante difíciles en Francia, los caminos, malos y poco numerosos; una legislación estúpida estorbaba con obstáculos formidables el

comercio. En semejante estado de cosas, cada provincia tenía que bastarse á sí misma. Se plantaban viñas en Beauce, se sembraba trigo en Medoc. Hoy no ocurre eso: el primero de estos países no produce más que trigo; el segundo, sólo vino. El trabajo nacional está dividido, y la situación del mundo civilizado es en la actualidad muy semejante á la de Francia antes de 1789. Tratando cada país de bastarse á sí mismo, disminuye sensiblemente su facultad de compra; bórrense las barreras internacionales, como la Constituyente borró las barreras interprovinciales, é inmediatamente se implantará en todo el mundo la división del trabajo: «El valle de Aragua, en Venezuela, se bastaba en otro tiempo á sí mismo, pues producía todos los géneros alimenticios: cuando se hicieron más fáciles las comunicaciones con Europa, los venezolanos reemplazaron el cultivo de los cereales por el cafeto, de más pingües rendimientos» (1). He aquí un ejemplo de lo que ocurrirá en un orden más amplio. Entre los países calientes y las regiones templadas, habrá siempre un comercio impuesto por la naturaleza de las cosas. ¿Que qué venderemos á los chinos? Pues, por ejemplo..., trigo. Ya lo vendemos al Brasil, á Chile y á la India. Nada es óbice para

(1) Reclus: *Nouvelle Geographie Universelle:* París, Hachette, 1893, t. XVIII, pág. 173.

que un país pague sus compras de objetos manufacturados con productos agrícolas, y esto, mientras el mundo sea mundo. Ninguna razón hay para que nuestro trigo tenga menos poder liberador que el té de los chinos ó el café de los brasileños (1).

D'Estournelles de Constant augura la ruina de Europa porque ésta carecerá de manufacturas que cambiar por los artículos chinos; hemos visto ya que nada impedirá á Europa dar productos agrícolas. No obstante, sigamos al autor en su propio terreno. ¿Es realmente cierto que Europa carecerá de manufacturas que cambiar? Nada más fácil de probar que ésta no es la cuestión, y que D'Estournelles se equivoca por tres razones principales.

En primer lugar, las necesidades de los hombres de nuestro siglo distan mucho de haber encontrado plena satisfacción; por el contrario, cabe pensar que la humanidad vive sumida todavía en la miseria más cruel y profunda. Aunque imaginásemos multiplicada diez veces más nuestra producción actual, apenas si bastaría para garantir nuestro bienestar; sean los que fueren los adelantos de las fábricas chinas, japonesas ó indas, no podrán proveer por espacio de mucho tiempo ni siquiera á los países orientales. Mas, dice D'Estournelles, ya exporta el Japón. Hace largos años que el hambre azotó con sus estragos las márgenes del Volga, y entonces se exportaba á Francia y á Inglaterra el trigo de Odesa. El hecho de que el Japón exporte algunos artículos, no significa que sus mercados estén saturados, sino que la facultad de compra de los japoneses es bastante mediana. Precisamente, cuanto más propaguen sus manufacturas los pueblos orientales, tanto más se afirmará su facultad de compra. Es evidente que una explotación nueva, al crear nuevas utilidades, creará nuevos compradores.

(1) Cuando se escribieron estas líneas, y en la ciudad en que fueron escritas—Odesa,—numerosos buques de vapor embarcaban trigo con destino á las Indias orientales.

El segundo error de D'Estournelles de Constant consiste en asignar límites á las necesidades humanas.

Esto es absurdo. El hombre no tiene puesto más que un sombrero; sin embargo, ¿cómo determinar el número de sombreros que puede poseer un hombre, y sobre todo, una mujer? Personas muy entendidas en modas tienen hasta siete ú ocho, cabiendo afirmar de los trajes otro tanto. No nos ocupemos de las mujeres, muchas de las cuales se hallan dispuestas á estrenar diariamente un vestido.

Pero, aparte los objetos útiles para las nece-

sidades directas de los hombres, son también inagotables las necesidades de una nación; jamás sonará la hora en que un país se halle adaptado completamente á las conveniencias de sus habitantes, en el que nada reste por hacer para que todo esté dispuesto perfectamente en él. Antes bien, cuanto un país se halla mejor instrumentado, mejor quiere instrumentarse, y esto igual en las cosas nimias que en las importantes. Primero se construyeron chimeneas para preservarse del frío; después se descubrió el calorífero, que se instala ahora en algunas casas, y del que todas se proveerán más tarde. Así, en cuanto se ha sabido evitar algo el frío, quiere preservarse todavía más de él. Otro tanto acaece en orden al instrumental de la nación en gran escala. Rusia posee ahora algunos centenares de miles de vagones, y precisamente porque estos vagones han prestado un gran impulso á la industria de transportes, ya no son suficientes, y en este año, 1897, se encargarán diez mil más. He aquí la evolución de las cosas mientras que la humanidad continúe progresando.

Las fábricas establecidas en China, en las Indias y en el Japón, no motivarán el cierre de todas las demás, porque las necesidades de los humanos no reconocen límite, y porque cada necesidad satisfecha engendra otra nueva.

Por último, el tercer error de D'Estournelles consiste en creer que el número de hombres sobre la Tierra es inmutable. Nada más divorciado de la verdad. La población de nuestro globo aumenta anualmente de 14 á 15 millones, población casi igual á la de España; este nuevo aluvión de consumidores ha de ser provista forzosamente: de aquí la fundación de numerosísimas fábricas y manufacturas.

Comprendése, después de las anteriores reflexiones, que todavía deberán transcurrir muchísimos años antes de que se agoten nuestros mercados para vender algo á los asiáticos; por de pronto, tendríamos todos los instrumentos de nuestras industrias. Las regiones habitadas por los amarillos y los negros han menester dos millones de kilómetros de vías férreas; valuando, en proporción muy exigua, cada kilómetro de rails en 50.000 francos, observamos que el material móvil y los puentes representan pedidos por valor de cien mil millones de francos. Súmese á esto la maquinaria industrial.

Harán falta en China unos veinte millones de brocas para hilar el algodón; lo que acusa una cantidad enorme de pedidos á nuestras fábricas, porque debe reconocerse que, en los primeros tiempos, China no podría producir por sí misma sus máquinas. ¡Y cuántos otros

órdenes de actividad reclaman aparatos mecánicos y herramientas perfeccionadas! Si los chinos acometieran formalmente la explotación de sus minas de carbón, las más amplias de la Tierra, habrían menester cuantioso material, que, durante mucho tiempo, tendrían que adquirir en Europa. Para nada hemos nombrado siquiera los artículos de lujo y fantasía. Si las porcelanas chinas nos encantan por su exótica originalidad, los productos europeos impresionan igualmente á los orientales. Con sólo estos artículos podría establecerse un comercio muy notable.

No tenemos para qué cansar á nuestros lectores con una enumeración de esta índole, que podríamos prolongar cuanto quisiéramos. La alarma de D'Estournelles y de todos los pesimistas es infundada; restánnos muchos productos que vender á los asiáticos, y nada amenaza el florecimiento de nuestras industrias: cabe pensar que, lejos de eso, abrénse ante ellas ilimitados horizontes. Conviene recordar en todo momento que las dos terceras partes de nuestro globo están aún por explotar seriamente, y que las regiones más ricas del planeta, como la California, están desiertas (1).

(1) La población actual de esta comarca maravillosa, una de las más ricas que se pueda imaginar en recursos naturales, es sólo de tres habitantes por kilómetro cuadrado. La California podía sustentar sin ningún esfuerzo una población superior á la de Francia.

Nuestros negocios de hoy son juegos de niños en comparación con los que se harán cuando, disfrutando de plena paz el mundo, los hombres apliquen á empresas verdaderamente útiles sus energías. La producción actual se decuplicará, quizá se centuplicará. En 1896 se construyeron en Inglaterra nuevos buques con una capacidad de 1.232.000 toneladas, cifra irrisoria comparada con las necesidades efectivas de la humanidad. En muy otra proporción será preciso aumentar nuestras flotas el día en que los negocios adquieran una extensión razonable. La Gran Bretaña, que parece dispuesta por la Naturaleza para ser un gran astillero marítimo, podría ocupar todavía á todos sus habitantes, aun en el caso de que la construcción de navíos fuese su única especialidad.

La humanidad (volvemos á decirlo) tiene aún delante de sí horizontes muy amplios. Fuera de los períodos de crisis pasajeras, los acontecimientos han desautorizado siempre de modo rotundo los cálculos raquíticos de los exclusivistas. Nadie ignora la celosa pasión puesta durante dos siglos por Holanda para cerrar el Escalda: mas, de grado ó en contra de su voluntad, ha tenido que consentir en abrirlo. Amberes es hoy uno de los puertos más importantes del mundo...: sólo Rotterdam está muy cerca de aventajarlo.

Los pesimistas piensan que los países que producen los mismos artículos nada tienen que cambiar entre sí; cuando los chinos, dicen, produzcan carbón, hierro y tejidos como nosotros, ¿qué les venderemos?

Éste es un error manifiesto; los hechos prueban que, por el contrario, el comercio es más considerable entre aquellos pueblos cuya producción es idéntica: esto ocurre simplemente porque las necesidades humanas son ilimitadas. Demostrémoslo.

Si un artista pinta en un rincón de Francia un hermoso cuadro, lo remite inmediatamente á París; ahora bien, se deben pintar, unos años con otros, cinco ó seis mil lienzos en París. Enviar un cuadro á París, es algo como llevar agua al río, y, no obstante, así se hace, y con sobrada razón. París es importantísimo centro artístico, y en él abundan los aficionados á la pintura. El hecho de que uno de estos aficionados posea, por ejemplo, cien cuadros, no significa que se niegue á adquirir uno más; por el contrario, el hecho de tener los cien primeros, permite suponer que deseará aumentar su colección, y su deseo será tanto más irresistible, cuanto más intensa sea su pasión por las Bellas Artes. Así, pues, un pintor provinciano tiene muchas más probabilidades de vender á buen precio su cuadro en el mercado tan bien surtido de París que en el de su provincia, donde acaso sea el único en su género. Ahora, entre dos grandes centros artísticos, como París y Londres, los cambios de cuadros pueden elevarse hasta un número ilimitado.

Actualmente Francia saca del extranjero las nueve décimas partes de la seda necesaria para sus fábricas. ¿Por qué esto? Porque hubo un cierto tiempo en que Francia era la mayor productora de seda en Europa. La abundancia de la primera materia ha permitido que se fundasen industrias, cuyos progresos han sido tan notables, que muy presto fué insuficiente la producción indígena. También hubo aquí que llevar agua al río; es decir, traer capullos extranjeros precisamente al país donde más abundaban los capullos indígenas.

Generalicemos todavía más. Pocas regiones habrá en Europa más parecidas que Bélgica y la Gran Bretaña; ambas poseen una agricultura admirable; las industrias principales de las dos son la explotación de las minas de hulla y la fabricación del hierro. En opinión de D'Estournelles de Constant, los ingleses y los belgas nada debieran tener que cambiar entre sí, debiendo, por tanto, ser absolutamente nulo todo comercio entre ellos. Bueno; pero, aunque ello le enoje, sucede todo lo contrario. Bélgica es, entre todos los países del mundo, el que ha

verificado, relativamente á la cifra de su población, los negocios más importantes con la Gran Bretaña. Mientras que el Reino Unido hace un comercio general—exportación é importación—de 59 francos con cada americano, de 27 francos con cada francés, y de 6 francos, con cada ruso, realiza un comercio de 103 francos con cada belga (1).

Parece que las transacciones comerciales debieran ser más numerosas entre aquellos países que produjeran artículos esencialmente diferentes. Esto, decimos, parece lo más natural; no obstante, los hechos demuestran lo contrario. Ahora bien; cuando los hechos se pronuncian, la cuestión está fallada irrevocablemente. Á partir de ese momento, se impone abandonar las teorías, por bellas y lógicas que puedan antojarse.

Ahora están estableciéndose manufacturas en las Indias, en China y en Japón. «Ya, á pesar de hallarnos en los principios de la evolución, son muy sensibles los efectos de esta traslación; efectos exteriorizados de modo muy visible en el enfriamiento de los negocios en Inglaterra. La exportación general de los productos británicos ha bajado desde 6.738.000.000 de francos, que importó en 1890, á 5.396.000.000, en

(1) Consúltese nuestra *Politique internationale;* París, F. Alcan, 1886, pág. 250.

1894, esto es, 1.342 millones en cuatro años» (1)—escribe D'Estournelles. Veamos la causa á que atribuye este hecho: «Los Estados Unidos han sido los primeros en lanzar el grito de emancipación, imitando presto su ejemplo otros pueblos de la América Central y Meridional, de la Australia y el Japón.» (2) Concedamos el supuesto de que los Estados Unidos puedan prescindir de los productos manufacturados de Europa; pero creemos que citar la América Central y Meridional, la Australia, las Indias y el Japón como países muy próximos á emanciparse en el orden industrial, es, en efecto, abusar demasiado de la buena fe del lector. Precisamente esos países son los que tienen un instrumental más anticuado, habiendo menester adquirirlo todo en Europa. Citaremos un solo hecho: la República Argentina tiene 47 kilómetros de caminos de hierro en 10.000 kilómetros cuadrados de territorio;

(1) Mas si estudiamos un lapso más amplio, observaremos, por el contrario, un incremento enorme. En 1854, Inglaterra expedía á sus colonias mercancías por valor de 18.636.000 libras esterlinas; en 1895, por valor de 59.942.000 libras esterlinas. Aun sin las locuras del proteccionismo, hubiera podido ocurrir durante cuatro años una baja en el comercio. Las crisis son, en el orden natural de las cosas, como las enfermedades. Pero nunca es lógico deducir de una baja temporal—ya ha desaparecido en 1895—conclusiones extremas como las de Mr. D'Estournelles.

(2) Artículo citado, pág. 652.

si solamente tuviera tantas líneas como España—cuya red es de las menos cubiertas de Europa,—habría que sumar 47.000 kilómetros á los 13.000 que tiene ahora. Se ve, pues, cuán deficiente es el instrumental nacional, y cuánto dista de emanciparse la República del Plata.

No puede negarse que el comercio del mundo ha retrocedido en estos últimos años; mas ello no proviene de que Rusia, América y la Australia ya no deseen adquirir ningún artículo procedente de la Europa occidental. Por el contrario, el *confort* de la vida es en esos países harto misérrimo; carecen de millones de millones de objetos de toda clase, comenzando por los lechos cómodos, y concluyendo por los cuadros y los libros. La diminución del comercio no viene de la saturación de los deseos, sino de la locura de los hombres. La recrudescencia del proteccionismo, que tantos estragos ha causado en estos últimos años, las bancarrotas financieras de varios Estados, las malversaciones de los fondos públicos de tantos países; todo ha provocado una crisis intensa, que ha mermado sensiblemente la facultad de compra de millones de europeos y de americanos. El proteccionismo, el parasitismo y el militarismo, nunca la competencia de la raza amarilla, son las causas del descenso de la exportación inglesa. Violencias internacionales, como el *bill* Mac-Kinley, han tenido siempre por consecuencia una baja en la cifra de los negocios; y sin embargo, el Mayor Mac-Kinley ha encontrado, por desgracia, en estos últimos tiempos y en todas partes, algunos admiradores y discípulos.

No todos los pueblos del planeta disfrutan de condiciones naturales igualmente favorables: aquéllos que tuvieron que luchar con numerosas dificultades, han quedado rezagados, mientras que adelantaban aquellos otros mimados por la fortuna. Inglaterra es, á no dudarlo, uno de los hijos predilectos de la suerte; mil circunstancias favorables le han asegurado una situación preponderante en el siglo XIX: ha monopolizado, en cierta manera, la producción de algunos artículos de primera necesidad. Ahora parece que las demás naciones ganan cada vez más terreno, disponiéndose á recuperar el tiempo perdido, y cabe profetizar días bastante cercanos en que éstas lleguen á igualarse con Inglaterra. Los ingleses siguen este proceso inevitable de los acontecimientos; aquéllos que interpretan torcidamente los fenómenos económicos, y que ven el bienestar en la carestía, gritan alarmados confundiendo sus intereses mal entendidos con los de toda Europa, y vociferan que la civilización

occidental corre grave peligro porque la Gran Bretaña pierda su situación excepcional.

¡Cosa extraña! En el interior del Estado se reputan como funestos los monopolios. Si un sindicato pudiera acaparar en Inglaterra la venta de carbones ó de cotonadas, y si, por este acaparamiento, subiera el precio de estos artículos, la cosa se estimaría como un peligro público y un grandísimo mal, y se procuraría combatir tan aviesos manejos. En Rusia, las coaliciones que se proponen aumentar artificiosamente los precios de los artículos de primera necesidad, están penadas por la ley. Los *trust, cartels* y sindicatos son mal vistos en todas partes, tanto por los gobiernos como por los ciudadanos.

Mas, por una rara aberración, lo que en el interior del Estado se considera un mal, es mirado como un bien en el orden internacional. Sin embargo, desde el punto de vista comercial, no hay extranjero ni compatriota; no hay más que intereses, tratos leales—*fair trade*—ó expoliaciones. Imagínese á los propietarios de las hulleras inglesas capaces de acaparar todo el carbón que se produce en el globo. Elevarían los precios, sufriendo los ingleses, por tal encarecimiento, lo mismo que los franceses y los indos. Cuando, á consecuencia de la supresión del monopolio internacional de

Inglaterra, descienda el precio de ciertos artículos, los consumidores de la Gran Bretaña reportarán con ello tantas ventajas como los chinos ó los americanos.

Pero no corre peligro sólo la situación privilegiada de Inglaterra, sino que está amenazada hasta de perder sus mercados interiores, pues se susurra que los chinos pueden remesar á muy bajo coste hierro á Inglaterra, y todo el que se consuma en esta nación procederá de la China. Igual puede decirse de otros numerosos artículos, de donde surgirá el paro de todas las grandes fábricas inglesas. Á esto debemos oponer una objeción importantísima: olvídase, defendiendo semejantes proposiciones, que la lucha contra las desventajas naturales es tanto más fácil, cuanto mayor es la perfección del instrumental.

Supongamos agotadas las minas de carbón de Inglaterra; lo que ocurrirá, según unos, en doscientos años, y, según otros, en mil. Es evidente que Inglaterra tendrá entonces que adquirir fuera su carbón. Pues bien; cuanto más perfeccionados sean los medios de transporte en aquella época, la cosa le será más fácil. Inglaterra saca ya parte de sus minerales de España y de países todavía más lejanos. ¿Cómo es esto posible? Porque el precio de transportes de estos minerales se ha reducido

considerablemente, por los progresos de las máquinas de vapor. Lo que ocurre hoy, acaecerá mañana con doble razón. Cada progreso de la maquinaria abaratará la tarifa de transportes, permitiendo á Inglaterra luchar más victoriosamente contra sus competidores. Empero lo que nadie podrá impedir á la Gran Bretaña, es que ningún punto de su territorio diste más de 150 kilómetros de la costa; nadie podrá arrebatarla sus puertos admirables, cuya organización será aun más perfecta en el porvenir que en nuestros días. Acaso pierda Inglaterra algunos mercados; mas no es, de ninguna manera, probable que esté condenada á perder su mercado nacional y todos los mercados extranjeros.

Admitamos, no obstante, que esto ocurra. ¿Por eso debe perecer la civilización humana? Por un conjunto de circunstancias, Pensylvania puede llegar á ser el país en que la producción de los metales logre condiciones más ventajosas: Pensylvania ocupará entonces en el mundo la categoría que la región industrial de Bermingham disfruta hoy. Radicalicemos más: supongamos transportado á los Estados Unidos el centro de todas las industrias. Será una evolución semejante á la que se ha operado de Grecia á la Europa occidental. Grecia era en tiempos remotos el mayor productor

industrial del mundo; hoy no lo es, porque la industria se ha trasladado á regiones que le brindan más ventajas que la antigua Hélade, convertida en país agrícola y hasta pastoril. Contaba cinco millones de habitantes cuando poseía una gran industria, y ahora apenas si tiene dos. Pero, ¿se ha destruído por eso la civilización humana? Muy por el contrario; al trasladarse la civilización de un país menos favorecido á otro país más favorecido, ó, en otros términos, descendiendo los precios de fábrica, no se ha hecho retroceder á la civilización, sino avanzar. Inglaterra podrá tornar á ser un país agrícola ó pastoril, y su población podrá disminuir de cuarenta á quince millones, sin que por eso desaparezca fatalmente en la barbarie, ni tampoco Europa.

Hemos citado anteriormente las palabras de Mad. Arvéde Barine. Los indos y los chinos invadirán nuestros mercados. «No sólo seremos bloqueados, sino también sitiados en vísperas de perecer.» Mas, añade: «Nos defenderemos; seremos proteccionistas hasta lo último.» Antójasenos la más infantil de las ilusiones esperar defenderse con derechos de aduana. Además, ¡grandes dioses!, ¿contra quién vamos á luchar? ¡Contra hombres que nos ofrecen artículos baratos, contra los que quieren aumentar nuestro bienestar disminuyendo nues-

tros esfuerzos, contra los que desean proporcionarnos una vida más plácida y más tranquilo reposar! ¡Extraña defensa, en verdad! Rechazar un beneficio, es perjudicarse á sí propio.

Desde luego, la única consecuencia del proteccionismo es tomar la carga de las espaldas de Pedro y ponerla en las de Juan. ¡He aquí todo! El sistema proteccionista no puede *suprimir* la carga, ya que sube el precio de los artículos, es decir, el esfuerzo necesario para obtenerlos.

Aún restan por habitar numerosas regiones del globo; en ellas se practica la agricultura extensiva y por las máquinas, que facilitan el trabajo del hombre, se puede ofrecer en Chicago el trigo á ocho francos el hectolitro, puesto en Europa á 11. De igual suerte, la carne australiana ha causado una baja profunda en el precio de la carne europea. Estas circunstancias han obligado á muchos propietarios ingleses á reducir sus dominios á simples territorios de caza, *game farms y deer forets*, que les producen de 10 á 20 francos por hectárea. Los que cultivan por sí mismos, reportan el 4 por 100 de su *capital de explotación*, no contándose para nada el terreno. Imagínese ahora un fuerte derecho de aduana impuesto nuevamente en Inglaterra sobre el trigo. Los *landlors* no tardarían en aprovecharse de él, y podrían ingre-

sar en sus cajas muy pingües rentas; mas lo embolsado por los *landlors*, saldría forzosamente del bolsillò de los consumidores. Ahora bien; para pagar este dinero, tendrían que ganarlo de una ó de otra manera. Por el hecho de que tengan que pagarlo, no ganarán más. En su consecuencia, al día siguiente de la implantación del derecho sobre el trigo, Inglaterra no será más rica; lo que ocurrirá, es que la riqueza se repartirá de otro modo (1).

Impugnando la opinión de Mad. Barine, sostenemos que los derechos de aduana no pueden servir de defensa. Defenderse, vale tanto como preservarse de un mal. La *defensa* económica sólo puede consistir en un alivio de la carga. Empero, la aduana no alivia nada; se limita á repartir de una nueva forma la carga, quitándola, generalmente, de sobre las espaldas más fuertes, para hundir con su peso las más débiles.

Rehusar trigo á 12 francos el hectolitro, y hacer que cueste 18, equivale á rehusar una máquina que consuma 600 gramos de combustible por hora y caballo, é imponer otra que gaste 900 gramos; es reducir voluntariamente

(1) No se comprende esto, con la suficiente claridad porque los derechos satisfechos por los consumidores se abonan en muy reducidas y numerosas porciones, que se incorporan al precio de las mercancías.

su energía muscular de 75 kilográmetros á 50; es como si se tomara un veneno que debilitase el organismo. Esto no es, por consiguiente, una manera de *defenderse*, sino de aniquilarse.

Breves palabras sobre todo lo expuesto. Si hemos de creer á los antropólogos, Francia se halla poblada actualmente por dos razas: en el Norte, por el *homo europeus*, el noble dólico-rubio «adornado de todas las perfecciones»; en el Sur, por el *homo alpinus*, el vil braqui-moreno, que «rara vez tiene algún talento» (1). Estas dos razas cambian libremente sus productos; los parisienses compran los aceites de Provenza, los vinos de las márgenes del Ródano y las sedas de Lyon; los marselleses adquieren las telas de Rubaix y los champagnes de Reims. Nunca se le ha ocurrido á nadie reputar desventajosas estas transacciones porque los meridionales sean braqui-morenos, y los del Norte, dólico-rubios. Justamente ocurre lo mismo tratándose de los chinos y de los europeos. Los cambios entre ellos no se verifican más que á partir del momento en que son beneficiosos para ambas partes. El color de la piel, el índice cefálico y la sección de los cabellos nada influyen en la cuestión, pues ninguno de estos caracteres fisiológicos pueden cambiar en ventajosa una transacción que no rinde ninguna utilidad comercial, ni en desventajosa, aquella otra que produce beneficios de este género.

(1) Frases de Lapouge. Consúltese *Les Sélections Sociales*. París, Thorin, 1896, pág. 17.

He aquí la conclusión que deducimos de este libro: pronosticar la próxima extinción de nuestra raza fundamentándose en los salarios reducidos de los asiáticos y en la invasión de nuestros mercados por sus productos, es desconocer los principios más elementales de la economía política.

LIBRO II

Fenómenos fisiológicos

CAPÍTULO III

Progreso de las razas por el amor

Los peligros económicos no son los únicos ni los más graves que amenazan á la raza blanca. Faguet escribe á este propósito:

«Adviértense en nuestros días de modo muy definitivo los efectos de la civilización de los últimos cuatro siglos de la expansión de la raza blanca. La raza blanca avasalla el mundo, y se aprovecha inmediatamente de su conquista explotando el planeta como si fuera una gran tierra de labor. Después, para lucrarse mejor, construye caminos y rutas por el mar, por la

tierra, por los ríos, por las montañas y por los desiertos. De esta suerte abre las puertas del mundo, no solamente á sí misma, sino también á los restantes pueblos del globo... Los chinos y los chinojaponeses invaden entonces pacíficamente la América, la Malasia y toda la Oceanía. Los negros tampoco se descuidan. El Natal, conquistado en 1842 por los ingleses, es desde hace mucho tiempo el punto de reunión de los negros, sin contar á los indos, etc. Pero esto no es todo... Es en su misma casa, en el viejo solar de sus mayores, en Europa, donde la raza debe temer, no una invasión brusca é impetuosa, sino una invasión lenta, insensible, progresivamente penetrante é inevitable. ¿Por qué? Porque los amarillos y los negros, en cuyas manos estarán mañana las armas artificiales de la raza blanca, cuentan al presente con armas naturales superiores á las nuestras: la sobriedad y la prolificidad» (1). Mad. Arvède Barine, comentando los argumentos de Charles Pearson, se expresa en términos idénticos: «Creo que está demostrado que si las cosas siguen su curso actual, lejos de recluir á las razas inferiores, como presumimos, en sus domicilios, nosotros seremos los encerrados en las zonas templadas. ¡Dichosos nosotros si se limitan al bloqueo, puesto que hemos sido amables hasta el extremo de enseñarles el manejo de las armas de precisión!» En resumen; los amarillos y los negros nos arrojarán primero de la zona caliente, y luego invadirán la templada. Siendo más prolíficos que los blancos, acabarán por eliminarnos por completo, llegando un día en que la raza blanca, ya extinguida, será reemplazada en el mundo por los amarillos y los negros. De dos elementos en pugna, siempre vence el inferior, afirman los pesimistas. La selección se verifica siempre inversamente. Siendo los mejores, debemos ceder el terreno á los amarillos y los negros, que nos son inferiores. Parécenos conveniente criticar estas aseveraciones; mas, antes de abordar la esfera fisiológica, debemos insistir todavía breves instantes sobre el orden económico. Las emigraciones humanas obedecen á algún fin. Acúdese á los países extranjeros en busca de un salario más elevado, ó de un oficio más lucrativo. Así, la gran masa de los emigrantes abandona los países en que las profesiones están sobrecargadas, marchando con rumbo á aquéllos en que lo están menos. Hoy no vemos á los chinos é indos dirigirse á Lancashire, Bélgica ó Lombardía, sino á las soledades de la Australia, de Malasia ó de California. Exceptuando á Francia, la población acrece en todas las naciones

(1) *Journal des Debats*, 25 Julio 1895.

europeas. Al establecerse entre nosotros una densidad superior á la actual, se desviará cada vez más la ola de la emigración negra y amarilla hacia las regiones más inhabitadas de nuestro planeta. Si, en efecto, Europa corre ese peligro, éste no es tan inminente que no permita algunos siglos de tregua. Dentro de algunos siglos, cabe pensar que no seguirán todavía de moda las ideas de Mad. Arvéde Barine, Faguet y Pearson.

Vengamos ahora al asunto de este capítulo. Los pesimistas, tan poco atentos á los fenómenos económicos más elementales, no se muestran más solícitos en la consideración de los fenómenos fisiológicos de la más alta importancia, y, sin ir más lejos, del de la selección por el amor.

De dos razas en pugna, sostienen, domina la inferior; empero los hechos contradicen rotundamente su afirmación. No ya en el hombre, sino en los animales, se percibe un sentimiento, un instinto, una propensión, ó como plazca llamarle, que impulsa á los machos más hermosos á emparejarse con las hembras más bellas, y viceversa. La predilección que los hombres conceden generalmente á las mujeres más bellas, y la que tienen las mujeres por los hombres más hermosos, ha sido el procedimiento por el que las especies inferiores se han

transformado desde el origen de la vida. Esta evolución prosigue entre las razas humanas, y elimina constantemente á los más degradados; evolución lenta é imperceptible, pero constante, que produce á la larga efectos muy sensibles.

Si alguien nos arguyera que los caracteres adquiridos no son hereditarios, no vacilaríamos en replicar que no se puede, en principio, ser transformista sin admitir la herencia de los caracteres adquiridos. Por otra parte, nos resistimos á pensar que ningún hombre serio pueda ser transformista en nuestros días. Ignoramos *cómo* se transmiten á los descendientes los caracteres adquiridos; pero es evidente que se transmiten. Además, bajo el mismo aspecto que nos interesa aquí, militamos en el mismo campo que nuestros adversarios, que afirman que, de dos razas en pugna, domina siempre la inferior. Esto únicamente puede verificarse si el padre ó la madre de raza inferior transmiten sus caracteres á sus hijos. Sin esto, no habrá descenso. De igual suerte afirmamos que el padre ó la madre más perfectos transmiten sus caracteres á sus hijos, sin lo que sería imposible todo progreso biológico.

Los pesimistas jamás se preocupan de los fenómenos fisiológicos. Sueñan que los nobles arios surgieron un día, no se sabe cómo, en

Europa; piensan que deben brillar como un meteoro, y en seguida, ceder el puesto á los viles turanios. Todo esto es poesía, fantasía, metafísica; no observación sería, ni ciencia positiva.

El fenómeno del amor es harto universal para poder prescindir de él ni un solo momento; sus efectos son tangibles, y, en ciertas ocasiones, hasta cabe comprobarlos con las cifras estadísticas.

«En los cruzamientos entre razas desiguales, escribe De Quatrefages, el padre pertenece casi siempre á la raza superior. En todas partes, particularmente en los amores pasajeros, repugna á la mujer descender: el hombre es menos delicado... La india ó la negra se cruzan fácilmente con el blanco. La mestiza, engendro de estas uniones, orgullosa por la sangre de su padre, creería rebajarse *si se entregara á un individuo de raza de color*, y reserva todos sus favores para aquéllos á quienes la aproximó el cruce. La tercerona y la cuarterona se conducen de la misma manera; en todo caso, tienden á unirse á los blancos, y muy especialmente, á los blancos puros» (1).

Esta tendencia es la causa de que se haya transformado ya una parte de los negros de

(1) *L'Espéce humaine*. París, F. Alcan. 10.ª edición, págs. 200-202.

los Estados Unidos. Según el censo de 1895, de 7.470.000 hombres de color, 6.338.000 eran negros puros; 997.000, mulatos; 105.000, cuarterones, y 70.000, octavones; es decir, que los hombres mestizos ascendían á 1.132.000. Nadie ignora que los prejuicios de los americanos contra los negros llegan hasta la ferocidad. Todo negro que intente ponerse en relaciones con una blanca, es linchado inmediatamente. Ningún blanco se casa con una negra. Pues bien, á pesar de esto, los mulatos, cuarterones y octavones, considerados en conjunto, constituyen ya la quinta parte de la población de color. Dense como desaparecidos los bárbaros prejuicios de los americanos, y se verá avanzar extraordinariamente el proceso de la desaparición de los negros.

«En los Estados Unidos, la crisis social, que amenaza también á la vieja Europa, se agravará con la rivalidad de las dos razas de blancos y negros, siendo los *negros cada vez más numerosos*», dice D'Estournelles de Constant en el artículo citado. Esta afirmación pesimista no es completamente cierta. Indudable es que el número de personas de color aumenta de un modo absoluto en los Estados Unidos; pero disminuye de una manera relativa. En 1870, por cada 100.000 habitantes, había 15.162 negros, y 13.586, en 1890. Esta diminución rela-

tiva, según demostraremos en el capítulo siguiente, es importantísima desde el punto de vista de los cruzamientos.

Lo que observamos en los Estados Unidos se ha efectuado en otras muchas partes: «Los esclavos negros se han importado en las plantaciones brasileñas por millones; se constituyeron familias, los nacimientos igualaron los sexos, y los cruces de raza con raza se hicieron frecuentes, dice Reclus (1). Puede decirse que la nación brasileña, considerada en conjunto, es de sangre mezclada, *aunque la mayoría se llame de origen blanco.*» Muy en oposición á lo que piensan los pesimistas, en dicho pueblo no desaparece la raza superior, sino la inferior.

Las indias y las negras no inspiran á todos los europeos una aversión invencible. Numerosos emigrantes italianos se casan en el Brasil con negras. En la República Argentina, las mujeres indias son bellas y graciosas en la provincia de Tucumán, y son muy solicitadas por los blancos. En el momento en que se efectúa un enlace legal ó temporal entre un europeo y una mujer de las razas inferiores, la progenitura asciende un escalón de la jerarquía fisiológica. Millones de hechos de este género,

(1) *Now. Géog. Univ.*, tomo XIX, pág. 102.

operando durante largas etapas, concluyen por mejorar las razas.

Ahora bien; no es menos cierto que también se observa el fenómeno contrario. Mas aquí precisa considerar el grado de las mezclas. Si un mulato se casa con una mulata, y sus descendientes se casan entre sí, puede formarse una nueva raza derivada de un blanco y de una negra. Pero los matrimonios constantes entre individuos del mismo grado de cruzamiento no son frecuentes; un octavón puede casarse con una cuarterona ó una mulata, y entonces la progenitura se aproxima más al negro puro. Según que el resultado de las mezclas contenga más sangre negra ó más sangre blanca, en el transcurso de cierto número de generaciones, tal país, que tenía una población de raza mezclada, puede contener una población de raza pura, ora blanca, ora negra. Cuando sucede esto último, no ha de considerarse como un anatema de la Naturaleza y de su odio contra todo lo bueno, noble y generoso, conforme hacen los pesimistas, sino simplemente como el efecto de ciertas leyes fisiológicas absolutamente ciegas é inconscientes.

Era nuestra intención señalar en este capítulo la importancia del amor en el progreso de las razas. Insistiremos sobre el mismo tema

cuando tratemos de otro factor no menos transcendental: la muerte.

CAPÍTULO IV

Desaparición de las razas inferiores por la muerte

Los fenómenos sociales son absolutamente interdependientes. «Los menos aptos para la lucha, sucumben—ha escrito De Molinari (1). Descienden á los rangos ínfimos de la jerarquía social, sin que encuentren en ellos, más que en los de mayor elevación, una dicha tranquila y un refugio seguro.» Este rebajamiento en la jerarquía social es uno de los factores principales de la eliminación de las razas inferiores. Indudablemente, la natalidad ejerce una influencia considerable: los pueblos más prolíficos prevalecen sobre los que lo son menos; pero á condición de que la supervivencia definitiva sea mayor. Nada significa un número erecido de nacimientos, si los hijos mueren antes de la edad adulta.

Está fuera de toda duda que las clases bajas de la sociedad rinden mayor contingente á la mortalidad: en Manchester, entre 1828 y 1842, la mortalidad de los niños en las familias obreras ascendía al 97 por 100; en Bru-

(1) *L'Evolution economique du XIX siècle*. París, Reinwal, 1880.

selas, la mortalidad infantil era de un 54 por 100 en los pobres, y de un 6 por 100 entre los ricos; en Berlín, las cifras correspondientes son 35 y 5,5 por 100 (1). Según Casper, de 1.000 nacimientos, viven al cabo de cinco años 943 hombres entre los ricos, y 655 entre los pobres; al cabo de veinte años, 856 y 566; al cabo de cincuenta años, 557 y 283. En los Estados Unidos de América, la mortalidad de los negros excede á la de los blancos en un cuarto ó en una mitad. En las ciudades, desde 1890 á 1894, fué de 32,6 por cada 1.000 negros, y de 20,1 por cada 1.000 blancos. La vida media de un negro en Nueva Orleans, es de veinticuatro años y medio.

La eliminación de las clases inferiores tiene efecto en todos los países y en todos los tiempos. Es un fenómeno inevitable. Aquéllos á quienes su mala estrella ó su ineptitud ha lanzado á los últimos peldaños, son los que disponen de menos recursos pecuniarios, porque la fortuna es quien adjudica los rangos de la jerarquía social. Estos desgraciados que tienen menos bienestar, y que están peor alimentados, peor vestidos y peor alojados, sucumben más fácilmente á la enfermedad.

(1) Consúltese acerca de esta cuestión á A. Vaccaro, *La lutte pour l'existence dans l'humanité*. Paris, Chevalier-Maresq. 1892.

«Se pregunta, dice D'Estournelles de Constant en el artículo citado: ¿qué llegarían á ser los Estados Unidos el día en que los negros libres y *poco trabajadores* sean los más numerosos y los más *fuertes?*» Esta frase acusa una profunda ignorancia de los fenómenos sociales: los negros nunca podrín llegar á ser los *más fuertes* si son *poco trabajadores*, y, no siendo los más fuertes, no podrán llegar á ser los más numerosos, porque, excediendo su mortalidad á la de los blancos, su número relativo decrecerá de día en día.

Colocadas frente á frente dos razas muy diferentes, como los negros y los blancos, los maorís y los europeos, los havayanos y los anglosajones, la raza superior asciende naturalmente á los eslabones más elevados de la jerarquía, y arroja á la raza inferior á los más humildes. Esta última, viéndose más falta de recursos, tiene una mortalidad mayor, y desaparece poco á poco (1).

Los mismos pesimistas están precisados á reconocerlo. El doctor Le Bon lo hace en términos

(1) Notemos ante todo que las palabras raza *superior* é *inferior* son términos relativos. Diríase con mayor precisión raza que *tiene una civilización superior*. Si por un conjunto de circunstancias fuera todavía Egipto el pueblo más civilizado de la Tierra, se consideraría á la raza egipcia como superior á todas las demás. Volveremos sobre el particular en el capítulo IX.

casi idénticos á los nuestros: «Todo pueblo inferior, escribe, puesto ante un pueblo superior, está condenado fatalmente á desaparecer muy pronto (1)».

(1) *Lois psych. de l'evol. des peuples*, pág. 46. Apuntemos aquí algunas contradicciones en que ha incurrido este autor. Después de la frase copiada en el texto, escribe algunas líneas más lejos: «Transportada á un medio demasiado diverso del suyo, una raza antigua sucumbe antes que se transforma. Egipto, conquistado por diez pueblos diferentes, fué la tumba de todos ellos. Ni uno solo ha podido aclimatarse en él; griegos, romanos, persas, árabes, turcos, etc., jamás dejaron en dicho país huella de su sangre: el único tipo que se encuentra en él es el del impasible fellah». Si toda raza inferior sucumbe ante una superior, ¿cómo no han sucumbido los egipcios en su pugna con los griegos y los romanos? Esto nos avisa cuánta prudencia hemos de poner en nuestras apreciaciones de la superioridad. La cita que acabamos de hacer, descubre además cómo, en el orden sociológico, la labor de los publicistas se reduce todavía á unas cuantas frases declamatorias, sin constituir nunca un estudio acabado de los hechos. Le Bon afirma que Egipto ha sido la tumba de los griegos y de los árabes, porque «transportada á un *medio diferente* una raza antigua, sucumbe antes que se transforma». Ahora bien; nadie ignora que el clima de Grecia, y especialmente el de Hedjah, se parece mucho al clima de Egipto. No se comprende, pues, por qué el valle del Nilo era «un medio diferente» para los griegos y los árabes.

El triunfo del *impasible* fellah obedece á un simple fenómeno económico, sobre el que no se han dignado fijar atención los grandes filósofos. La población de Egipto era muy numerosa desde la época faraónica. Ni los griegos, ni los romanos, ni los árabes, han *colonizado* este país, porque los emigrantes no van de los países de densidad menor á los de densidad mayor. Los invasores árabes han debido ser más numerosos que los griegos y los romanos, ya que han impuesto su lengua;

Así, según se dice, los havayanos eran 200.000 cuando Coock descubrió el archipiélago, y hoy ya no son más que 40.000, Mas, como la cifra inicial es en el caso presente harto hipotética, no pueden interesarnos en absoluto estos datos. Poseemos sobre los maorís documentos más fidedignos, porque proceden de censos más serios. Los maorís eran en 1874, en Nueva Zelanda, 45.000, de los que restaban en 1891, 41.993. Á partir de la época de la colonización europea—1838,—su diminución va en aumento; mas faltan datos exactos de con anterioridad á 1874.

No son, en realidad de verdad, los factores económicos las únicas causas de este exceso de mortalidad en las razas inferiores: existen otras muchas, como las enfermedades y los vicios de los invasores; por ejemplo, la viruela, que no es siempre mortal para el europeo, sí lo es en todo caso para el havayano y el taitiano, y diezma la población de estas islas. Añádase ese terrible veneno que se llama alcohol. Nosotros, en cierta proporción, nos hemos acos-

pero, á pesar de esto, han permanecido en los peldaños más elevados de la jerarquía social; no se han hecho dueños de todos los campos para labrarlos con sus propias manos. En lo que se refiere á los turcos y á los persas, siempre fueron muy escasos los que se instalaron en Egipto. Las razas extranjeras han desaparecido pronto, porque el predominio de la sangre indígena era abrumador en los cruces.

tumbrado á él, y aun entre nosotros causa horrorosos estragos. Los negros y los habitantes de la Oceanía lo soportan mucho menos, y perecen á millares por su abuso.

Conviene no olvidar la eliminación bárbara de los degüellos. Los conquistadores españoles asesinaron en el siglo XVI millones de hombres en América. Los ingleses no han sido en ocasiones más humanos. En los Estados Unidos y en Australia han exterminado con frecuencia á los indígenas á tiros, como si fueran animales salvajes. Es evidente que si se mata á todos los representantes de una raza, ésta desaparece.

Imposible desconocer la gran importancia de estos hechos extraordinarios; no obstante, los hechos de la vida diaria producen, por su constante repetición, efectos más notables. El amor y la muerte pueden, sin violencias ni crueldades, eliminar las razas inferiores.

Imagínese un país poblado en cierto momento por 10.000 equisenses y 10.000 zedenses, que la raza superior es la de los primeros, y que los nacimientos excedan á las defunciones en un 10 por 1.000 entre los equisenses, y en un 5 por 1.000 entre los zedenses. Al cabo de cien años, la población del país estará constituída por:

20.000 equisenses.

15.000 zedenses (1).

Dividiendo por sexos, se tendrá:

10.000 equisenses.

10.000 equisensas.

7.500 zedenses.

7.500 zedensas.

Entonces, para cada 75 zedenses habrá 75 zedensas, pero 100 equisensas. Será, pues, posible, que las uniones legítimas ó ilegítimas entre individuos de razas diferentes sean más numerosas que entre individuos de la misma raza, y prevalecerá la superior (2).

Este proceso teórico se presenta bajo mil aspectos diversos en la vida real. Los numerosos factores que intervienen, producen infinitas divergencias. No obstante, en tesis general, la eliminación de las razas superiores se ha verificado desde los tiempos más remotos por este procedimiento.

La evolución biológica y la evolución social no siguen una línea recta, sino, por el contrario, una curva sinuosísima. Las degeneraciones y las regresiones son frecuentes. A pesar de esto, hay una resultante general de estos movimientos alternativos. Dícese positiva la

(1) Para simplificar en lo posible nuestra exposición, prescindiremos del incremento geométrico.

(2) Huelga advertir que se suponen iguales las circunstancias.

selección que hace ascender la escala de la perfección vital, y negativa, la que la hace descender. En todos los tiempos y lugares ocurren y han ocurrido casos de ambas selecciones, positiva y negativa. Pero es muy urgente que el balance se salde á favor de las selecciones positivas con un exceso, aunque éste sea levísimo, ya que un ser como el hombre ha concluído por despojarse de la animalidad primitiva. Si las formas inferiores hubieran dominado siempre, nunca hubieran podido producirse las superiores. La historia, ¡ay!, nos ofrece numerosos ejemplos de poblaciones civilizadas destruídas por bárbaros. Sin embargo, si la barbarie hubiera triunfado siempre, jamás hubiera existido el progreso. Muy cierto que no cabe dudar de la realidad de las selecciones negativas; los optimistas se equivocan al prescindir de ellas, como igualmente padecen error los pesimistas, cuando, cerrando los ojos á la evidencia, se obstinan en negar las selecciones positivas. En una obra precedente (1), el autor ha procurado demostrar con cuantos argumentos estuvieron á su alcance cómo las guerras europeas son selecciones negativas. Asesinan á lo más florido de las generaciones y dejan como reproductores los elementos infi-

(1) *La Guerre et ses pretendus bienfaits.*

mos de la población. No obstante, en determinadas circunstancias, la misma guerra puede producir una selección positiva. Un despacho de Bulawayo, fecha 6 de Junio de 1896, estaba redactado en estos términos: «Han sido derrotados en la mañana del sábado los matabeles. Sus pérdidas ascienden de 200 á 300 muertos; las tropas británicas no han sufrido más que dos bajas.» En la víspera del combate, los matabeles eran, en hipótesis, 400.000 en el globo; los ingleses 120.000.000. Éstos eran al día siguiente 119.999.998, y sus enemigos, 399.700. De este modo habrá aumentado la desproporción entre los salvajes y los civilizados. Reproduciéndose durante largos años esta misma circunstancia, puede ocasionar la extinción de la raza inferior, y así la guerra, en este caso concreto, habrá producido una selección positiva.

Europa estaba habitada por el hombre desde el fin del terciario. Ahora bien; á juzgar por el cráneo de Canstatt, su raza era muy afín á la animalidad. ¿Cómo ha desaparecido? Aquellos hombres, se nos ha dicho, fueron degollados. Pero ¿por quién? Por una raza superior, salida de Asia. Nada demuestra de un modo concluyente el origen asiático del hombre. Se ignora dónde ha nacido la especie humana; unos dicen que fué en un continente que existía en tiem-

pos remotos entre la Australia y Africa, en la misteriosa Lemuria; otros sostienen que el hombre apareció al fin del terciario, en los polos, únicos países habitables para un organismo como el nuestro. Por otra parte, si los auctóctonos fueron degollados por un hombre asiático superior, el problema no hace más que cambiar de posición. ¿Cómo ese asiático logró su perfección? Pues bien; cuando se reflexiona, compréndese que tal perfección se produjo bajo la influencia de los factores naturales que todavía se ofrecen á nuestra vista en acción. Lo que sucede hoy, ha sucedido en otros tiempos. La sociología no ha tenido aún su Lyell; todavía no se ha impuesto de las causas actuales. Si las razas humanas han progresado desde el plioceno, seguirán perfeccionándose, siempre que no les sean adversas las condiciones geológicas del planeta (1).

---

(1) Los fisiólogos contemporáneos han criticado rigurosamente las teorías de Darwin. Algunas de las afirmaciones más importantes del célebre naturalista inglés no han resistido la prueba. «La concurrencia ejerce un oficio; pero muy diverso del que imaginara Darwin, escribe Y. Delage; no selecciona los mejores, sino los peores..... La selección no protege la cabeza; suprime la cola». Nosotros habremos de limitarnos á preguntarle: ¿por qué la supresión de los malos no es la supervivencia de los buenos? El proceso biológico es, según se advierte, idéntico al proceso económico. En los dos, la eliminación se hace por las capas bajas. Los que sucumben en las regiones más humildes de la socie-

Los pesimistas contemporáneos enseñan lo contrario. ¿Y el fin del fin? pregunta Faguet en el artículo citado. Pues bien; la victoria final será del amarillo sobre el blanco, entre tanto que el negro triunfa del amarillo. Faguet afirma, en su consecuencia, que la selección negativa es la ley de la evolución vital. Mas la Biología enseña precisamente lo contrario. Si todas las investigaciones astronómicas vinieran á demostrar que la Tierra se aproxima insensiblemente al Sol, ¿qué astrónomo osaría defender que se alejaba? Cuando se formula una teoría absolutamente contraria á todos los hechos observados, lo menos que se puede pedir es que se fundamente sobre algunos datos nuevos. Los pesimistas ni siquiera lo intentan, satisfaciéndose con bellas frases y lugares comunes.

Las razas humanas se han perfeccionado desde la época terciaria, y, en opinión de los pesimistas, su progreso habrá concluído con el siglo XIX. ¿Por qué? La conquista de Alsacia Lorena por los alemanes no se nos antoja razón suficiente para explicar ese aquietamiento de la evolución universal de la Naturaleza; tanto más, cuanto que la pérdida de la Alsacia y

---

dad son los que—en iguales circunstancias—tienen menos cualidades psíquicas, fuerza de voluntad, espíritu de orden ó actividad. Ahora bien, la imperfección moral procede de la imperfección orgánica del cerebro y de las restantes partes del cuerpo.

la Lorena, si fué un mal para Francia, fué un bien para Alemania.

Imposible huir este dilema: ó las razas humanas se perfeccionarán en lo porvenir, ó no se perfeccionarán. Si no se perfeccionan, será porque la balanza de las selecciones positivas y negativas salde á favor de las negativas. Mas, entonces, ha debido ocurrir lo mismo en lo pasado. La especie humana ha debido acercarse cada vez más á la animalidad. Empero, como se advierten signos opuestos, impónese admitir la existencia de factores—causas del progreso. En este caso, esos factores intervendrán también en lo porvenir, y las razas humanas continuarán perfeccionándose. Razonar de otra suerte, es profundamente anticientífico. Hacer variantes en tono menor, puede á veces distraer á los espíritus melancólicos, y es un recreo como otro cualquiera, del que no hay que privar á los neuróticos y á los decadentes; pero cuando ciertas personas nos afirman, sin aducir pruebas de sus palabras, que las leyes de la Naturaleza detendrán su eterno curso, no podemos tomar en serio sus aseveraciones.

CAPÍTULO V

El pretendido retroceso de la raza blanca

«Pensábamos, escribe Mad. Arvède Barine en el artículo citado, que nuestro globo era un

feudo de las razas superiores, de las razas blancas. Para ellas, el progreso; para ellas, el poder y la dominación; para ellas, lo porvenir... Un inglés, Pearson, acaba de arrebatarnos esta ilusión en un libro muy celebrado más allá de la Mancha (1). El reinado de la raza blanca pasará, como todo pasa en el mundo. Pronto sonará la hora en que las razas inferiores podrán desquitarse. Para ellas, lo porvenir, con ó sin progreso... Los límites de las razas son inmutables. Estamos acostumbrados á sostener sin ton ni son el retroceso de las razas inferiores; cálculo absurdo, según el sentir de Pearson. Debemos renunciar á la esperanza de ensanchar nuestro dominio. La Naturaleza se ha encargado de confinar á la zona templada los arios... Los europeos sucumben en horribles proporciones en África, en el Brasil, en las repúblicas de la América Central, en las Indias, en Malasia; en una palabra, en toda la zona tropical, justamente la más fértil y la más adecuada para soportar una población más densa.» De este modo, los pesimistas comienzan por de pronto á gritar á nuestra raza: ¡no irás más lejos! Matan en nosotros toda esperanza de expansión ulterior.

Esta expansión ha tenido efecto desde la

(1) *National Life and Character*. Macmillan, 1893. El autor de este libro ha muerto hace algunos años.

época de los grandes descubrimientos del siglo XV. El clima era entonces lo que es hoy, y nuestros medios profilácticos eran infinitamente menos perfectos (1); y, á pesar de esto, nuestra raza ha progresado, aunque parece que no debiera haberlo hecho. También ahora los pesimistas se olvidan de decirnos por qué ha ocurrido así, y no citan ni un solo hecho nuevo que motive una transformación de tanta transcendencia en nuestros destinos.

Pero sigámoslos paso á paso. ¿Es verdad que los blancos no pueden aclimatarse en los países calientes? Los hechos demuestran lo contrario, Nuestra raza se ha aclimatado perfectamente en el Norte de África, en la Florida, en Luisiania, en Georgia, en el Queenslan, en el Brasil y en las Antillas (2), que no son países fríos. Además, conviene tener en cuenta que en numerosas regiones tropicales el europeo se ha cruzado con el indígena, creando una raza nueva poco diferente de la nuestra. Cabe,

(1) Baste recordar que en el siglo XV no se conocía la quinina.

(2) Los italianos, los españoles y los franceses del Mediodía soportan los climas tropicales mejor que los anglosajones salidos de la brumosa Inglaterra. Sin embargo, aun estos anglosajones se han aclimatado admirablemente en la zona tropical de los Estados Unidos. En Georgia, los blancos prosperan más que los negros, puesto que su natalidad es de 156,7 por 1.000, y la de los negros, de 152,3.

por tanto, decir que el europeo se ha aclimatado en ella de un modo parcial.

No dudamos que, en ciertos países tropicales, el europeo del Norte decae, lo que no prueba que ha de ser siempre así.

El hombre no puede vivir naturalmente en un clima frío. En cuanto se halla en un medio cuya temperatura es inferior á 15° centígrados, si no dispone de medios para elevar artificialmente dicha temperatura, se ve condenado á perecer en breve plazo. Imagínese un Pearson que hubiese vivido en Egipto el año 3.000 antes de nuestra Era, en el reinado del gracioso faraón Menkera, y que oyera hablar de ciertas regiones lejanas enterradas bajo la nieve durante seis meses de cada año. Seguramente hubiera dicho que la raza semítica nunca se podría aclimatar en países tan espantables. Pero el hombre descubrió después el vidrio, la estufa y otros útiles semejantes, con cuyo auxilio se crea en su vivienda una especie de pequeña África artificial, aun en medio de los hielos y de las escarchas. Á partir de entonces, son habitables, y hasta se han fundado esplendentes civilizaciones en países que, según la opinión de los contemporáneos de Menkera, debían abandonarse á perpetuidad á los osos y los lobos.

Los Pearson de nuestro siglo, como los

Pearson imaginarios del año 3.000 antes de nuestra Era, olvidan los posibles progresos del instrumental. El hombre ha avanzado un paso de gigante con el descubrimiento de los aparatos de calefacción, y dará otro no menos considerable con la invención de aparatos frigoríficos, que, por otra parte, no hay que descubrir, porque ya están descubiertos, siendo suficientes darles una más amplia aplicación. Lo que enerva al europeo es el calor perpetuo de los trópicos, que no puede soportar, como le ocurre con el frío prolongado; pero cuando se empleen en los países calientes aparatos frigoríficos, encontrará una temperatura más baja, como en los países del Norte la halla más elevada, y su frescura le confortará. El europeo podrá habitar y aclimatarse entonces en la zona boreal.

No nos fijemos, sin embargo, en esta posibilidad de procurarse un frío artificial. ¿Es cierto que todas las regiones situadas bajo los trópicos sean tórridas y, en su consecuencia, inhabitables para el europeo? De ningún modo. El África central es una llanura situada á 1.000 metros sobre el nivel del mar; el calor no es en todos sus puntos insoportable. El clima del Congo es en ciertos parajes maligno; pero el de Rodesia es excelente. Ahora bien; sólo Rodesia puede alimentar millones de hom-

bres. Lo mismo cabe enunciar del Brasil; sin mencionar las provincias del Sur—Río Grande do Sul y Santa Catalina,—países muy sanos, las regiones centrales forman también una meseta bastante elevada, donde los calores del estío están compensados por los fríos del invierno. En Goyaz y Matto Grosso, el termómetro desciende bajo cero algunas veces. Ahora bien; solamente en Matto Grosso pueden habitar con gran desahogo 200 millones de hombres, según afirma E. Reclus (1). El clima de Minas Geraes es igualmente excelente. «Se ha podido dudar durante mucho tiempo, escribe también el mismo eminente geógrafo, que los emigrados de Europa pudieran aclimatarse en el Brasil. La experiencia ha hablado de un modo terminante en las provincias meridionales. Aun los emigrantes procedentes del Norte de Europa progresan materialmente más que en su tierra natal. Se han visto en ellas mujeres que han recuperado una segunda juventud, y la natalidad, exceder cuatro, cinco y hasta seis veces á la mortalidad anual. ¿Qué decir de la República Argentina, en la que ciertas regiones son sencillamente admirables? Al Nordeste, el país de las Misiones, al Oeste, los valles andinos poseen un suelo fértil, un aire

(1) *Now Geogr. Univ.*, tomo XIX, pág. 415.

puro y un clima benigno, muy conveniente para los europeos...; allí pueden vivir millones de hombres. Dedúcese de aquí que no todas las regiones enclavadas en los trópicos son inhabitables para la raza blanca, que puede propagarse cómodamente por ellas. Pero demos por bueno que tenga que estar confinada en las zonas fría y templada. Todavía podrá multiplicarse en proporción enorme. La Nueva Zelanda, llamada frecuentemente la Italia del mundo austral, porque mide casi igual superficie, y su figura es algo análoga á la de la Italia europea, puede contener sin apuros una población de 30 millones de almas. La Rusia europea, la Siberia y los Estados Unidos del Canadá están relativamente desiertos; alimentarían sin ningún esfuerzo 1.500 millones de personas. De esta suerte, sólo las regiones de las zonas fría y templada, no ocupadas aún por los europeos, podrían albergar fácilmente más hombres que los existentes actualmente en el planeta. Se ve, pues, cuán inmensas reservas de tierra hay todavía para la raza blanca, y cuán pueriles y necios son los temores de los pesimistas.

Mas, aun admitiendo (lo que es absurdo), que todas las regiones ecuatoriales se hallen reservadas á los amarillos y á los negros, tendremos en las regiones frías y templadas tierras suficientes para multiplicarnos tanto como ellos.

Admirablemente; pero ¿quién invadirá estas tierras desiertas? «Los amarillos y los negros», responden resueltamente los pesimistas. Nos aventajarán en presteza, é irán á colonizar, ante todo, las regiones tropicales, todavía por nadie habitadas, y hasta las regiones templadas. No sólo la raza blanca no podrá extender su dominio por no poder aclimatarse en los países calientes, sino que también los blancos verán invadido su propio dominio por los asiáticos y africanos, porque esas razas inferiores son más *prolíficas*. Aquí interviene un nuevo enemigo de la raza blanca, más terrible que *la sobriedad* de los amarillos; su *prolificidad*.

Ante todo, notemos una contradicción de los pesimistas. Á creerlos, la raza blanca carece de porvenir, porque jamás podrá difundirse por los países tropicales. Mas ¿por qué las razas amarilla y negra no tienen ningún porvenir, ya que no podrán nunca extenderse por las regiones frías y templadas? No parece sino que está reservado á los blancos el triste privilegio de no aclimatarse en los países nuevos, hallándose bien, por el contrario, en todas partes, los amarillos y los negros. Con todo, nos consta que muchísimos negros sucumben en nuestro país (1), causando entre ellos la tuberculosis

(1) «Está demostrado que los negros han menester sol y calor; las afecciones del pecho causan numerosas víctimas entre los que viven hoy al Norte del Potomac», escribe Tricoche, *Journal des Economistes*, 15 Agosto 1894.

una espantosa mortalidad; pero los pesimistas desdeñan atender á estos pequeños detalles.

«Los límites de las razas son inmutables», afirma Mad. Arvède Barine, inspirándose en Pearson. Sí, inmutables; pero únicamente para la raza blanca, ya que se nos amenaza con la invasión de los amarillos. Ni siquiera aquí se molestan en presentar el hecho más insignificante que demuestre que esta cruel inferioridad está reservada sólo á la raza blanca.

¿Cuál es el gran fenómeno histórico que domina quizá á todos los demás desde hace trescientos años?, pregunta Faguet en el artículo citado. El encogimiento del planeta. La mayor facilidad de las comunicaciones, al acortar las distancias, ha disminuído en cierto modo las superficies. La Auvernia estaba próxima al Limousin en la Edad Media; en el siglo XVII, el alemán era vecino del francés, y hoy somos vecinos de los chinos y japoneses... Todos nos damos la mano... Esto es admirable; chismorreamos. Sí, el Universo es una sola familia; pero aguardad. Cuando las razas se tocan, no tardan en chocar unas con otras Y esto no se ha hecho esperar. «Seremos arrojados por la espalda, de los países cuyo clima nos ha con-

sentido fundar establecimientos, escribe madame Arvède Barine en el artículo citado. El negro ha menester más que el indo para poder rivalizar en cualquier orden con nosotros; pero dispondrá en un porvenir no muy remoto—la población negra se duplica en cuarenta años—del poder idiota del número, contra el que nada pueden la razón ni la ciencia; Pearson cita como ejemplo el Natal. Cuando Inglaterra se apoderó de él en 1842, había en dicha comarca, por término medio, cinco negros por milla cuadrada. La feracidad del suelo y las ventajas de un clima muy variado atrajeron á la nueva colonia á numerosos emigrantes europeos; pero los negros, sin mencionar á los chinos y los indos, invadiéronla, por su parte, atraídos por el aliciente de la tranquilidad que les prometía el gobierno de los blancos. La población de color es al presente en el Natal trece veces mayor que la población blanca. En el transcurso de otra media centuria, los europeos constituirán en dicho país una población insignificante, y perecerán aplastados por el número; esto, aun sin progresar nada los negros, lo que en manera alguna está demostrado.» Mas prosigamos esta emocionante cita: «En Java, cuyas montañas brindan á los europeos parajes de excelente salubridad, apenas había á fines del siglo XVIII dos millones de

indígenas; hoy suman próximamente 23 millones. En cien años han más que duplicado, mientras que los 30.000 holandeses continúan siendo aves de paso. No habrá que esforzarse mucho para destruirlos. Borneo y Nueva Guinea no tienen para qué temer una invasión de europeos. La Malasia será devorada, no por los blancos, sino por los chinos, que en ella son la mancha de aceite, y entran ya por mitad en la población de varias ciudades importantes. Existen además grandes probabilidades de que los chinos se nos adelanten en el Asia Central, y formen también en esta región la mancha de aceite. ¿Cómo sobrepujar ese poder del número, que hemos calificado de imbécil? Sólo en la China son 400 millones, sin contar los casados y establecidos en Malasia. Antes de la segunda mitad del siglo XX serán 800 millones. ¿Cómo impedir que se desborden? Imposible; Faguet nos dice el motivo, que no es otro sino que poseen armas naturales superiores á las nuestras.

De esta suerte, no sólo el dominio de los amarillos y los negros será siempre inaccesible á los blancos, sino que, por el contrario, el de éstos será invadido por aquéllos. Tienen sobre nosotros inconmensurables ventajas: la sobriedad y la prolificidad, que les garantizan un triunfo cierto.

Nos hemos ocupado anteriormente de esa pretendida sobriedad. Estudiemos ahora si el otro fantasma, la prolificidad, es mucho más serio.

«Los chinos son hoy 400 millones; en cincuenta años, serán 800 millones», asevera Madame Arvède Barine. He aquí el hecho capital en que se fundamenta la futura decadencia de nuestra raza. Mas ¿quién ha comprobado nunca de un modo positivo el tipo de incremento de la población china? No hay estadísticas exactas, ni siquiera aproximativas. Unos dicen que China tiene 425 millones de habitantes; otros rebajan esta cifra hasta 293 millones (1). Estos juicios se basan sobre datos absolutamente inciertos. También se cree que la natalidad en China es excesiva. Asimismo, era un dogma que en Rusia la natalidad era mucho más crecida en las familias israelitas que en las familias cristianas. Censos formados escrupulosamente han desvanecido esta creencia. Si dispusiéramos de documentos exactos sobre China, quizá se relegara á la región de los mitos su natalidad excesiva. Empero, por otra parte, la natalidad sola nada quiere decir; lo que importa muy mucho considerar es la mortalidad. Lo que más pesa, es la supervivencia.

(1) Wagner y Supan: *Die Brevœlkerung der Erde*; Gôtha, Justus Perthes, 1891.

Ahora bien; cuando se nos afirma que la población de China se duplica en cincuenta años, esto es, que la supervivencia es en ella de un 2 por 100, se establece una afirmación que carece de fundamento positivo. Esto es pura fantasía. El incremento del 1 por 100 es ya muy raro en los países que no tienen inmigración. Parece, en cambio, harto probable que, á causa de la espantosa penuria de la inmensa mayoría de los habitantes de dicho país, la mortalidad alcance en China enormes proporciones. No solamente se ignora el tipo de incremento de la población china, sino que ni siquiera se sabe si este incremento existe en nuestros días; personas muy competentes llegan hasta sostener que la población china ha disminuído. Según cálculos de dichas personas, la población del Celeste Imperio era en 1842 de unos 413 millones, y, en 1890, de 348 millones (1).

Si la población china hubiera doblado siempre cada cincuenta años, habría sido de 26—*decimos veintiséis*—personas en el año 920. Ahora bien, en el censo del 922 figuraban ya 45 millones. Por otra parte, si la población hu-

(1) Wagner y Supan: *Obra citada*. Algunos autores elevan á 81 millones el número de víctimas de las guerras interiores de las hambres y de las inundaciones en la China del siglo XIX.

biera doblado cada medio siglo, adoptando como base de cálculo esta cifra, habría llegado ya en 1120 á 720 millones, cuando en nuestros días asciende sólo á 400 millones.

El procedimiento de los pesimistas aparece aquí en toda su repugnante desnudez; además de fundarse en analogías superficiales, presenta sus absurdos como hechos incontrovertibles, en los que colocan peligros futuros.

«La población negra, dice Pearson, dobla en cuarenta años; y cita el Natal, donde había en 1842, por término medio, cinco negros por milla cuadrada, y hoy hay 20». Nada impide concebir circunstancias en que la población se reproduzca todavía más rápidamente. Imaginese un territorio desierto, y que en él se establezcan un hombre y una mujer. Al cabo de dos años pueden tener dos hijos. La población de este pedazo de tierra habrá, por consiguiente, doblado, no en cuarenta años, sino en veinticuatro meses. No basta exponer cifras, es necesario también analizarlas, siquiera brevemente. La población del Natal aumentó en tiempo tan corto, no por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones, sino por la emigración de los cafres, que precisamente fueron al Natal por encontrarse en este país más seguros. También la población de Inglaterra ha triplicado desde 1780, y la de Java ha llegado

en un siglo, de dos millones á 23 millones, y la de los Estados Unidos, de cuatro millones á 63 millones. Mas, en todos estos casos, conviene apreciar sus condiciones particulares. De que la población de la Gran Bretaña haya triplicado en cien años, no se deduce que haya de verificarse otro tanto en China. Circunstancias diversas producirán diversos resultados. En la misma Gran Bretaña, el tipo del incremento era antes del siglo XIX muy diferente. La población de Inglaterra en 1080 era de tres millones y medio. Tardó, por tanto, en triplicar la primera vez, setecientos años (1).

La economía política no ha formulado todavía una ley de población. Algunas veces se ha notado un descenso en la natalidad congruente al desarrollo del bienestar. El número de descendientes parece estar en este caso en razón inversa del número de goces que pueden proporcionarse los padres; pero no siempre es así. En el Canadá, las familias francesas más ricas llegan á tener á veces hasta veinte y veintitrés hijos. Francia ofrece el ejemplo más conocido de un incremento de la riqueza para-

(1) Inglaterra—sin Escocia ni Irlanda—tenía dos millones de habitantes en 1086. Si la población hubiera aumentado á partir de esta época en igual proporción que entre 1860 y 1870, hubiera ascendido en 1886 á 84.000 millones. Consúltese á Wilfredo Pareto, *Cours d'Economie Politique*; Lausana, Rouge, 1896.

lelo á una baja en la natalidad. Este ejemplo es tan notable, que ha cegado al mundo. Los pesimistas se muestran muy orgullosos por poder aducirlo; lo que acaece al presente en Francia, ocurrirá siempre y en todas partes: olvidan que los fenómenos sociales son de una complejidad inaudita y, por lo mismo, siempre nuevos. Si no existen dos hojas iguales, menos podrán existir dos sociedades iguales. Nada demuestra que la natalidad francesa sea siempre tan raquítica, ni nada prueba que toda nación que disfrute de un grado de progreso comparable al de Francia haya de estar forzada á una natalidad tan poco considerable. No obstante, algunos adoptan este decrecimiento de natalidad en razón directa del bienestar, como base para profetizar la inminente extinción de la raza blanca. Los arios, enriqueciéndose, se hicieron cada vez menos prolíficos; los negros y los amarillos, siendo miserables, continuarán siendo prolíficos; luego llegará un día en que les pertenecerá la Tierra. Esta definición es muy bella..., pero muy poco lógica. Si la prolificidad está en razón inversa del bienestar, cuando los amarillos y los negros hayan perfeccionado su estado, se harán también menos prolíficos. Así, según el sentir de los pesimistas, el descenso de la natalidad que se produce entre los blancos, nunca se

producirá entre los amarillos. También aquí se intenta explicarnos con la sombra de un hecho esta excepción. Los fenómenos sociales son los mismos para todas las razas; no hay una ley de población para los blancos, otra para los mulatos, y una tercera para los cuarterones.

Al enriquecerse, decrecerá el número de europeos; pero, en las mismas condiciones, las otras razas no disminuirán. Digamos de una vez, á ver si con ello dejamos satisfechos á los pesimistas, que causas iguales no producen iguales efectos.

Acaso se nos replique: pero los amarillos y los negros seguirán siendo prolíficos, porque permanecerán pobres. Su prolificidad les será entonces completamente inútil, porque su mortalidad será tan elevada como su natalidad.

La humanidad avanza hacia el equilibrio; tal vez el porvenir nos reserva una igualación de las condiciones sociales de todos los países. Al hacerse de un modo sensible la misma en todas partes la densidad de población, la natalidad no será más numerosa entre los amarillos y los negros que entre los blancos. La prolificidad de las razas inferiores se nos antoja, en su consecuencia, un espectro tan irrisorio como su cacareada sobriedad.

LIBRO III

Confusión de los fenómenos fisiológicos con los sociales

CAPÍTULO VI

Inconsistencia de la idea de raza

«¿Y el fin de los fines?», pregunta Faguet en el artículo ya citado. ¡Ah!; indudablemente, la victoria final del amarillo sobre el blanco, hasta que venga la del negro sobre el amarillo. La Europa amarilla es un hecho probable para pasados algunos siglos, acaso dentro de uno ó dos. ¡Qué importa!, exclamará el filósofo puramente humanitario. Los amarillos recogerán la herencia de la civilización, como los bárbaros la recogieron en edades remotas. Tomarán nuestras literaturas, nuestras artes, nuestras ciencias, nuestras ideas, y, elaborándolas á su modo, crearán una tercera civilización diversa de las dos primeras, quizá superior. *Vitaï lampada*... Es posible, y hasta probable: los amarillos y los negros son inteligentes. No obstante, como, después de otros, ha observado Fouillée, la diferencia entre el blanco y el amarillo es mucho más notable que entre el greco-romano y el bárbaro. El bárbaro es, en último término, de la misma raza que el romano y el griego. Son primos. Mas el amarillo y el negro no son primos nuestros. Aquí hay una verdadera diferencia, una verdadera distancia etnológica, y cierto que muy extraordinaria. Después de todo, nunca hasta el presente se hizo la civilización más que por blancos. Nunca hubo, á pesar de los bellos descubrimientos que han realizado, una progresión continua y cada vez más rápida en la civilización de los chinos, como en la de los blancos antiguos primeramente, y después, en la de los modernos. «Es aventurado, apunta Fouillée, suponer que los chinos, ni siquiera los japoneses, revelen en lo porvenir una originalidad intensa, una elevación intelectual y moral, un sentido estético que jamás tuvieron en el curso de su interminable historia. Ya será un admirable progreso para ellos elevarse, según lo ha verificado el Japón, á ese nivel uniforme y trivial de conocimientos científicos que para los pueblos llamados europeos constituiría un estancamiento.» Aunque no muy competente en la cuestión, y pienso que nadie podrá serlo mucho, abundo en iguales ideas. La Europa amarilla significa, en verdad, una regresión..., un nuevo período de obscurecimiento y tinieblas; en una palabra, una segunda Edad Media.»

Recojamos antes de pasar á otra cosa, y en

rápida ojeada, una primera contradicción de nuestros adversarios. Decididamente, muestran una desmedida afición por ellas. Se puede cogerlas á montones. Cuando Faguet nos atemoriza con una nueva Edad Media á consecuencia del triunfo de los amarillos, olvida que fué muy otra la causa de la primera Edad Media. Ella se engendró en medio de los nobles arios, sin mezcla de sangre con los viles turanios.

Pero vengamos al hecho. El triunfo de los amarillos retrasará sensiblemente, si no la destruye, la civilización humana. La *raza* es, por consiguiente, el factor principal de la civilización. Esto presta á la raza una importancia de primer orden. Conviene, pues, inquirir con toda la precisión posible la idea, el fenómeno positivo expresado por ese término, del que nuestro siglo usa y abusa tan persistentemente. Desde luego parece evidente que la *raza* es una noción fisiológica; los antropólogos lo reconocen unánimemente. *Raza* es un cierto conjunto de caracteres morfológicos. Mas ¿qué caracteres son éstos? Tan pronto como se formula esta pregunta, comienza la incertidumbre. Para unos, el índice cefálico es el todo; para otros, el color de la piel, la sección de los cabellos y otros, diferentes caracteres elegidos de un modo puramente arbitrario. Vanamente se busca un punto sólido en que asentar el pie:

el suelo inestable de las clasificaciones se mueve constantemente. Extremando el análisis, se observa que la raza, como la especie, es hasta cierto punto una categoría subjetiva de nuestro espíritu, sin realidad exterior. La Naturaleza es una. Las especies animales derivan unas de otras por lenta diferenciación. No hay, por tanto, límites entre las especies y las razas. Así, ciertos antropólogos enumeran hasta 150 razas humanas; otros, solamente cinco. La clasificación habitual en blancos, amarillos, rojos y negros no resiste la crítica—afirman los especialistas,—porque el color nada significa, siéndolo todo la conformación del cráneo.

Hay todavía una dificultad insuperable. Concedamos que, en cierto momento, las razas humanas se han diferenciado de una manera absoluta. Concedamos también que, en ese momento, cada individuo haya podido ser clasificado de modo positivo en su raza. Este momento teórico no ha podido durar un solo día, porque las razas humanas diferenciadas comenzaron á cruzarse inmediatamente de mil suertes diversas. Ya en los albores de la historia, los braquicéfalos y los dolicocéfalos convivían en el actual suelo de Francia. Desde los tiempos neolíticos, Europa está poblada por cuatro razas diferentes. De éstas, tres han ocupado á Inglaterra, y se descubren todavía entre sus

descendientes. Hoy puede acaecer que de dos hijos del mismo padre y de la misma madre, uno se acerque al tipo braquicéfalo, y el otro, al dolicocéfalo.

Imposible edificar nada sólido sobre un suelo movedizo. Así, los antropólogos y los literatos que asientan el progreso de la humanidad sobre la teoría de las razas, incurren en frecuentes contradicciones. G. Le Bon se ve forzado á reconocerlo: «Entre los pueblos civilizados, no hay razas *naturales*, escribe (1), sino solamente razas artificiales, creadas por las condiciones históricas» (2).

Le Bon duda, por una parte, de la existencia de las razas puras, y, por otra, afirma «que los hombres de cada raza, cualquiera que fuere su nivel social, poseen un bagaje indestructible de ideas, tradiciones, sentimientos y modos de pensar, heredados inconscientemente de sus antepasados» (3). Pero, supuesto que no existen razas puras, cada hombre debe poseer por lo menos las ideas de sus diversos antepa-

(1) Quisiéramos que se nos explicase lo que se entiende por raza *natural*. Todas las que existen en la Naturaleza son naturales. Esas razas, mal denominadas naturales, no son otra cosa que categorías de nuestro espíritu, como las *especies tipos* de los antiguos naturalistas.

(2) *Lois psychologiques de l'Evolutión des peuples*, París, F. Alcan.

(3) Obra citada, pág. 7.

sados; además, el bagaje de estas ideas debé aumentar á cada nuevo cruzamiento: no puede, por tanto, ser *indestructible*.

Prosigamos las citas del doctor Le Bon, que se nos antojan muy instructivas:

«Casi todas las razas históricas están todavía en vías de formación (1), dice; é importa no olvidarlo, para mejor interpretar su historia. Sólo el inglés de nuestros días representa una raza casi absolutamente fija. Hanse borrado de él el antiguo bretón, el sajón y el normando, para formar un tipo nuevo muy homogéneo. En Francia, por el contrario, el provenzal difiere extraordinariamente del bretón y del auvernés del Norte. Sin embargo, si no existe un tipo medio francés, existen, cuando menos, tipos medios de ciertas regiones» (2). Mil inconsecuencias saltan á la vista en este pasaje. En primer término, ya hemos visto la imposibilidad de fijar el tipo inglés, por distinguirse aún en él las diferentes razas primitivas que poblaron á Europa durante la época cuaternaria. Después, nótese cuán arbitrario es semejante sistema. Le Bon traza un cuadro puramente convencional, el país que se extiende desde la Mancha á los montes Cheviot, y dice: en el in-

(1) Idem, pág. 51.
(2) Idem, pág. 56.

terior de este cuadro hay una raza fija. Si hubiera escogido para su cuadro el territorio comprendido entre la Mancha y las Orcadas, no hubiera hallado ese tipo fijo, porque los escoceses no se parecen á los ingleses. De la misma manera habría encontrado un tipo fijo, como en Inglaterra, si hubiera considerado en Francia el país al Norte del Loira. Todo depende, en su consecuencia, del aspecto subjetivo. «Casi todas las razas históricas están en vías de formación, escribe Le Bon; sólo los ingleses presentan una raza casi enteramente fija.» Mas no se molesta en aclararnos por qué los ingleses constituyen una verdadera derogación de las leyes universales de la Naturaleza. Todo lo que vive, cambia. La materia animada es animada justamente porque es inestable. Nunca fué, ni jamás será tipo fijo en Inglaterra, ni en ninguna parte.

De esta suerte, la escuela antropológica hace de la raza el factor capital de la civilización; empero, tan pronto como se le exige que defina el verdadero sentido de esta palabra, viene á tierra toda esta balumba. Nadie, hasta nuestros días, ha osado precisar qué rasgos establecen la característica de una raza. Durante largo tiempo se dijo que el color de la piel; mas los antropólogos modernos estiman como una herejía imperdonable considerar á

un noble dolicocéfalo rubio y á un vil braquicéfalo moreno como representantes de una misma raza porque ambos sean blancos. «Ningún parentesco de raza une á los belgas, los italianos y los españoles, que hablan lenguas hermanas. Por el contrario; hay verdadera identidad de raza entre los braquicéfalos auverneses, los badenses, los piamonteses, los suizos, los bávaros y los albaneses» (1).

CAPÍTULO VII

La raza y las facultades mentales

Faguet lo dice en términos harto expresivos: los amarillos y los negros son incapaces de *tendencias elevadas, de ansias desinteresadas por saber, ni de preocuparse por progresar incesantemente en el orden moral*. Sabido es que estos tres factores crean la civilización: por eso, cuando los amarillos y los negros sean mayoría sobre el planeta, el progreso humano padecerá un eclipse de muy larga duración, una nueva Edad Media. En buena lógica, este eclipse debería ser total, porque si los amarillos y los negros han de ser en 2100 incapaces de altas aspiraciones, no se nos alcanza por qué hayan de ser capaces en 2.500. Esas

(1) G. de Lapouge, *Le Darwinisme dans le science sociale. Revue internacionale de Sociologie*, año 1893, pág. 457.

elevadas aspiraciones son un hecho fisiológico, ó un hecho social. Si son un hecho fisiológico, mientras que los amarillos sean amarillos, no podrá tener aspiraciones elevadas; si las tienen en alguna ocasión, será porque ellas no dependen de la conformación fisiológica.

Nadie discute, en todo caso, que la civilización sea efecto de factores psíquicos. El mismo Faguet lo reconoce en frases muy precisas: dice que los amarillos conmoverán la civilización humana, porque no pueden tener *altas aspiraciones mentales*. Todos comprendemos que el progreso no es un resultado directo, sino indirecto del color de la piel, del ángulo facial ó de la sección de los cabellos.

Adivínase cierto conjunto de caracteres fisiológicos asociados á ciertas facultades mentales. «No sé, dice Lapouge (1), de ninguna población superior cuyo índice sea inferior á 74.» Entonces, ya está hecha la deducción: la raza X tiene un índice inferior á 74; el índice inferior á 74 va siempre acompañado de un débil desarrollo de la inteligencia; luego la raza X tiene una inteligencia débil; luego será incapaz de crear una alta civilización. El rasgo fisiológico es siempre un rodeo para llegar á un factor psíquico.

(1) *Les Selections sociales.*

Ahora bien, para poder afirmar *à priori* la incapacidad mental de una raza, sería necesario poseer algunas nociones positivas acerca de la relación existente entre la conformación del cerebro y las facultades mentales. Mas *se carece de toda noción* á este propósito. Se ha estudiado en todos sentidos el problema: se ha fijado sucesivamente la cubicación de la caja craneana, su forma, el peso del cerebro, sus circunvoluciones, su composición química; todas estas tentativas han *fracasado por completo*. Cerebros muy pesados, por ejemplo, han pertenecido á idiotas, y otros muy ligeros, á hombres de genio. La forma del cráneo, la dolicocefalia, la mesaticefalia y la braquicefalia no han resuelto mejor el problema. Entre individuos que tenían igual índice cefálico, se han encontrado imbéciles y talentos extraordinarios. Hasta el presente, nos rodean las tinieblas más densas: es imposible, con la sola inspección de un cráneo ó de un cerebro, determinar las facultades mentales de un individuo. Muy cierto que la conformación del cerebro y la inteligencia deben guardar alguna relación; pero todavía no sabemos cuál. Nuestra ignorancia procede de la grosería de nuestros medios de investigación. Es sumamente probable que la multiplicación de células de los cilindros ejes y el número de nuestros conocimien-

tos sean correlativos; pero que las facultades mentales correspondan *únicamente* á un hecho tan burdo como la forma del cráneo, es cosa de que se puede dudar muy seriamente. Desde luego aquí, como en todos los otros fenómenos biológicos, debe admitirse que los fenómenos complejos tienen también factores complejos; la inteligencia humana es una de las cosas más prodigiosamente complicadas que cabe imaginar. Sostener que procede exclusivamente de la forma del cráneo, es aventurar una idea demasiado arbitraria; con la misma lógica podía derivársela de la forma de las orejas ó de la naríz. De este modo, los hechos contradicen siempre las jactanciosas teorías de los antropólogos, que fijan la inteligencia en un solo rasgo morfológico. ¡Cuánto se ha exagerado la importancia de la capacidad craneana! ¡Ah!; si ella fuese el único factor de la inteligencia, los dahomianos serían reputados entre los primeros pueblos de la Tierra, porque, según las mediciones de Broca, poseen una de las mayores capacidades craneanas conocidas.

Así, pues, entretanto que los antropólogos no establezcan sobre un *fundamento cierto* é indiscutible la correlación de la inteligencia con un índice fisiológico cualquiera, ningún valor concederemos á sus teorías, á las que

consideraremos como si no se hubiesen formulado. Afirmar que no se conoce población superior que tenga un cráneo de tal ó cual conformación, nos parece la cosa más arbitraria del mundo. La ciencia no puede levantarse sobre afirmaciones puramente subjetivas. Cuando se dice: Los chinos son incapaces de altas especulaciones porque tienen la piel amarilla, replicamos: Probad que la piel amarilla y la elevación de las facultades mentales son incompatibles: mientras no lo hagáis, esa afirmación no tendrá valor. Nosotros discutimos el derecho á fundamentar conclusiones científicas en simpatías subjetivas y en abstracciones metafísicas.

Los antropólogos, y cuantos abusan de la noción de raza, incurren en un error capital, nunca aclarado suficientemente; en los problemas de la inteligencia, olvidan los factores sociales. ¿Qué os parece?

La inteligencia de un hombre está en razón directa del número de ideas contenidas en su cerebro y de la facultad de asociarlas. Este número, á su vez, se halla condicionado por el factor interno y el factor externo. El primero es el poder de almacenamiento; el segundo, el número de ideas á almacenar. Yo puedo sostener en mi mano un peso de tres kilogramos; pero si en toda mi vida no he tenido ocasión

de levantar un peso superior á 500 gramos, ¿podrán los teóricos afirmar justamente que esta última cifra es la expresión de mi potencia muscular? Este aserto sería completamente falso (1). Otro tanto ocurre con muchos cerebros. Contienen un número muy reducido de ideas, no porque sean incapaces fisiológicamente para contener una porción más amplia, sino porque el medio social no les brinda ocasión para ello. Imposible medir la potencia virtual de los cerebros humanos; así, viendo cuán limitado es al presente el cerebro de los cafres y los zulús, cabe preguntar si ello se debe á que las circunstancias geográficas é históricas no han llevado á su país una gran corriente intelectual, ó porque los cafres son impotentes para reunir muchos conocimientos. Los pesimistas pronúncianse resueltamente á favor de la segunda hipótesis, que se apresuran á ensalzar hasta la categoría de dogma sacrosanto. «La raza posee carácteres fisiológicos, casi tan invariables como los carácteres físicos», dice Le Bon. Empero numerosísimos hechos se alzan en contra de esta afirmación.

El más notable de todos es el idioma, que caracteriza por excelencia las facultades mentales de los grupos humanos; el vocabulario de una lengua es como una enciclopedia popular, porque no se da nombre sino á las cosas cuya noción se posee. La gramática y la sintaxis son la quinta esencia de la lógica de un pueblo; la lengua es el lazo más íntimo de las facultades mentales. Si, pues, la raza estuviera dotada de caracteres psicológicos tan fijos como las notas fisiológicas, ellos se advertirían de modo principalísimo en la lengua. Si una raza es refractaria en absoluto á las ideas de otra, deberá serlo principalmente á las gramáticas y á las sintaxis extranjeras, que constituyen el fundamento positivo de la idiosincracia mental. Mas ¿qué nos enseña la realidad? Los hombres de una raza aprenden con facilidad el idioma de otra. ¿Es posible imaginar dos lenguas más diametralmente opuestas que el chino y el inglés? El chino expresa del modo más primitivo las cosas, únicamente por la colocación del vocablo en la frase; el inglés abunda en flexiones: son los dos polos opuestos de los procedimientos lingüísticos. Sin embargo, los chinos, aun aquéllos de escasa cultura, aprenden en breve tiempo el inglés, para lo que es necesario que su cerebro posea la potencia virtual suficiente para dominar una lengua analítica. Reflexionando sobre esto, adviértese que ello supone

(1) Otro ejemplo: Imaginad un hombre cuya potencia visual es capaz de distinguir á 100 metros los detalles más pequeños Se le recluye en un recinto de 10 metros, y no ve más allá. ¿Mas podrá decirse por esto que no *puede* ver nada más allá?

un esfuerzo inmenso, una revolución radical en el entendimiento; supuesto que se verifica tan fácilmente en el cerebro chino, es lógico concluir que éste posee facultades latentes muy intensas. Lo que hemos afirmado del idioma, lo decimos tambien de las ideas. ¿Qué autoriza á sostener que una raza es incapaz de comprender ciertas ideas? No otra cosa sería pretender conocer *á priori* la virtualidad de los cerebros humanos. ¡Vana pretensión! Desafiamos á que se nos muestre el fundamento científico en virtud del cual pueda apostrofarse á un hombre: la potencia virtual de tu cerebro llega hasta aquí, y no más allá.

Cuando se nos dice: El progreso sucumbirá, porque los chinos son incapaces de comprender tal ó cual idea, replicamos siempre: Pruebas, pruebas!

Hubo un tiempo en que los arios no tenían las ideas que hoy poseen; si su virtualidad cerebral hubiese sido limitada, jamás hubieran adquirido ideas nuevas, y nosotros, los hombres del siglo XIX, nunca hubiéramos podido pensar lo que pensamos ahora. El fenómeno cerebral es un caso particular de un fenómeno biológico más general; la correlación entre el órgano y la función. La función forma el órgano; éste condiciona la función. De que los cerebros chinos contengan en la actualidad x

ideas no puede deducirse que no contendrán mañana $x+2$. Si la cantidad x fuera limitada, habría que admitir que los órganos no pueden nunca desarrollarse, lo que repugna á todas las afirmaciones de la Biología.

De una mujer blanca y de un hombre blanco, nacerá un niño blanco: la herencia se halla encerrada forzosamente dentro de ciertos límites; pero el genio y la idiotez no están al alcance de éstos. De un padre adornado de dotes superiores y de una madre inteligente, pueden nacer hijos idiotas, como sordomudos, de padres cuyo sentido auditivo tenga la más fina exquisitez. Si únicamente nos atuviéramos á la ley de herencia, Renan debería haber sido el hombre más creyente; sus antepasados, durante numerosas generaciones, habían sido excelentes católicos, personas piadosas y de fe inquebrantable, lo que no impidió que Renan llegara á ser librepensador. Conviene proceder con mucho tacto en las cuestiones de la herencia: es evidente que esta ley existe; pero ignoramos en absoluto los límites de su acción. Nada, por consiguiente, nos autoriza para decir que si la raza amarilla no ha producido todavía grandes genios, tampoco los producirá en lo porvenir, en virtud de las leyes de la herencia.

Hemos visto anteriormente que los pesimistas niegan á los amarillos y á los negros la

elevación de sentimientos, de igual suerte que les niegan la inteligencia. «Sería aventurado confiar en que los chinos revelen una elevación moral y un sentido estético de que carecieron en absoluto en lo pasado», dice Fouillèe. Numerosas objecciones pueden impugnar estos asertos puramente arbitrarios. Por de pronto, la de la génesis de los sentimientos. Si los *nobles* dólico-rubios hubieran caído de las mansiones celestes, comprenderíamos que pudiesen tener sentimientos inaccesibles á los *viles* braqui-morenos surgidos del limo de la tierra. Mas no ha ocurrido así: los nobles dólico-rubios han progresado lentamente, desviándose de un tipo inferior. ¿Quién nos dirá en este caso el momento en que los bellos sentimientos se apoderaron de su espíritu? Y, ya que estos sentimientos han invadido un día el alma de los dólico-rubios, ¿por qué no han de poder entrar en el espíritu de los braqui-morenos?

Por otra parte, ¿dónde concluyen los dolico-rubios? La Naturaleza es ajena á las categorías artificiales de nuestro espíritu. Entre los dólicocéfalos y los braquicéfalos, entre el índice 75 y el índice 94, se encuentran todas las gradaciones intermedias. Esto ha hecho necesarias nuevas subdivisiones; los sub-dolicocéfalos, los mesaticéfalos y los sub-braquicéfalos. Nosotros preguntamos: ¿á qué clasificación se asignan

los sentimientos nobles y generosos? ¿Son imposibles desde que se entra en la braquicefalia, ó es preciso avanzar resueltamente hasta la sub-braquicefalia? Es suficiente plantear de modo tan perentorio la cuestión, para que todas estas teorías erróneas se derrumben por su base.

Mas, aun admitiendo que sólo la dolicocefalía implicara sentimientos elevados, tropezaríamos con una contradicción absoluta. Los *nobles* arios son, según el sentir de nuestros adversarios, los únicos capaces de sentimientos dignos y elevados. Ahora bien, la *raza aria* es una pura quimera, como la *raza latina*, como la *raza anglosajona*. Los antropólogos protestan enérgicamente contra la intrusión de la lingüística en su esfera. Pueblos de razas absolutamente diversas pueden hablar el mismo idioma; pueblos de la misma raza pueden hablar lenguas completamente distintas. Los términos *raza latina*, *raza aria*, son, desde el punto de vista antropológico, totalmente absurdos: esas razas no existen, ni han sido nunca. En su consecuencia, cuando Fouillèe dice que los sentimientos generosos son patrimonio de los *arios*, es lo mismo que si afirmase que también existen en el alma de los dolicocéfalos, mesaticéfalos y braquicéfalos, puesto que, según hemos visto, todas estas razas concurren

á la formación del grupo ario, que comprende el *homo europeus*, el noble dólico-rubio, lo mismo que el *homo alpinus*, el vil braqui-moreno, y hasta el *homo acrogonus*, criatura inferior.

El cruzamiento de las razas nos ofrece una última objeción. Ya la expusimos al hablar de la universalidad de las leyes sociales.

Admitamos por un momento que los negros sean incapaces de sentimientos nobles y generosos; pero ¿ocurrirá otro tanto con los mulatos, los cuarterones y los octavones? ¿Será preciso admitir que estos individuos son incapaces de tener un medio, un cuarto y un octavo de aspiraciones elevadas? El célebre agitador Douglas, muerto hace dos años, era hijo de un blanco y de una negra. Debemos creer que sus sentimientos eran plenamente generosos, puesto que consagró toda su vida al bien de sus semejantes, lo que no siempre hacen muchos «nobles» dolicocéfalos. Para sostener que los sentimientos generosos ya no pueden existir pasado el índice 75, sería menester, cuando menos, basar afirmaciones tan débiles en alguna prueba, aunque ésta fuese muy insignificante. Mas, esto nunca se ha hecho; ni siquiera se ha intentado. Y muy cierto que con sobrado motivo, porque semejante demostración es imposible.

No hay, pues, derecho para afirmar que

ciertas ideas y determinados sentimientos son el patrimonio de una «raza», en el sentido fisiológico de la palabra. Las ideas y los sentimientos son fenómenos psicológicos, y, como tales, dependen de leyes psíquicas. Los europeos se han adjudicado el monopolio de los sentimientos caballerescos; pero necio orgullo es el suyo; también los indios los han descubierto en ciertos momentos.

«Cuando se comparan entre sí los promedios de las razas, escribe en la citada obra el doctor Le Bon (1), las diferencias mentales se atenúan extraordinariamente.» Siendo la raza en muchos casos un concepto subjetivo de nuestro espiritu, estaba prevista semejante conclusión. Nos place decir, por ejemplo, que la mesaticefalia comienza en el índice 75. ¿Por qué no en el índice 80 (2)? En realidad de verdad, en la Naturaleza, donde no hay divisiones truncadas, las facultades mentales están distribuídas entre los hombres en virtud de circunstancias cuyo único factor está muy lejos de ser la raza. Hombres superiores pueden nacer entre los amarillos y los negros, como

(1) *Ob. cit.*, p. 167. Cons. también la pág. 42.

(2) Escribe Lapouge en su *Selection sociale*, página 32: «que las dificultades de la nomenclatura no existen para los especialistas.» No nos dice, sin embargo, por qué, entre los índices máximo y mínimo—60 94,—se han establecido siete subdivisiones, y no cinco ó diez,

de los blancos nacen hombres mediocres.

Mas, se replicará, los negros no tienen un Newton ó un Pasteur. A esto debemos responder que importa no olvidar la influencia de los factores sociales. Grecia, por los años de Ramsés *el Grande*, tampoco tenía Aristóteles ni Hiparcos: y, sin embargo, esto no demuestra que la raza que poblaba aquel país no fuera capaz de producir hombres de esa categoría, puesto que más tarde los produjo: ello prueba simplemente que el conjunto de circunstancias necesarias para que una inteligencia excepcional fuese un Aristóteles, no existía en Grecia en la época de Ramsés *el Grande*.

CAPÍTULO VIII

Empleo abusivo del término «raza»

Las facultades mentales no son las únicas que se asocian á la raza; existen otras muchas, algunas creadas por intensas fantasías.

Los pesimistas ensordecen nuestros oídos con la pretendida decadencia de ciertas razas. A creerlos, algunas degeneran á tal extremo, que pierden hasta la potencia de engendrar hijos: se atrofia su fuerza genésica, apareciendo la oligantropía. En la antigüedad, los griegos perdieron de esta suerte la facultad de reproducirse; luego correspondió la vez á los romanos, y, por último, en nuestros días, á los

franceses. ¡Infortunadas razas latinas! No pueden tener siquiera progenie. Su vitalidad está agotada: han llegado al grado supremo de decrepitud.

¡He aquí unos admirables cantos elegíacos! Mas los pesimistas olvidan un *hecho insignificante*; que la natalidad y la demografía dependen en notable proporción del estado económico. Tan pronto como se modifica este estado, cambia también el coeficiente de la natalidad—por el momento hablaremos sólo de este. —Los tres pueblos cuya tenue natalidad se ha llorado sucesivamente, y cuya inminente hecatombe por la oligantropía se ha predicho, han alcanzado en ciertas épocas una natalidad muy alta. La población de la Grecia moderna ha triplicado en cincuenta años, desde 1830 á 1880, y esto, casi sin ninguna inmigración: he aquí un tipo de crecimiento enorme. La natalidad italiana es hoy una de las más exuberantes de Europa, excediendo á la de Inglaterra, poblada por los *nobles* anglosajones. Basta ojear rápidamente una estadística de la natalidad, para convencerse de que ésta es en absoluto ajena á la raza: ella es reducida ó numerosa entre los germanos, como entre los latinos. Los anglosajones de Massachussets tienen una natalidad inferior á la de Francia. Además, la natalidad varía, no solamente den-

tro de la misma raza, sino también dentro de la misma nación. Así, por ejemplo, es de 44,8 por 1.000 habitantes en la provincia de Girgenti, en Sicilia, y de 38,7 en Toscana.

Es asimismo corriente oponer la energía del obrero anglosajón á la molicie del latino corrompido y del celta degenerado. Aun en este caso, nada representa la raza. «El irlandés, dice F. Nitti (1), que, sustentado con hidrocarbonatos en su país, era perezoso, blando é inconstante, desarrolla en América, con el régimen de una alimentación más confortante, una gran energía, llegando en ocasiones á ser más activo que el mismo obrero inglés.» El consumo de carne es, por término medio, en los Estados Unidos, de 130 libras anuales por cabeza, y de 26 en Italia. He aquí el origen de la inferioridad del obrero italiano, que nunca ha de atribuirse á que pertenezca á la raza latina.

La potencia genésica y la energía muscular pueden todavía tener cierta relación con la raza. Pero ¿cómo creer que ésta influye aun sobre las instituciones económicas más complejas?

La primera Compañía francesa de Seguros sobre la vida, *La Generale*, se fundó en 1819.

(1) *L'alimentazione et la Forza di lavoro dei Popoli*. Turin, Roux, 1894, pág. 29.

«Cinco años después de su fundación, no aseguraba capitales más que por valor de 317.000 francos, y quince años más tarde, en lugar de progresar, retrocedió: estaba en quiebra. Los seguros *toda la vida* se redujeron al capital irrisorio de 231.000 francos. «Pienso que hay motivos de desesperación, ha dicho De Courcy, y para publicar que el temperamento francés es abiertamente rebelde á esta institución» (1).

Si la fraseología actual fuera corriente en 1840, se hubiera dicho: «La raza francesa es refractaria al seguro», como se dice hoy que no es apta para la colonización, y que es hostil á la descentralización.

Ahora bien; en 1894, los seguros han alcanzaron en Francia la cifra de 3.500.000.000 de francos, suma que aumenta á diario. Esto evidencia que todas esas pretendidas ineptitudes de raza son unas solemnes majaderías.

No hemos exagerado al incluir la descentralización entre las *ineptitudes* de la raza francesa. El Dr. Le Bon la niega; en la obra ya mencionada dice algo muy parecido: «Que los ingleses tengan un monarca ó un presidente, el Estado siempre se verá reducido al mínimum, y el particular, elevado al máximum. El ideal

(1) G. d'Avenel *Mecanisme de la vie moderne*, segunda serie, pág. 275.

latino es muy otro» (1). Empero la libertad nada tiene que ver con la raza. Pueblos germánicos, y hasta los mismos ingleses, han sufrido pacientemente el despotismo más denigrante; pueblos latinos han sabido practicar la libertad. En el Sudán, vense monarcas acatados como dioses, y, junto á ellos, repúblicas muy liberales.

Mas aclaremos la frase de Le Bon: «El Estado reducido al mínimum es contrario al ideal latino». Reconociendo el mismo autor que «no existe ningún tipo medio del francés»; ó, con mayor claridad, que no existe raza francesa, ¿cómo puede admitir la existencia de una raza latina? ¿Y cómo una *raza* que no existe puede tener ideal?

«Parece demostrado que varias tribus árabes son de pura raza latina», dice P. Leroy-Beaulieu (2). No obstante, estas tribus viven exactamente como si fueran de raza berberisca: sus instituciones son las mismas, iguales sus costumbres. Si, pues, los latinos han podido abandonar bajo la influencia de la evolución histórica, no solamente su ideal, sino también toda su organización social, ¿por qué no pensar que puede ocurrir otro tanto en lo porvenir? ¿Con

---

(1) *Lois psych. de l'evol des peuples*, pág. 57.
(2) *L'Algèrie et la Tunisie*, París, Guillaumin, 1887, pág. 54.

qué derecho se afirma que la raza latina se petrificará desde fines del siglo XIX, cuando siempre ha sido progresiva?

Los pueblos occidentales, agrupados en torno del Mediterráneo, se han formado cierto ideal social á consecuencia de millares de millones de circunstancias. Cuando éstas cambien, también cambiará su ideal: he aquí cuanto se puede afirmar. Mas afirmar que los anglosajones, hoy liberales, y los latinos, al presente centralizadores, seguirán siéndolo hasta el fin de los siglos, es desconocer esta ley fundamental de la Biología y la Sociología: todo lo que vive, se transforma perpetuamente.

Repítese á diario que las razas degeneran en la decrepitud, y que, en cierto momento, se apodera de ellas la inmoralidad más irremediable, precipitándolas en la nada. ¡Cuántas veces no se ha dicho lo mismo de Grecia, á partir del siglo IV! Atenas se había convertido en el reino de las cortesanas; Friné dictaba las leyes; su hermosura constituía la principal preocupación del pueblo de Pericles, etc.; la voluptuosidad triunfaba, y Grecia debía perecer. ¡Ah!; ni siquiera en este caso interviene para nada la raza.

Cuando Atenas dejó de ser un centro de placer, cesó de ser una ciudad inmoral. En nuestros días, los mismos cómicos «viven plácida-

mente en Grecia la vida del hogar» (1). Si Roma, Venecia y París han reemplazado sucesivamente á Atenas, de ello no debe culparse sólo á la desmoralización de las razas latinas, sino á otras mil causas. Londres, que en ciertos órdenes ha llegado á ser también una capital de placeres, alberga en algunos barrios una corrupción en nada inferior, sino superior á la de París.

Sintetizando: numerosísimos fenómenos sociales atribuídos á la influencia exclusiva de la raza, dependen realmente de factores de orden muy diverso. Esta perpetua confusión de los fenómenos fisiológicos y sociales demuestra la ligereza y frivolidad con que se llevan á efecto estos estudios.

CAPÍTULO IX

De la nobleza de las razas

La raza es, por tanto, según el sentir de muchos publicistas contemporáneos, el único factor de la civilización: hay razas superiores

(1) G. Deschamps: *La Grece d'aujourd'hui*; París, Colin, 1891, pág. 174.—Este autor refiere la chispeante aventura de un oficial de la marina francesa que quiso hacerse pagar nna cena espléndida con una actriz del teatro griego de Atenas. Se le invitó á comer, y el padre de la joven le propuso que se casara con ella, ya que le agradaba tanto. Esto demuestra cuán patriarcales son ahora las antes corrompidas costumbres del pueblo mismo de Friné.

y nobles, capaces de realizar progresos indefinidos, de remontarse á las más altas excelsitudes de la especulación mental; existen, por otra parte, razas inferiores y viles, que nunca podrán salir de la barbarie, ó por lo menos, de la mediocridad. Ya hemos expuesto á este propósito las ideas de Faguet y de los pesimistas de su escuela. Empero ciertos antropólogos van más allá: el progreso, afirman éstos, no depende del conjunto de caracteres fisiolégicos que constituyen un tipo humano, sino de uno solo de esos rasgos; la forma del cráneo. Cuando un individuo posee un índice arbitrariamente determinado, es un noble dolicocéfalo, un *eugénico;* cuando no llega á él, es un vil braquicéfalo. Ahora bien, la civilización humana no se ha formado, á lo que parece, ni se formará nunca más que por los eugénicos.

Una observación antes de entrar en materia: los antropólogos se ocupan de una ciencia exacta; no son metafísicos, como los teólogos. Así, deberían tener muy presente que el principio de las causas múltiples interviene de un modo absoluto en los órdenes físico y químico, y muy particularmente, en el biológico. Basta observar un cerebro humano, para percatarse de la admirable complejidad de los fenómenos vitales. Y siendo la sociedad un conjunto de seres vivientes, la complejidad por conse-

cuencia lógica, se eleva en ella al cuadrado.

Mas algunos antropólogos se obstinan en cerrar fuertemente los ojos á esta verdad elementalísima; cegados por su pasión por el índice cefálico, refiérenlo todo á este factor único, rehusando oir ninguna otra cosa.

Abordemos ahora la tesis de este capítulo. ¿Inquiérese, por ejemplo, las causas de la profunda decadencia de la República romana durante la época de César? Oigamos á Vacher de Lapouge (1). «Si volvemos nuestras miradas, doscientos años atrás, sobre las más preclaras familias de Roma, notaremos que ya no existían las más ilustres entre las antiguas, y que su lugar era ocupado por otras de menos valor, surgidas de todas las clases, hasta de los libertos. Cuando Cicerón lloraba la decadencia de las virtudes romanas, el hombre de Arpinium no tenía en cuenta que en la ciudad, y aun en el mismo Senado, escaseaban los romanos de pura sangre, y que, por cada descendiente corrompido de los quírites, había diez latinos mezclados y diez etruscos.» Hay en este período tantas contradicciones como frases. Sin profundizar más, he aquí una: la decadencia de la República procede de que los romanos eugénicos fueron reemplazados por latinos y etruscos que no eran eugénicos.

(1) *Les selections sociales*, pág. 84.

En primer término, ¿qué sabe de esto Lapouge? ¿Midió los cráneos de todos los romanos y de todos los latinos? ¿Ha comprobado que en los unos el índice era superior á setenta y cuatro, é inferior en los otros? Las grandes familias romanas podían comprender tantos braquicéfalos como las familias latinas; mucho más, cuando ya hacía siglos que se cruzaban romanos y latinos, y los mismos romanos eran de origen latino. Véase al punto una primera contradicción: «por cada descendiente corrompido de los quírites, había diez latinos mezclados.» Si el quírite se había corrompido, era porque el eugenismo no preserva de la corrupción. Pero, entonces, toda la teoría se derrumba por su base. El eugenismo no es, por consiguiente, la única causa de progreso, puesto que los eugénicos pueden corromperse; es decir, caer en la barbarie. Los romanos se corrompieron en tiempos de César: luego eran corruptibles. Si eran corruptibles en la época de César, en iguales circunstancias, hubieran podido serlo en los días de Régulo. Luego si, por esta fecha, eran la virtud misma, ésta no se deriva solamente del eugenismo, sino también de otros muchos factores.

Empero Lapouge comete su más grave inconsecuencia cuando atribuye la decadencia de la República á la desaparición de las gran-

des familias existentes doscientos años antes de César. Ante todo, ¿qué significa la desaparición de una familia? Ella no representa en modo alguno la desaparición de toda su descendencia, sino simplemente de su descendencia masculina conocida. Toda familia ilustre concluye por extinguirse. Si no fuera así en todas las familias humanas, el número de habitantes del planeta iría siempre en diminución. Muy al contrario; vemos que aumenta: luego las familias se extinguen en el *orden* social, no bajo el aspecto fisiológico. Algunos miembros de familias conocidas cesan de serlo: se pierden entre las clases populares; los miembros femeninos pasan á otras familias diferentes: he aquí todo.

Mas continuemos estudiando las afirmaciones de Lapouge. Admitamos que las más preclaras familias romanas del año 300 antes de nuestra Era hubieran desaparecido realmente en el año 100—en el sentido fisiológico de la palabra. ¿Puede atribuirse por eso á este hecho la decadencia de Roma? Las grandes familias del año 500 se habían extinguido en el 300, como las de este año se extinguieron en el 100. Sin embargo, en el año 300, todas las virtudes florecían en Roma. Preguntamos ahora á Lapouge con qué derecho reputa como eugénicas á las grandes familias del año 300, y

no á las del año 500. Si estas últimas fueron eugénicas, habiendo desaparecido en el año 300, la decadencia romana hubiera debido producirse por aquel entonces; mas no ocurrió esto, pudiendo deducirse de aquí que esta decadencia no proviene únicamente de la extinción de algunas familias.

Por último, las grandes familias que se han extinguido desde el año 300 al 100, lo han verificado paulatinamente durante este lapso de tiempo. Si, pues, habían perdido en este intervalo hasta la facultad de reproducirse, cabe pensar que eran degeneradas, y no eugénicas.

Bien claramente se ve cómo los argumentos se multiplican contra esas teorías que, semejantes á las de Lapouge, hacen de la raza el único factor de la civilización.

Además, ¿quiénes son esos pretendidos eugénicos? Evidentemente, los que han vencido. Las familias romanas del año 300 eran eugénicas, porque en los siglos tercero y segundo de nuestra Era Roma venció sucesivamente á Cartago, Macedonia y Grecia. Pensad una victoria definitiva de Anibal; imaginad el Mediterráneo unificado bajo el cetro de Cartago, y nosotros, los hombres del siglo XIX, hablando un dialecto semítico, consideraríamos á *los viles braqui-morenos* como eugénicos,

y á los *nobles dólico-rubios*, como una raza inferior, afirmando que las altas facultades civilizadoras no exceden el índice 85.

He aquí cómo razona Lapouge: Los anglosajones han fundado uno de los imperios más poderosos del mundo: luego ellos son una raza superior. Y luego prosigue: los franceses fueron vencidos en Sedán; los franceses son latinos: luego los latinos son una raza inferior. Si Lapouge hubiera escrito su libro en 1811, su conclusión habría sido precisamente la contraria; los franceses han vencido á todos los pueblos de Europa: luego los franceses son una raza superior. Las conclusiones de la Antropología tendrían que ser modificadas después de cada batalla; una raza, eugénica en la víspera de un combate, no lo sería ya al día siguiente. ¡Los franceses hubieran sido *eugénicos* el 17 de Junio de 1815, y cesado de serlo el 19, después de Waterlóo. Sin embargo, todo el mundo sabe que en cuarenta y ocho horas no cambió la forma del cráneo de los franceses. No; esto no es serio. El índice cefálico no garantiza siempre el triunfo en el campo de batalla; los galos *dólico-rubios* fueron derrotados bajo César por los romanos *braqui-morenos;* los tártaros y los mongoles, á los que podemos decir ultra-braquicéfalos, han vencido á todos los *dólico-rubios* de Europa. ¿Necesitaremos recordar á los belicosos turcos, casi invencibles durante largos siglos?

Por otra parte, si el índice cefálico fuera siempre prenda de seguridad en el campo de batalla, ¿cómo explicaría Lapouge la victoria en la guerra entre personas de la misma raza? Por ejemplo: ¿cómo podría establecer cuáles eran los verdaderos eugénicos, los partidarios de la casa de Lancastre, ó los defensores de la de York? Y, más tarde, bajo Cromwell, ¿ha medido Lapouge los cráneos, para decirnos que el índice de los caballeros no pasaba de 85, mientras que el de los Cabezas Redondas era siempre superior á 70? Finalmente, ¿podría demostrar que todos los republicanos de 1793 eran dolicocéfalos, y todos los vendeanos, braquicéfalos?

Vilfredo Pareto apunta, como nosotros, las contradicciones de Lapouge: «Vemos—escribe el eminente economista (1)—que la población de las ciudades latinas era análoga á la de Roma, si bien con cierta inferioridad, puesto que habían sido vencidas.» Así, lo que determina la victoria, según Lapouge, «es una proporción más fuerte de *eugénicos*». Mas he aquí que, en otro lugar, hablando justamente de la destrucción de los *eugénicos*, se nos dice: «los

---

(1) *Cours d'economie politique*, t. II, pág. 355.

pompeyanos, en cuyas filas combatían *los restos de la aristocracia*, etc.» Habiendo sido vencidos los pompeyanos, tropezamos aquí con una proposición contradictoria de la precedente. Tal vez la novísima lógica *eugénica* derogue las reglas de la lógica actual; pero, mientras tanto, éstas nos enseñan que dos proposiciones contradictorias no pueden ser verdaderas al mismo tiempo». Imposible hablar mejor.

Afirmar que la raza es el único factor del progreso, vale tanto como estatuir que las denominadas razas inferiores, las razas no nobles, son impotentes para traspasar nunca el nivel de la barbarie ó de la mediocridad. Pero ¿qué es una raza noble? El nexo de este sustantivo y este adjetivo es ya en sí mismo la confusión de un fenómeno fisiológico con un hecho social. Llámase *noble* á un individuo puesto en evidencia, que se ha hecho conocido—*nobilis* viene de *noscere*—por su posición social. Todos nuestros contemporáneos han tenido antepasados en la época de Carlomagno; todas las familias alcanzan, por consiguiente, igual antigüedad. Pero existen hoy individuos cuyos ascendientes gozaron una situación brillante en tiempo de las Cruzadas, y otros, cuyos antecesores ocupaban entonces una situación humilde. Así, sabemos que un antepasado de la reina de Inglaterra, llamado Bonifacio,

era marqués de Toscana el año 812; pero nada conocemos de los ascendientes de Chamberlain que vivían en la misma época. Eran gentes obscuras; en esto consiste toda la diferencia. Las instituciones sociales, el conocimiento de la historia; he aquí los verdaderos orígenes de la nobleza. Pero ¿cómo decir noble á una raza? Una raza es el conjunto de caracteres fisiológicos, y la Nobleza, un fenómeno social. Si un *dólico-rubio* permanece obscuro, y sus descendientes nada hacen por salir de tal estado, no será noble; si un *braqui-moreno* llega á ser ilustre—podríamos citar algunos casos,—y si sus descendientes lo son, también éstos se hacen nobles.

Considerando á las razas en el seno de la humanidad, como á los individuos, en el seno del Estado, deberían llamarse nobles á las razas de más antiguo renombre. En este orden, las razas caldea y egipcia serían las más nobles. Ambas brillaron en el mundo antiguo antes que todas las otras; pero los antropólogos rechazan este punto de vista: miden los cráneos, y establecen que los caldeos eran viles *turanios*.

Tan pronto como se aborda el problema de la nobleza de las razas, surge esta dificultad: las razas cruzadas, ¿son nobles, ó viles? Hay actualmente en Méjico 4.500.000 mestizos pro-

cedentes de la población autóctona y de los españoles, no advirtiéndose en ellos ningún signo de inferioridad mental. Juárez era un mestizo; Porfirio Díaz, ex-presidente de dicha república, es hasta de origen negro; personas por cuyas venas circula muy poca sangre española son, en orden al trato social y á la evolución de la inteligencia, absolutamente iguales á los castellanos más distinguidos (1).

¿Bajo qué clasificación incluiremos á estos mestizos; en la de los viles, ó en la de los nobles? Mas, como los mismos antropólogos aseveran que no existe en la Tierra una raza absolutamente pura, es imposible determinar qué razas son *nobles*, y cuáles no lo son.

Aceptado el transformismo, hay que admitir el común origen animal de todas las razas humanas. No tenemos por qué enorgullecernos de nuestra procedencia: antes bien, ella debiera avergonzarnos; pero, por otra parte, como todos los hombres derivan de una forma inferior, no existe entre ellos, en lo que hace á este extremo, desigualdad alguna; nada de razas *nobles* ni *viles*.

No obstante, aun admitiendo el transformismo, se ha descubierto un medio para formar una teoría de la nobleza de las razas. Los blan-

(1) CLAUDIO JANET: *Revue de Deux Mondes*, 15 de Marzo 1893.

cos, y de modo particularísimo los arios, son, según ella, los últimos entre las razas humanas aparecidas sobre el planeta, diferenciándose de una forma menos perfecta—los amarillos,—nacidos á su vez de un perfeccionamiento de los negros. Los negros son, con relación á los *nobles arios*, lo que los monos antropoides en orden á los negros; parientes rezagados en una fase inferior de la evolución. En cierta época—siete ú ocho mil años antes de nuestra era,—el planeta entero estuvo poblado por amarillos y negros; pero, allá en un rincón de Asia—según algunos, la Bactriana,—una raza superior, los arios, se diferenció lentamente, á consecuencia de ciertos eventos favorables. Estos arios invadieron á Europa, Persia é India; en Europa, destruyeron hasta el último hombre las poblaciones auctóctonas, alzándose en su lugar. He aquí por qué los *nobles arios* ocupan al presente á Europa, mientras que los demás continentes están habitados por los *viles* turanios. Tal es la ficción con que Pearson se representa los acontecimientos (1).

(1) Los arios de la Bactriana pueden constituir muy bien la más noble de todas las razas; pero la Historia enseña que sus descendientes, eslavos y germanos, han estado sumidos hasta una época relativamenie reciente en la barbarie más profunda. Esos nobles arios habrán aportado una sangre vigorosa, pero no una alta civilización.

Huelga advertir que toda esa epopeya aria-na es una pura novela, una pura fantasía (1). Ni la prueba más insignificante autoriza á pensar que la Bactriana haya sido ocupada ocho mil años antes de nuestra era por una población de raza blanca que desde allí se extendiera por toda Europa. Sábese que nuestro continente estaba habitado por hombres ya desde la época pliocena—algunos dicen que hasta en la miocena.—Estos pueblos jamás fueron exterminados hasta el último individuo. Somos sus descendientes directos. En tesis general, esos exterminios colectivos son algo que hace *pendant* con la teoría de los cataclismos de Cuvier. La historia no registra ninguno. Los pueblos estaban muy diseminados en los tiempos cuaternarios. No cabe dudar que había emigraciones y degüellos; pero el número de hombres era en general muy limitado, las bandas de invasores debían de ser muy reducidas, y aquellas hordas débiles no podían realizar matanzas

(1) Cons. TAYLOR: *L'Origene des Aryens*. También se creía en otros tiempos que los fenicios nos habían traído de Asia la vid; pero hoy, los descubrimientos geológicos han evidenciado que esta planta existía ya seguramente en Europa desde los comienzos del mioceno. También aquí el origen asiático estaba corroborado por todas las leyendas. ¿Quién sabe si los europeos no serán los hombres más antiguos, y si su superioridad no procede precisamente de una más amplia selección, ó, en otros términos, de una eliminación más refinada de sus peores representantes?

completas; porque, de una parte, los que degollaban era poco numerosos, y, de la otra porque los vencidos se hallaban dispersos en extensos espacios. Pocos conquistadores han sido tan crueles como los españoles. Al desembarcar en América con armas perfeccionadas —de que carecían los hombres cuaternarios,— sembraban la muerte como el ciclón más violento, destruyendo cuanto pisaban. Calculáse en varios millones el número de infelices indígenas sacrificados por esta rabia sanguinaria. Pues bien, á pesar de todo esto, ¿qué vemos? En Méjico restan aún seis millones de indígenas y cuatro millones de mestizos, en una población de once millones y medio de habitantes. El núcleo de la población de Chile está formado también por las antiguas tribus autóctonas, levemente mezcladas con los españoles. Había en el siglo XVI una diferencia morfológica entre los españoles y las tribus autóctonas de Chile mucho más notable que la que pudiera existir en el siglo LXX antes de nuestra era entre los invasores asiáticos y los indígenas europeos; pero los degüellos están en razón directa de las diferencias morfológicas, porque cuantas menos semejanzas, más invencible es la antipatía.

No se exterminó á todos los autóctonos europeos de la época miocena; lo repetimos, so-

mos sus descendientes. Nuestra raza no es, en su consecuencia, más noble que las otras; pero aunque (lo que no está demostrado) haya venido de Asia un invasor más perfecto, todos somos mestizos, y no arios puros.

Nada se opone á que los negros y los amarillos sean nuestros antepasados. Ignórase en absoluto en qué continente se haya perfeccionado una forma animal hasta el extremo de merecer el nombre de hombre. No se sabe si esta evolución se ha verificado sólo en un paraje, ó en varios. Más claramente: no conocemos la cuna de la humanidad; ignoramos si su origen es poligénico ó monogénico, pudiendo suceder muy bien que los blancos no desciendan de los amarillos, ni éstos, de los negros, sino que las tres razas deriven de un tipo más antiguo. En otros términos; acaso los negros sean, en vez de nuestros abuelos, nuestros primos. No hay para qué notar que, en este caso, se derrumbaría por su propia base la teoría de la nobleza de los blancos, fundamentada en su hipotética juventud.

Sea lo que fuere, puede aseverarse con toda firmeza que la raza blanca, aun procediendo de una raza inferior, se ha perfeccionado: luego las razas se perfeccionan: luego nada impide que se perfeccionen igualmente los negros y los amarillos.

En ocasiones, se advierten modificaciones morfológicas muy directas. «Han bastado tres siglos para transformar radicalmente una tribu de tártaros que fué á poblar una nueva región cerca de Kasan, dice Vianna de Lima (1). Originariamense obesos, de rostro prolongado, nariz achatada y con la piel amarilla, han adquirido gradualmente, al abandonar su vida nómada y establecerse como agricultores en las márgenes del Volga, un tinte fresco y todas los caracteres de una raza robusta y bien conformada. Los rasgos de su semblante son más nobles, el óvalo es ahora correcto... Además, el negro de Guinea, transportado á América, progresa gradualmente, sin que sea menester recurrir al cruzamiento; el color de su piel, y hasta la forma de su cráneo, se modifican sensiblemente; el clima le es evidentemente favorable.»

La belleza física no es compañera inseparable de las altas facultades mentales; Sócrates era muy feo. La superioridad intelectual y moral de las agrupaciones sociales depende de múltiples factores. La raza no es el único factor; así lo demuestra el hecho de que, dentro de los límites de una misma raza, de una misma nación, y hasta de una misma ciudad, se producen, según las épocas, variaciones extre-

(1) *Exposé sommaire des theories transformistes*; París, 1886.

mas. En el siglo XIV, los florentinos estaban diseminados por todas partes, no habiendo en Europa empresa alguna en que no intervinieran: Bonifacio VIII los llamaba el quinto elemento. Florencia era por aquel entonces el centro financiero de nuestro continente, como Londres lo es en nuestros días. En aquella época, los ingleses, por el contrario, parecían dormir el sueño de los justos; producían primeras materias, trigo y lana: á esto se reducía su comercio de exportación. Ninguna industria, ninguna iniciativa, ninguna amplia concepción se hacía notar entre ellos. La raza de los florentinos, de una parte, y, de la otra, la de los ingleses, apenas se han modificado desde el siglo XIV. Ni Italia ni la Gran Bretaña han sido víctimas de ninguna invasión extranjera. La raza no era, por consiguiente, la causa de que, hace quinientos años, el latino fuera activo, é indolente el anglosajón. El mismo Pearson cita textos de autores del tiempo de Isabel, en los que se lee que los ingleses eran por aquel entonces tan perezosos como los españoles. «En realidad, parecíanse extraordinariamente en aquella época; prontos para las aventuras, fuertes hasta soportar las fatigas más extremas, exploradores y corsarios de primera fuerza, pero poco dispuestos á cansarse en la industria, como entonces lo hacían de modo

tan notable los flamencos y los alemanes» (1). Tiempos después, en el siglo XVIII, Inglaterra ofrecía aún este cuadro trazado por los historiadores: «En todas las clases sociales, costumbres groseras; una criminalidad espantosa reprimida vanamente por una legislación bárbara; Londres, teatro nocturno, por insuficiencia de los *watchmen*, de las tropelías sanguinarias de los *mohocks*, bandidos bajo cuyos antifaces se encubría más de un noble desocupado; domesticidad ladrona ó pedigüeña insaciable; bribones viviendo á costa del juego y en el libertinaje; los ricos, borrachos de vino de Oporto; los pobres, familiarizados con la Ginebra y otros alcoholes; matrimonios sin garantías, y á veces, concubinatos; espectáculos inmorales y atroces, y la literatura más pornográfica de Europa» (2).

Los ingleses eran en los siglos XIV al XVI los mismos «*nobles*» dólico-rubios que hoy son: ¿por qué, pues, adolecían entonces de tamaños defectos y de muchísimos, de los que se han curado en absoluto?; ¿y por qué carecían en aquella época de múltiples cualidades que hoy poseen? Por un número inmenso de causas. Mas ya que la raza inglesa sigue siendo la mis-

(1) *National Life and Character*, pág. 97.
(2) *Histoire générale*; París, Colin, 1896, t. VII, páginas 862 y 871.

ma, y el carácter inglés ha mudado, podemos sostener sin temor á rectificaciones que los caracteres intelectuales y morales de los pueblos no dependen exclusivamente de la conformación morfológica de sus individuos.

CAPÍTULO X

Progresos de las razas inferiores

Henos aquí ante una de las más hondas contradicciones del pesimismo. Preconizan los pesimistas la ruina de la civilización europea, por una parte, á causa de la impotencia de las razas inferiores para elevarse á una alta cultura intelectual, y, por otra, que el progreso de Europa perecerá, precisamente porque ellas son susceptibles de mejoramiento.

«El negro necesita recorrer un camino más largo que el indo para llegar á ponerse frente á frente á nosotros, escribe Mad. Arvéde Barine en un pasaje ya citado; pero logrará reunir en una fecha no muy remota el poder imbécil del número, contra el que nada pueden la razón ni la ciencia.» En opinión de Faguet, una nueva Edad Media pesará sobre el planeta el día en que las razas inferiores hayan invadido toda la Tierra. «El ideal se quiebra siempre fácilmente; se perderá la herencia espiritual de la raza blanca; ya no habrá aspiraciones elevadas, altos deseos, ansias de un progreso moral incesante..., porque es demasiado aventurado suponer que los chinos, ni siquiera los japoneses, revelen en lo sucesivo una originalidad intensa, un poderoso intelectó, una moralidad exquisita y un sentido estético de que han carecido siempre en el curso de su interminable historia.» Los negros, los indos y los amarillos serán *siempre* lo que son hoy; nunca podrán igualarse á nosotros en el orden intelectual; por eso, su multiplicidad causará un verdadero eclipse del progreso humano.

«Cuanto más numerosos sean los hombres de color, más materia humana tendremos que explotar, dice Mad. Barine. Nos proporcionarán á bajo precio la mano de obra, y los explotaremos para nuestros fines industriales y mercantiles. El negro suministrará una población industrial á los Estados que Inglaterra ó América establecerán á lo largo del Congo y del Zambese. El hombre blanco será el amo y señor de aquellas partes del mundo: el propietario de minas, el industrial, el comerciante, el primer funcionario... De esta suerte, si es realmente imposible á los arios aclimatarse y perpetuarse en los países muy calientes, esparcirán en ellos, por lo menos, el exceso de su juventud, y ésta tornará á su patria, después de haber extraído á negros y amarillos lo necesario para fecundar los prados ingleses y las viñas francesas.

Aquellas partes del globo, inhabitables para nosotros, serán nuestras granjas...» «¡Ilusión!; ¡ilusión!, exclama Pearson. Enseñáis á las razas inferiores las artes que constituyen vuestra fuerza y vuestra riqueza... Y os equivocáis si pensáis que aquellas gentes nunca podrán prescindir de nosotros, de nuestra ciencia y de nuestras lecciones. ¡Error lamentable! Tenemos entre ellos aventajados alumnos, chinos é indos, que progresan extraordinariamente en cuantos órdenes les ha descubierto nuestra imprudencia. Mañana despojarán á nuestros ingenieros, y pasado mañana, á los propietarios de fábricas y directores de Compañías.»

Así, de una parte, las razas inferiores destruirán nuestra civilización, porque nos arrollarán «con la fuerza imbécil del número», y, de la otra, porque en breve plazo llegarán á ser nuestros iguales; es decir, que tendrán tanta inteligencia como nosotros. ¡Lógica estupenda! Dos fenómenos *opuestos* producen el *mismo* efecto!

Ya que nos encontramos en presencia de proposiciones contradictorias, forzoso nos es seguir á nuestros adversarios á los terrenos adonde les plazca llevarnos. Veamos por de pronto si los amarillos y los negros están condenados realmente por siempre jamás á la inferioridad mental, y, en segundo término, lo

que ocurrirá si un día logran igualarse á nosotros en el orden intelectual.

Las razas denominadas inferiores, ¿son verdaderamente incapaces de progreso? Podríamos contestar *a priori* negativamente, por dos razones. Primero; si las razas inferiores no pueden progresar, es que son inmutables: ahora bien, un ser viviente *inmutable* es una contradicción en los términos, puesto que vivir vale tanto como evolucionar constantemente. En segundo lugar, si las razas no fueran susceptibles de perfeccionamiento, tampoco lo sería la raza blanca, ya que ésta fué también en cierta época una raza inferior, una vez que toda la humanidad procede de un antepasado animal.

Los hechos confirman estas conclusiones teóricas. Las razas inferiores realizan progresos notables: luego son susceptibles de ellos. Podríamos comprobarlo con millones de testimonios; pero sólo citaremos algunos.

Los negros de los Estados Unidos han llegado á diferenciarse mucho de los de Guinea; es indiscutible que esto no hubiese ocurrido si los negros repugnaran toda evolución. Sin embargo, los negros de Jamaica ofrecen un ejemplo todavía más interesante. «Su bienestar es general, dice E. Reclus (1); su población au-

(1) *Nouv. Géog. univ.* t. XVII., pág. 721.

menta anualmente en 8.000 personas; la isla ha llegado á ser un centro de civilización, principalmente para el litoral de la América Central, desde Yucatán hasta Darien; los emigrantes jamaicos son los principales agentes de este progreso mercantil, intelectual é industrial en aquellas comarcas. En este respecto, Jamaica es, con mucho, la Antilla que influye más beneficiosamente sobre la civilización general de los pueblos americanos.» He aquí, pues, negros que no sólo progresan rápidamente, sino que emigran á regiones que los blancos no aciertan á explotar.

Fácil nos sería citar aquí una lista incontable de negros que individualmente han llegado á poseer una extensa cultura; pero, aunque sólo se pudiera citar uno, éste sería suficiente para demostrar que la piel negra no es incompatible con la instrucción superior.

Los maorís de Nueva Zelanda no han estado en contacto con los blancos hasta después de 1838; eran entonces casi salvajes, y se entregaban á luchas perpetuas de tribu á tribu; actualmente, sus costumbres se han dulcificado mucho: su insulto más grave es llamarse gato ó buey; casi todos saben leer y escribir en su lengua; la mayoría de ellos hablan el inglés, y maorí es uno de los oradores más cultos del Parlamento neo-zelandés. Si las razas inferiores fueran refractarias á toda evolución, nunca hubieran podido producirse estos hechos. Muchas naciones europeas han progresado más lentamente que los maorís.

Los chinos son reputados como los mayores enemigos de la civilización. Ese es precisamente el peligro, dicen los pesimistas: los chinos jamás adoptarán nuestras ideas; nuestro progreso no se les puede asimilar. Mientras tanto, los chinos utilizan admirablemente nuestros adelantos; en 1893 establecieron en Shangaï, por iniciativa suya y con capitales del país, grandes filaturas de algodón capaces para 200.000 brocas. Un autor francés escribe á este propósito que «ya no es una utopia un traslado de Occidente á Oriente del centro de todas las grandes industrias (1).» Los chinos son, pues, aptos para organizar, no sólo vastas fábricas de hilaturas, sino también de otros muchos productos fabriles. No son, en su consecuencia, tan enemigos de la civilización como se ha venido diciendo hasta aquí.

Aun más rápidos son los progresos del Japón. Ellos asustan precisamente á los pesimistas, de tal modo, que auguran, fundándose en este hecho, la bancarrota de nuestra civiliza-

(1) Véase un artículo de *A. Moireau*, publicado por la *Revue des Deux Mondes*, 15 Agosto 1895.

ción. Las primeras máquinas de hilar algodón se importaron en el imperio del Sol naciente el año 1875, y, en menos de veinte años, han ascendido hasta 750.000 brocas. En otros muchos órdenes ha progresado el Japón con tanta celeridad, que los ingleses han experimentado sensiblemente los efectos de su competencia. No hay para qué hablar de los progresos políticos y sociales del Japón, que han causado la admiración de Europa. Hay en nuestro continente muy raros ejemplos de una evolución tan rápida. Ni las reformas de Pedro *el Grande*, ni la Revolución francesa pueden compararse con ella. Después de haber llevado hasta la ferocidad el misoneismo, los japoneses han llegado á ser ahora innovadores como pocos (1), siendo mayor su mérito cuanto que están más distantes de Europa. Hasta se nos han adelantado bajo ciertos aspectos; así, existe en Tokio un *Clearing House*, de que carecen todavía San Petersburgo y París.

En lo que se refiere á los indos, los mismos pesimistas, entre ellos el Dr. Le Bon, reconocen sus facultades excepcionales. «Muchos de ellos, dice este autor, son iguales á los ingleses en el orden de la inteligencia, y algunos los aventajan inmensamente en el gusto artístico y en la profundidad del criterio filosófico (1).» Debemos poner en entredicho la antigüedad que se atribuye á muchos libros orientales; en otros tiempos, por ejemplo, se remontaba la redacción del *Zend-Avesta* hasta el siglo XIV antes de nuestra Era: hoy se cree que fué escrito en los días de Constantino *el Grande*. También se decía en otros tiempos que los indos habían agotado mucho antes de Platón y Aristóteles todas las combinaciones filosóficas imaginables. Es posible que se haya exagerado esta antigüedad; pero no cabe dudar que la filosofía inda no se importó del Occidente. Siendo los indos capaces de remontarse á las más altas especulaciones, ya no podemos sostener que nos son inferiores en el orden de la inteligencia.

(1) A pesar de ello, no han cambiado de raza. He aquí otro argumento, entre mil diversos, de que la conformación fisiológica y las ideas contenidas en el cerebro no se hallan ligadas por la relación de causa á efecto.

Mas se insiste á diario en que los negros, los amarillos y los indos progresan hasta cierto punto; pero son incapaces de escalar los supremos peldaños del pensamiento humano. Las razas inferiores no han tenido un Laplace ni un Kant. ¡Quién sabe! Acaso hayan nacido entre ellas muchos individuos dotados virtualmente de las facultades de Kant y de Laplace.

(1) *Lois psych. de l'évol. des peuples.*

Mas esas capacidades no se han desarrollado. Es lógico. La grandeza de un hombre no depende solamente de sus facultades personales, sino también de los problemas que la sociedad le plantea para su resolución. Imagínese un genio ejerciendo de fondista: podrá organizar un hotel perfecto en su género, que pueda ofrecer á sus huéspedes exquisitas comodidades por muy poco dinero; sin embargo, la gloria de ese fondista será muy reducida, porque los grandes hoteles no tienen una importancia de primer orden para la humanidad. Mas si un hombre inventa una máquina para volar ó alguna ley fundamental de la Biología ó de la Química, se colmará de gloria. Los Laplace y los Kant de las razas amarilla y negra se han encontrado en un ambiente social que les escatimaba los materiales intelectuales, y, además, no les proponía para su solución ningún problema de primer orden, por lo que realizaron una labor muy modesta, que no registran los anales de la Historia. Si Laplace hubiera nacido en el Sudán, nunca se habría ocupado en las cuestiones que conmovieron su espíritu, ni hubiera escrito la *Mecánica celeste*. Conviene no olvidar que Laplace utilizó un núcleo importantísimo de investigaciones astronómicas verificadas por sus predecesores; porque sucede con los grandes hombres lo que

con las grandes montañas: para elevarse mucho en los aires, han menester cimentarse en una altísima llanura. El Gaourisankar levanta su altanera cima á 8.840 metros sobre el nivel del mar; pero, á su vez, está asentado en un llano cuya altura mide más de 4.000 metros sobre el Océano. Cuando los amarillos y los negros hayan adquirido nuestros conocimientos científicos, veremos cómo producen hombres á quienes nosotros, los europeos, no podremos regatear la patente de genios; empero mientras que esos pueblos sean poco civilizados, sus genios, por mucho que sobresalgan dentro de su propio medio, se nos antojarán pigmeos, porque los consideramos desde un punto de vista superior.

Hemos examinado ya la opinión del doctor Le Bon respecto de las diferencias mentales de las razas. «Diferéncianse de modo principalísimo las razas superiores de las inferiores, dice en su citada obra, en que las primeras poseen un cierto número de cerebros muy desarrollados, mientras que las segundas carecen de ellos» (1). Distan mucho de ser todos los blancos unos Newton ó unos Kant; pero, como acabamos de probar, para producir hombres de esta especie, son menester dos factores: caracteres individuales, y nivel social.

(1) *Ob. cit.*, p. 167.

Cabe explicarse esta esterilidad de los negros y amarillos en grandes talentos y genios por la inferioridad de su civilización, siendo muy probable que tal esterilidad desaparezca cuando su cultura sea igual á la nuestra. Entre los amarillos y los negros, como entre los blancos, los hombres nacen con facultades muy diversas; unos son más inteligentes que otros. Muchos blancos poseen facultades mentales poco superiores á las de los amarillos. Las curvas de nivel de las diferentes razas se entrecruzan. Así, pues, no hay obstáculos fisiológicos que impidan á ciertos amarillos remontarse á un nivel superior al de ciertos blancos.

Dedúcese de aquí, á lo que parece, que los negros y los amarillos son susceptibles, como nosotros, de progresos indefinidos. Los llevados ya á efecto, en ocasiones con admirable celeridad, nos garantizan los que han de realizar en lo sucesivo. No vemos ningún motivo de peso suficiente para concluir que los negros y los amarillos *jamás llegarán* á igualarse con nosotros. No piensan así los pesimistas, en cuyo credo figura como dogma la inmutabilidad de las razas, y, según los cuales, nunca podrán alcanzarnos los negros y los amarillos' siendo así, nada debe turbar nuestra tranquilidad; nosotros seremos siempre los pastores, y ellos constituirán nuestros rebaños; nosotros

seremos siempre los maestros, y ellos, los discípulos; sus países serán nuestras granjas. Entonces, en lo porvenir, como en lo presente, Europa dominará al mundo, no habiendo para qué hablar de peligros ni decadencia.

Pero ¿y si los negros y los amarillos llegaran á igualársenos? Los pesimistas tiemblan ante semejante perspectiva. Ella es, no obstante, justamente la refutación de sus ideas. En efecto; esas razas inferiores necesitan realizar, para igualarse á nosotros, enormes progresos; lo que evidenciará la posibilidad de los adelantos indefinidos en todas las ramas de nuestra especie. En este caso, ¿á qué desesperarse; por qué esos gritos de alarma; por qué el temor de un eclipse de la civilización?

Representémonos ahora la pavorosa realidad entrevista por el pesimismo; ante Europa acuden Asia y Africa pobladas de hombres que conocen perfectamente nuestras artes y nuestras ciencias. Hay entre ellos matemáticos como Euber y Laplace, ingenieros como Stephenson, naturalistas como Pasteur; ellos fabrican todos los productos á precios más bajos que los nuestros. ¿Qué sucederá entonces? ¡Oh dioses excelsos! Pues lo que ha sucedido tantas y tantas veces.

Cuando se presenta un nuevo competidor, los antiguos productores se ven obligados á

aceptar la lucha con él. Nótese el ejemplo de Inglaterra y Alemania: el progreso industrial del primero de estos dos países era en otro tiempo verdaderamente extraordinario; en la actualidad, los alemanes, gracias á su profunda cultura mental y á su perseverancia, comienzan á rivalizar con los ingleses. La Gran Bretaña producía en 1860 85 millones de toneladas de carbón, y Alemania, 12 millones; es decir, la séptima parte. En 1890, las cifras respectivas eran 184 y 89 millones; esto es, Alemania producía casi la mitad de carbón que Inglaterra. Por estos caminos podrá alcanzar, y tal vez sobrepujar á la Gran Bretaña. Otro tanto que con la hulla acaece á la nación británica con otras industrias. Consúltese, no obstante, las estadísticas demográficas en Inglaterra, y se observará que la mortalidad ha disminuído de 1860 á 1890; estúdiense las estadísticas de su riqueza, y se verá que ha doblado en ese mismo período. Así, pues, Inglaterra no sucumbirá porque arrecie contra ella la competencia, cada vez más formidable, de Alemania. Pues bien; cuando la China, las Indias y el Africa intervengan en este combate, sucederá exactamente igual. Europa entera se encontrará frente á estos nuevos competidores, como Inglaterra se ha encontrado un día frente á Alemania. Se operará en mayor escala un

fenómeno semejante, cuyos resultados serán idénticos. La competencia internacional no ha destruído á la industria inglesa. ¡Muy al contrario! Ese es un *hecho* innegable; no una especulación abstracta. Ya sabemos todos que los *hechos* tienen una fuerza demostrativa á que nunca llegarán las teorías.

¡Cuán sencilla y elementalmente se pueden interpretar estos hechos! ¿Qué significa hacer la competencia á un individuo ó á una nación? Pues que se trae al mercado un producto mejor y más barato. ¿Cómo es posible que un país se arruine porque esté mejor provisto y á menos coste? La competencia puede arruinar á una Empresa particular, nunca á una nación, porque Juan pierde lo que gana Pedro. Imagínese un día en que la India pueda surtir á Inglaterra de telas de algodón á un precio más bajo que las tarifas de las fábricas de Manchester: se arruinarán éstas; pero los ingleses se enriquecerán, por la economía que realizará en sus gastos semejante baratura.

Piensan los pesimistas que tan pronto como aparezca en nuestros mercados un artículo asiático más barato que el expendido por nosotros, Europa se prosternará ante Asia, declarándose vencida para siempre. Nótese, en primer término, que el hecho de que Asia pueda producir algunos artículos con menos coste que

nosotros, no significa que pueda producirlos todos en las mismas condiciones. Acaso suceda que tenga una superioridad natural para ciertos objetos; entonces debera suspenderse inmediatamente su fabricación en Europa, para evitar despilfarros inútiles; empero, aun cuando (lo que es de todo punto inverosímil) Asia fabricara *todos los artículos* á menos coste que Europa, no nos confesaríamos vencidos, y lucharíamos como tantas otras veces, ingeniándonos para inventar máquinas más perfectas y sistemas de producción más baratos. La civilización asiática, muy lejos de destruir el progreso europeo, le impulsará, por el contrario, para que se perfeccione más todavía. ¿Dónde han aprendido los pesimistas que el ejercicio de un órgano cause su atrofia? Desde la antigüedad más remota, la competencia ha sido, y seguirá siéndolo, una de las palancas más poderosas del progreso. Los fenómenos económicos nada de común tienen con los caracteres fisiológicos; y si la competencia entre alemanes é ingleses produce ciertos efectos, los mismos resultados engendrará la competencia entre ingleses y chinos: tanto importa que los alemanes y los ingleses sean del mismo color, como que los ingleses y los chinos tengan color diferente.

Está fuera de toda duda que, cuanto más arrecia la competencia, tanto más afina el espíritu; así, hacemos los más fervientes votos por que no se haga esperar mucho la competencia asiática y africana, á fin de sacudir á Europa de su indolencia y apatía. En nuestro país, los precios han subido del 50 al 100 por 100, gracias á los irritantes privilegios otorgados á productores subvencionados. Si Asia y África nos obligaran con su competencia á poner término á esta odiosa expoliación, nos habrían prestado el más señalado servicio.

Para concluir: imaginad á Asia y África absolutamente iguales á Inglaterra, cubiertas de una extensa red de ferrocarriles y de fábricas de todas clases; imaginad que *todos* los asiáticos y los africanos son extraordinariamente cultos—exageramos de propio intento—y que entre ellos abundan, hasta por docenas, los genios. Entonces será cuando, según el sentir de Pearson y sus colegas en pesimismo, deba sucumbir el progreso humano, cubriendo el planeta las negruras de una nueva Edad Media. Permitásenos aquí una locución harto vulgar, pero muy justificada en la presente ocasión; ¡afirmar que la barbarie será el efecto de la difusión universal del progreso, es en verdad mofarse de su siglo!

Además, eso que tanto espanta para lo porvenir á los pesimistas, se ha verificado ya en lo pasado. Desde el siglo XVI, América ha veni-

do á sumarse á la esfera de nuestra civilización; hoy, los ingenieros, los industriales, los inventores y los sabios del Nuevo Mundo se han emancipado completamente de nuestra tutela, aventajándonos á veces; las ideas más progresivas y los métodos más perfectos nos vienen ahora con mucha frecuencia del otro lado del Atlántico. ¿Se ha notado que nuestra civilización haya sufrido por estos hechos el más leve eclipse?

CAPÍTULO XI

El progreso y la raza

«Por una enfermedad congénita del espíritu humano, escribe el profesor Ribot (1), cada autor—hablando en tesis general—tiende á referirlo todo á una fórmula, á imponer á los hechos la unidad perfecta que, con relación á los fenómenos sociales, parece poco verosímil.» Nadie podría decirlo mejor. Nosotros añadiremos que la complejidad de los factores es un hecho universal, más *aparente* en la esfera social que en los restantes órdenes, porque observamos más de cerca dicha esfera.

Los antropólogos que fundamentan únicamente sobre el factor fisiológico el progreso

(1) *La Psychologie des sentiments*, París, F. Alcad, pág. 281.

europeo, incurren en el capitalísimo error apuntado por Ribot.

¿De dónde viene que el Ródano, que nace en los grandes Alpes, se bifurque en dos ramas en el Mediterráneo, entre Cette y Marsella, arrastrando cerca de 550 metros cúbicos de agua por segundo? Pues de millones de factores; cada sinuosidad de terreno, entre los Cevennes, el macizo de Morvan, el Jura y los Alpes, es uno de ellos; cada gota de lluvia que cae sobre esta región, contribuye á engrosar ese contingente de 550 metros cúbicos de agua por segundo. El curso de cada río es la resultante de infinitas pequeñas causas parciales. El curso de un río no puede producirse por un factor único: la naturaleza de su agua.

Así también, las ideas de una sociedad determinada son *la resultante* de una *infinidad* de factores geográficos, climatéricos é históricos; estas ideas no dependen únicamente de la raza, de la misma manera que el curso de un río no depende *únicamente* de la naturaleza de su agua.

Las ideas de los hombres determinan su estado social; este estado es, por consiguiente, en último análisis, una resultante de causas tan numerosas y complejas, que escapan á la investigación de nuestro débil espíritu, turbado ante esa infinidad de mallas inextricables,

Para evitar en lo posible esta pesadumbre, por reacción, propendemos á referirlo todo á una causa única. Así, por ejemplo, estudiando la civilización, cada autor la atribuye á una causa diferente; según Lapouge, deriva del eugenismo; en opinión de Buckle, de la difusión de conocimientos positivos; otros la hacen proceder de la religión de los grandes hombres, etcétera, etc.

Tomemos como ejemplo la civilización actual de Inglaterra. Ella habría sido muy otra, si la nación británica no fuese una isla, si todos los puntos de su territorio no se encontraran á 150 kilómetros del mar, si recibiese 10 ó 12 centímetros de agua por año, en lugar de 80 centímetros y de dos metros. Además, pasando á los acontecimientos históricos, sería diferente si Guillermo de Normandía hubiera sido derrotado en Hartings, si la Armada Invencible no hubiera sido destruída por una borrasca, etc., etc. Por último, en el orden intelectual, Inglaterra es lo que es porque ha experimentado la influencia de las ideas de Platón, de Aristóteles, de los humanistas italianos del siglo XV, de Descartes, de Voltaire, etc., etc. Inglaterra es lo que es, á causa de estos innumerables factores, y de ningún modo únicamente por estar poblada por una raza de los supuestos dólico-rubios. De igual suerte, los

zulús son lo que son, en parte, porque no se han encontrado en las condiciones otorgadas á los anglosajones por la Geografía y la Historia, y no exclusivamente porque su piel sea negra y su índice cefálico, inferior á 75.

Se nos antojan tan vulgares y sencillas todas estas verdades, que casi sentimos vergüenza por exponerlas. No obstante, es necesario, puesto que con tanta frecuencia se duda de ellas.

«Después de todo, los únicos agentes de la civilización han sido hasta el presente los blancos», dice Faguet en el artículo citado. He ahí el color de la piel erigido en factor exclusivo del progreso; dejemos á un lado la enorme inconsecuencia de semejante aseveración, para demostrar sólo que el hecho en sí es absurdo. En toda empresa, los primeros pasos son los más difíciles; pero, en esta ocasión, se han dado por los amarillos. Los acadios, fundadores de una de las más antiguas civilizaciones del globo—algunos afirman que la más antigua, suponiéndola anterior á la de Egipto—pertenecían á la raza mongólica. En cuanto á los egipcios, aunque se los clasifica generalmente en la raza blanca, no son de cualquier modo «nobles» arios, sino, con harta probabilidad, viles «braqui-morenos». La civilización de China no es acaso tan remota como se supuso en un prin-

cipio; pero no cabe dudar que cuenta tres mil años de existencia. Ya en el siglo XIII antes de nuestra era, los chinos habían llegado á un estado social infinitamente superior al de Europa en aquella época, siendo ello debido á su esfuerzo particular, sin tomar de Egipto ni de Caldea gran cosa: segunda prueba de que los amarillos eran capaces de franquear las primeras etapas del progreso social, siempre las más difíciles, las más ásperas y las más arduas.

Si la civilización y la raza fueran nociones idénticas, las razas más perfectas se habrían civilizado primero que las otras. Ahora bien, ¿quieren decirnos Lapouge y Faguet en qué se ocupaban los famosos dólico-rubios de la Europa occidental en la época en que los caldeos, los egipcios y los chinos desarrollaban ya civilizaciones relativamente brillantísimas? Los dólicos-rubios existían ya en tiempo de los Faraones. ¿Cómo estaban tan atrasados, á pesar de sus facultades excepcionales? Mas ¿á qué remontarnos hasta las primeras dinastías egipcias, y marchar tan lejos de Inglaterra ó de Francia? Aun en el siglo VIII antes de nuestra era, los egipcios trataban á los griegos como niños grandes, enseñándoles cosas que ignoraban por completo. Los antropólogos han considerado siempre á la raza helénica como una de las más bellas de la humanidad. Si,

pues, ella es una de las que vinieron más tarde á la civilización, cabe pensar que raza y progreso superior no son términos sinónimos. Está probado que los nobles dólico-rubios vivieron durante largo tiempo en la barbarie más absoluta, mientras que los braqui-morenos eran civilizadísimos.

El progreso y la raza no pueden identificarse, porque aquél es una noción de orden psicológico y social, y ésta, una noción de orden fisiológico. La civilización europea, por ejemplo, es un cierto conjunto de conocimientos, formas artísticas é instituciones: comprende, en el orden mental, las ideas de Demócrito, Aristóteles, Bacon, Descartes, Newton, Pasteur, etcétera; en el orden literario, los poemas homéricos, *la Eneida*, Shakespeare, Molière, etcétera; en el orden artístico, el Partenón, la catedral de Amiens, el friso de Fidias, la cúpula de la Sixtina, etc.; en el orden musical, las sinfonías de Beethoven, las óperas de Wagner, etc.; en el orden jurídico, la monogamia, la libertad individual, etc. Si un negro conoce todo esto, y participa de nuestro concepto del derecho, puede decirse que pertenece al grupo de la civilización europea; si, por el contrario, un dólico-rubio es incapaz de comprender estas representaciones, no forma parte de nuestro grupo.

No solamente el progreso, sino la misma nacionalidad es un fenómeno de orden psíquico. La nacionalidad es también un cierto conjunto de ideas, sentimientos, formas artísticas y concepciones jurídicas. Los que enriquecen el núcleo de tesoros de este género, son de la misma nacionalidad, cualquiera que sea su índice cefálico ó el color de su piel. Lapouge nos lo dice así: Hay en Francia representantes del *Homo europeus*, nobles dólico-rubios, y representantes del *Homo alpinus*, viles braqui-morenos. Sin embargo, estas diversas razas se sienten igualmente francesas, é igualmente extranjeras respecto de los alemanes dólico-rubios y de los italianos braqui-morenos. De la misma manera, en las Antillas, los negros de las colonias británicas tratan de compatriotas á los ingleses, lo que no hacen con los negros de las colonias francesas y holandesas.

El interés es, desde luego, el lazo de unión más fuerte entre los hombres. Si un blanco quiere matarme, y un negro me defiende, soy mejor amigo de éste que de aquél. Los intereses forman una escala inmensa, que va desde los más materiales á los más abstractos. Cada interés corresponde á una agrupación humana: la urgencia de procurarse sustancias alimenticias, forma la banda: la necesidad genésica y de defensa, la horda y la tribu; la necesidad de

seguridad territorial, la ciudad y el Estado; las necesidades intelectuales, la nacionalidad y el grupo de civilización. Mas no se advierte á qué necesidad corresponde la raza, sobre todo cuando es casi imperceptible, como en los casos de los dólicos y los braquicéfalos. Algunos especialistas perciben las diferencias del índice— y también después de medida:— el resto de los mortales no distingue absolutamente nada. Es evidente que caracteres netamente opuestos, como los de los negros y los blancos, engendran odios que entorpecen la fusión social; mas no todas las razas humanas presentan contrastes tan marcados; y además, aun estos contrastes tan acentuados no impiden que se establezcan intereses comunes. Durante la guerra de Secesión americana, los blancos federales no desdeñaban alistar en sus ejércitos á negros africanos para combatir á los blancos confederados.

Todas estas consideraciones demuestran cuán débil es la importancia de la raza en los asuntos humanos. Algunos autores se atreven á decir que este factor es absolutamente insignificante. «No conocemos ningún fenómeno social que dependa incontestablemente de la raza», afirma Durkheim (1). Esta opinión es,

(1) *Les Régles de la méthode sociologique;* Paris, Alcan, 1895, pág. 132.

á nuestro juicio, exagerada. La presencia de siete millones y medio de negros, entre 45 millones de blancos, suscita en los Estados Unidos considerables dificultades. Mas, en todo caso, siendo la raza un fenómeno fisiológico, y la civilización, un hecho psíquico y social, no pueden estar asociados por la relación de causa á efecto. Así, el triunfo ó la destrucción del progreso europeo no depende necesaria y exclusivamente de la expansión ó del retroceso de la raza blanca.

El triunfo de un pensador no consiste en la placidez de su propia existencia, sino en la difusión de sus ideas. Giordano Bruno fué quemado en Roma por la Inquisición; sucumbió, por tanto, á las iras de sus enemigos. El hombre, sí; pero no sus doctrinas. Hoy las enseñanzas de Giordano Bruno son admitidas en parte por la misma institución que hace tres siglos le condenó á la hoguera.

Los franceses fueron derrotados en Rosbach. Á partir de la guerra de los Siete años, se debilitó su potencia militar; y, sin embargo, el interregno desde dicha guerra hasta la Revolución, señala el punto culminante de la civilización francesa. Casi toda la Europa culta hablaba entonces el francés. Supongamos el triunfo de la Revolución, es decir, de la libertad implantada en Francia sin derramar una

sola gota de sangre (1). La nación francesa hubiera llegado á ser un faro que iluminara al mundo, y su progreso hubiese arrollado á toda Europa, á modo de impetuoso torrente. El dialecto ático sustituyó á todos los demás en la Grecia antigua: la lengua francesa hubiera adquirido, de igual suerte, una primacía incontestable sobre todos los otros idiomas de nuestro continente. En resumen; como las ideas y las civilizaciones nacionales son fenómenos del orden psíquico, sus triunfos ó sus derrotas obedecen á procedimientos muy diversos de las derrotas y los triunfos del orden político, que constituyen la victoria y la pérdida de las batallas, las anexiones y las cesiones de territorios.

La civilización de un grupo de sociedades es un hecho aun más abstracto que la de una na-

---

(1) La bancarrota de la Revolución ha sido casi completa en el orden político. «Si Luis XIII y Luis XIV surgieran de su tumba para juzgar la obra de la Revolución, dice el doctor Le Bon (*Lois psych. de l'evol, des peuples*, pág. 55), censurarían, sin duda, algunas de las violencias que acompañaron á su realización; pero la reputarían como rigurosamente conforme con sus tradiciones y su programa, y reconocerían que un ministro á quien encargaran ejecutar este programa, no hubiera tenido mejor éxito. Pudiera afirmarse que el gobierno *menos revolucionario* de cuantos ha conocido Francia, fué precisamente el de la *Revolución.*» No sabríamos decirlo mejor. Ese es justamente nuestro pensamiento. En 1793, y sobre todo en 1804, triunfó, no el espíritu de la Constituyente, sino el del antiguo régimen.

ción particular. La civilización europea está constituída por un conjunto de nociones científicas y por cierto tesoro de riquezas literarias, artísticas, filosóficas, jurídicas y religiosas. Si merma este tesoro, nuestro progreso retrocede; si aumenta, nuestro progreso avanza. Basta considerar esto con relación al área y á la masa. Aun admitiendo que la cultura europea no se extienda más allá de sus actuales límites, es evidente que puede acumular una cantidad mucho más considerable de nociones científicas y de obras artísticas, y aumentarse con su masa. Además, nada impide que se extienda el área de nuestra civilización. Nuestras artes y nuestras ciencias, cultivadas ya en el Cabo, pueden propagarse mañana á Khastoum, y hasta á las márgenes del Tchad.

Los pesimistas que hablan del inminente retroceso de la civilización europea por obra de amarillos y negros, deberían estudiar más de cerca la realidad, en lugar de estacionarse en generalidades y abstracciones.

¿Por qué había de retroceder nuestra civilización en masa por la competencia de los chinos ó de los indos? Que los chinos trabajen mañana el algodón y el hierro, y exploten sus minas de carbón, no es razón para que los sabios de Europa no sean capaces de proseguir sus investigaciones, ni para que nuestros artistas dejen de producir obras maestras. Si la cultura china llega á igualarse á la nuestra, y si abunda en tantos y tan notables genios como nuestro progreso, esto no será óbice para que los europeos laboren y produzcan. Los alemanes tienen muchos pensadores profundos, lo que no impide que los tengan también los ingleses; que Kant escribiese en Kœnisberg, no privó á Reid de escribir en Aberdeen.

¿Cómo podrían los amarillos y los negros restringir el área de nuestra civilización? Únicamente asimilándonos á la suya; mas, en este caso, precisa que su progreso exceda al nuestro. El hombre nunca abandona una situación ventajosa por otra que lo sea menos, sin ser forzado á ello. Compréndese perfectamente que uno se vea obligado á servirse de los logaritmos para evitar cálculos largos; pero no se comprende que el hombre, cuando dispone de otros medios, prefiera procedimientos de cálculo muy lentos á otros más breves.

Los amarillos y los negros no podrán restringir el área de nuestra civilización, más que sustituyéndola con una cultura más adelantada. La humanidad, y el progreso en general, nada perderían con semejante cambio, puesto que una cultura superior—hipotéticamente, la de los amarillos—habría reemplazado á una cultura inferior—la de los

blancos. Sería el reverso de cuanto hoy existe.

Los pesimistas, al hablarnos de una nueva Edad Media, déjanse sobrecoger, no por una invasión de ideas y de formas artísticas, sino por una irrupción de hombres, que ellos se imaginan, ya operando pacíficamente por infiltraciones individuales, ya de un modo violento por la fuerza armada.

No puede dudarse que si treinta millones de soldados chinos invadiesen á Europa arrasando todo á sangre y fuego, la civilización europea sufriría un retroceso enorme; mas este efecto no obedecería de ninguna manera á que los chinos sean amarillos, y nosotros, blancos, sino que provendría de las *matanzas* y las *destrucciones*. Tales horrores, de suceder únicamente entre los blancos, engendrarían iguales desastrosos resultados. Alemania, durante la guerra de los Treinta años, fué devastada por manos arias: esto no evitó que perdiese la tercera parte de su población, que se cubriera de ruinas, y que se abismase en un relativo salvajismo.

Estudiemos los dos procedimientos: el militar y el pacífico. Un nuevo Tchinguis Kan invade nuestro continente, mata treinta ó cuarenta millones de hombres para asentar su dominación (1), y establece entre nosotros de cincuenta á sesenta millones de chinos. Si estos asiáticos destruyen todas las huellas de nuestra civilización, como los cristianos destruyeron las estatuas y los manuscritos paganos, muy cierto que la civilización correrá grave peligro de perecer. Pero imagínese sesenta millones de chinos que se extienden sobre nuestro continente sin ninguna violencia. Nada perecerá entonces. Nuestros museos, nuestras academias, nuestros laboratorios continuarían en pie. Si los invasores chinos aportan métodos científicos superiores á los nuestros, nosotros los imitaremos; si los nuestros aventajan á los suyos, ellos los copiarán, en virtud del principio universal que afirma que toda criatura repugna el dolor y busca el placer. Ahora bien: como nuestros métodos son superiores, es indiscutible que nos asimilaremos á todos los chinos que vengan. Su invasión pacífica, lejos de restar adeptos á la civilización europea, aumentará el número de éstos. El progreso de Europa habrá, en su consecuencia, avanzado, y no retrocedido á causa de la invasión pacífica de los chinos.

Como los blancos han desarrollado la civilización más brillante que jamás ha existido en el mundo, propendemos á asociar las ideas:

(1) Nótese que, desde 1792 á 1815, se mataron entre nosotros siete millones de hombres, sin que por eso sucumbiera la civilización.

civilización humana y prosperidad de la raza blanca; de igual suerte, nos inclinamos á identificar la riqueza con el oro, porque, en la vida corriente, podemos proporcionarnos cuanto nos plazca si disponemos del precioso metal para darlo en cambio. Empero ambas asociaciones son absurdas. La civilización humana ha nacido entre los turanios, los hamitas y los amarillos. Cuando, sobre nuestro globo, brillaban solas Egipto, Asiria y China, hubiera sido posible asociar la evolución del progreso humano con el incremento de las razas que poblaban las orillas del Nilo, del Eufrates y del Yang-tse-Kiang. Esta asociación hubiera sido errónea, conforme han demostrado los acontecimientos. Los blancos han recogido la herencia de los amarillos, acrecentándola mucho: los negros y los amarillos podrán también, en lo porvenir, enriquecer considerablemente el tesoro mental europeo.

Hemos demostrado cuán improbable es la desaparición de la raza blanca. No sólo no hay nada que se oponga á que pueble nuevas regiones, sino que, aun en las mismas ya ocupadas, tiene la posibilidad de extenderse en inmensa proporción.

Fijémonos, sin embargo, en la hipótesis de una fortísima natalidad entre los amarillos y los negros, y de una muy exigua entre los

blancos (1). Si nuestras mujeres no conciben tantos hijos como las chinas y las negras, disminuirá la proporción relativa de los blancos, y nuestra raza desaparecerá seguramente en plazo más ó menos lejano. Mas de ello seríamos los únicos responsables, porque no debemos sustraernos á los deberes fisiológicos, como tampoco debemos eludir los deberes políticos. Es justo que sucumba quien no cumpla su deber. Sin duda que volveremos sobre nosotros el día en que apremie el peligro. Será entonces honroso tener una extensa prole, como entre los franceses del Canadá; las mujeres que tengan muchos hijos ocuparán un puesto muy distinguido en la sociedad. La natalidad de los blancos podrá, bajo el impulso de estas nuevas pasiones, elevarse á un tipo normal.

Pero, lo repetimos; la hipótesis de que la natalidad de los blancos será más reducida que la de los amarillos no resiste á la crítica. La natalidad depende de las condiciones sociales, no de la raza. Siempre se observará en gran escala en la humanidad entera lo que se observa ahora en una esfera más limitada entre los franceses. El departamento de Finisterre tiene una gran natalidad, el de Lot-et-Garonne, una natalidad muy escasa. Hay ciertas regiones en

(1) *Ceteris paribus*, entiéndase bien, no excediendo á la nuestra su mortalidad.

Francia en que se producen más hombres, otras en que se producen más capitales, otras, por último, en que se producen más ideas. La misma división de funciones se establecerá sobre el globo entero. En ciertos países, la vida será más tranquila, más patriarcal; en ellos se engendrarán más hijos. En otras regiones, se formarán grandes centros industriales é intelectuales; habrá en ellas más nerviosos, más activos, más apasionados que en otras, y se producirán sobre todo en ellos capitales é ideas. Entre estas diversas regiones se establecerá el cambio, que reportará incalculables beneficios. Cuando la natalidad descienda en un país, pondrá todo su interés en atraer á los inmigrantes extranjeros. El día en que se borren las barreras y desaparezcan los prejuicios, cuando el planeta entero sea una vasta aligación de pueblos siempre en movimiento, se multiplicarán cada vez más los cruzamientos, pudiéndose vaticinar que llegará una época, seguramente todavía muy remota, en que se hayan atenuado sensiblemente las diferencias de raza, en que desaparecerán las mayores disparidades, como han desaparecido entre los braqui-morenos y los dólico-rubios que hoy pueblan Europa. Progresamos hacia el equilibrio de las razas, como hacia el equilibro de los salarios. El día en que se logre, ya no se podrá afirmar que la civili-

zación es patrimonio exclusivo de los blancos, los amarillos ó los negros; el progreso será entonces el patrimonio de la Humanidad.

LIBRO IV
Peligros imaginarios

CAPÍTULO XII
La primacía de Europa

«Se tiene entusiasmo por inventar, escribe Mad. Arvède Barine en el artículo citado, por acrecer las energías productoras, cuando uno se cree en situación de ser el proveedor perpetuo de todo el globo. Europa recibirá un rudo golpe, tanto moral como económico, el día en que se convenza de que ya no tendrá papel que representar fuera de sus fronteras, ni expansión que esperar; y que ya no la queda más recurso que ir viviendo, restringiendo una producción de ninguna salida en lo sucesivo en los mercados, y preocupada constantemente en impedir las infiltraciones del aluvión de hombres de color que caerá sobre ella desde el Sur y el Este». «¿Hay alguien, pregunta Pearson, capaz de pensar que el estado de espíritu de Europa no se ha modificado profundamente? El desfallecimiento de quien ya nada tiene que

aguardar ni esperar, la indiferencia por los inventos y el progreso, sustituirán á la soberbia confianza de las razas que no cesan en estos momentos de suspirar por nuevos mundos que conquistar. Una raza que se abandona, deja de crear en ciencia y en literatura; y para colmo de amargura, la Historia nos enseña que un estado social muy progresivo y muy noble puede ser aniquilado por una civilización inferior. Desde su viejo continente, en que se recluirán, los arios habrán de contemplar con desesperación los mil millones de hermanos amarillos, negros, cobrizos y rojos que se lanzarán en el momento oportuno al asalto de la preeminencia y de la riqueza, diciéndose por todo consuelo:—Tú lo has querido, Jorge Dandín. Bajo el pretexto de propagar la civilización y la fe religiosa, y, en realidad de verdad aguijoneado por el espíritu de lucro, has ido á millares de leguas de tu patria á llevar á las gentes de color un palo para pegarte. Ahora, presenta las espaldas».

Este pasaje es profundamente interesante; dedúcese de él que, según Pearson, la ruina y la decadencia de Europa serán inevitables cuando haya perdido su actual hegemonía. El ideal de Pearson aparece con toda claridad en este fragmento; él querría un solo punto luminoso sobre el globo: Inglaterra; el resto del

planeta debería quedar sumido en las tinieblas de la barbarie. ¡Esto es, en su opinión, la salvación del progreso! Este ideal evidencia que los pesimistas se agitan en una región nebulosa y vaga, no teniendo en cuenta para nada las realidades positivas de la vida.

Pearson cree que Inglaterra sucumbirá el día «en que deje de ser indefinidamente el proveedor del mundo entero». Mas ¿qué significa eso de ser el proveedor del mundo entero? Ello vale tanto como enviar á todos los puntos de la Tierra primeras materias ó productos manufacturados, y recibir en cambio primeras materias ó productos manufacturados. El comercio no puede consistir más que en tres combinaciones, á saber:

Cambio de primeras materias por primeras materias;

Cambio de primeras materias por productos manufacturados;

Cambio de productos manufacturados por productos manufacturados.

No es de presumir que Pearson sea tan candoroso que crea que los ingleses, al erigirse en proveedores del mundo entero, tuvieran interés en dar sus artículos sin obtener nada en cambio.

Pearson ha sido ministro de Instrucción Pública en Australia; ha visto en este país expe-

dir lanas á Inglaterra, y recibirlas de nuevo en forma de tejidos; piensa, por tanto, que Inglaterra quedará arruinada cuando pierda el monopolio de este género de operaciones. Pearson lamenta los progresos industriales de la India y del Japón, y apunta el peligro que estos países suponen para Europa cuando tengan ingenieros tan instruídos como los nuestros. Se impone, pues, concluir que Pearson estima como ventajoso para Inglaterra, dar productos manufacturados, y recibir en cambio primeras materias, mientras que la operación contraria le parece que podrá acarrear su ruina definitiva y el eclipse de la civilización europea.

Incontables objeciones se alzan contra estas concepciones infantiles, que, por otra parte, tienen varios siglos de vejez... Esto es pura y simplemente el antiguo sistema mercantil: la teoría de que no debe fabricarse ni un clavo en las colonias.

Notemos, en primer lugar, que Pearson reputa como beneficioso el aumento perpetuo del comercio inglés. Empero, para colocar más artículos manufacturados y ser remunerados, precisa á su vez comprar mayor cantidad de primeras materias. Si el Brasil importa más hierro inglés—lo que beneficia á Inglaterra,—es necesario que exporte más café para saldar sus compras. Ahora bien; para que el Brasil exporte más café, tiene que aumentar la producción de dicho artículo. En una palabra, el engrandecimiento de Inglaterra llegará á su punto culminante, cuando todos los restantes países entreguen el máximum posible de primeras materias, es decir, el día en que la explotación de sus recursos naturales sea tan completa como quepa en lo posible. Mas, para lograr este resultado, es menester que su instrumental nacional haya llegado también á un alto grado de perfección. ¿De qué serviría hacer plantaciones de exquisito café en Minaes-Geraes, si, por falta de medios de locomoción, no se le pudiera transportar fuera del país? Admitamos por un momento la realización del ideal de Pearson: todo el planeta explotando únicamente primeras materias, y todas las manufacturas, concentradas en la Gran Bretaña (1). En este caso, Inglaterra habría de interesarse extraordinariamente en que las demás naciones produjesen el máximum de primeras materias. Mas, para esto, precisa que su evolución intelectual sea vastísima, porque la agricultura y la explotación de las minas exigen igualmente intensísimas capacidades mentales;

(1) Basta formular semejante ideal, para demostrar su variedad. Aunque toda Inglaterra no fuera más que una vasta fábrica, nunca podría suministrar la centésima parte de lo que necesita la Humanidad.

que éstas no sirven sólo para las manufacturas. Pearson opina, sin embargo, que Inglaterra sucumbirá el día en que las otras naciones tengan una cultura intelectual muy elevada, é incurre con este aserto en manifiesta contradicción. Quiere que la exportación de Inglaterra alcance el mayor florecimiento; pero no quiere que los otros países progresen: es decir, que se encuentren en situación de importar la mayor cantidad de artículos igleses al exportar los productos naturales de su suelo. El ideal de Pearson es compañero inseparable de la quimera que consiste en vender sin comprar, en comerciar sin cambiar mercancías.

Otra afirmación de Pearson, no menos pueril, establece (ignoramos los motivos) que los países tropicales, ó si se quiere mejor, los poblados por amarillos y negros son los únicos que disfrutan el privilegio de producir primeras materias. ¡Idea extraña! La zona templada produce en realidad de verdad tantas primeras materias como la zona caliente. Por de pronto, los yacimientos minerales son ajenos en absoluto á la latitud; bajo todos los climas hay hierro, cobre, plomo, plata, oro y, sobre todo, carbón, nervio universal de la industria. En orden á los productos agrícolas, tenemos en nuestros países algunos que no ceden en utilidad á los de la zona tórrida; por ejemplo, el

trigo. Tanto place comer buen pan blanco en el Brasil, como saborear rico café en Rusia. Después de los cereales viene un gran número de productos alimenticios; entre otros, el vino es una de nuestras primeras materias: pensamos que una buena botella de Château-Larose ó de Medoc excelente es una bebida muy agradable en todas las latitudes. La cerveza es, asimismo, un producto de nuestras plantas europeas. Disponemos, en fin, de una porción considerable de otras primeras materias: nuestras plantas textiles nada tienen que envidiar á las de los países calientes; los tejidos de algodón impresionan muy asperamente á la piel desnuda: todos prefieren los de lino; cuando los indos y los chinos puedan costearlos, se los pondrán con tanta fruición como nosotros.

Los países de la zona templada, que constituyen el territorio de la raza blanca, dispondrán siempre, por tanto, de tantas primeras materias que exportar como la tierra de los trópicos (1). Los amarillos y los negros compran en cantidad muy escasa nuestras prime-

---

(1) Podríamos enumerarlas á centenares. Se ha llegado á decir que el azúcar de remolacha es más económico que el de caña, gracias á los beneficios de los residuos. ¡Quién sabe si algún día exportaremos azúcar á los países tropicales! El aguardiente ¡ay! es también uno de nuestros artículos que tiene muchos devotos en los países extracuropeos.

ras materias, porque no tienen con qué pagarlas, no porque no las deseen. Cuando sean más cultos y más ricos, las comprarán en grandes partidas. En el Congo y en las Molucas se querrá comer á diario pan blanco, como nosotros lo comemos.

Esto imprimirá un notable aumento, á nuestras exportaciones de trigo.

Otro error de Pearson consiste en creer que el máximum de prosperidad de Inglaterra depende de su monopolio industrial. Afirma que es ventajoso llevar á Inglaterra algodón de la Carolina y lana de la Australia, transformar dichos productos en tejidos, y, en esta forma, reexpedir al país de su orígen las citadas primeras materias. Todos los minerales del globo ganarían siendo transportados á la Gran Bretaña para ser trabajados en ella, y tornar al lugar de su procedencia bajo la forma de productos manufacturados. De esta suerte, el absurdo despilfarro de dos transportes constituye, según el sentir de Pearson, un beneficio para Inglaterra. ¡Siempre el eterno *ritornello!*: cuanto más caros son los objetos, es decir, cuanto más inaccesibles, mayor es la prosperidad; en otros términos, cuanto mayor es el esfuerzo para obtener lo que se desea, menos trabajo precisa. ¡He aquí otra contradicción manifiesta! El engrandecimiento de Inglaterra

proviene de que las telas de lana y de algodón se venden en dicho país á los precios más ínfimos; porque la industria que no vende á los precios más bajos, no es un agente de producción, sino un parásito, un agente destructor de la riqueza.

Tiempo vendrá en que cada país trabajará sus primeras materias: las Indias y los Estados Unidos, el algodón, Rusia el lino y el cáñamo; Inglaterra forjará el hierro y el acero. Debemos pedir con todas nuestras fuerzas que no se retarde ese feliz momento que acabe con los insensatos derroches que nos arruinan; entonces se producirá el máximum posible de prosperidad.

Ya lo hemos dicho anteriormente: en el interés de Inglaterra está que no haya en la Tierra un solo campo sin cultivar, ni una mina de carbón, ni un pozo de petróleo, ni un yacimiento de hierro, de plomo ó de cobre sin explotar tan completa y económicamente como sea posible. Importa mucho á sus intereses que todo el globo se halle cubierto de fábricas de todas clases. Esta segunda proposición será acogida con mayor escepticismo, y, sin embargo, es tan incontestable como la primera. Conviene no olvidar que todo producto de una industria es primera materia de otra: la fundición es primera materia para el fabricante de

acero; el acero, para la fabricación de máquinas, y así sucesivamente. Pues bien, cuando todo el planeta esté cubierto de máquinas, cada país transformará sus primeras materias con el mínimum de gasto. La industria inglesa podrá proveerse entonces en condiciones más ventajosas (1), y entregar ella sus productos por menos coste, lo que acrecerá, su clientela en la posible proporción.

La explotación de cada recurso natural exige, en primer término, la compra de instrumental. Para beneficiar positivamente las riquezas de su suelo, Rusia, por sí sola, habría menester un material tan copioso, que todas las fábricas de la Gran Bretaña no bastarían para fabricarlo. Ahora bien, el instrumental humano nunca se terminará, porque cada progreso realizado exige nuevos perfeccionamientos, cada escalón subido permite ascender otro. La aplicación industrial de la electricidad es modernísima, y ya el consumo de la energía eléctrica asciende á 8.107.000 kilowats en París, 9.533.000 en Londres y 9.770.000 en Berlin. En general, resta que trabajar mucho tiempo en nuestro globo para proporcionar al

---

(1) Así, interesa más á Inglaterra recibir de España el hierro en lingote que en vena, hierros elaborados, que lingote, y así en progresión, porque los transportes son, en cada uno de estos casos, más económicos.

último aldeano una vivienda saneada mecánicamente, caliente en el invierno y fresca en el verano. Entre 10.000 personas, apenas si existe hoy una que disfrute estas ventajas. Para ponerlas al alcance de todos, habrá que reducir enormemente los precios de numerosos objetos. Será, pues, necesario acrecentar la producción de las primeras materias, y rebajar los gastos de su transformación ulterior en productos manufacturados. En una palabra, gozaremos del máximum de prosperidad el día en que la agricultura y la industria hayan progresado en las otras partes del mundo tanto como entre nosotros; cuando Europa, *una inter pares*, haya perdido por completo su hegemonía.

Pasando del orden económico al intelectual, todavía quedaremos más sorprendidos de la ceguera de Pearson y sus adeptos. Pearson considera la pérdida de la preeminencia científica de Europa como la más terrible de las catástrofes, como el naufragio de la civilización. Sostiene que es imprudente formar ingenieros en Asia y África y proporcionar á negros y amarillos la posibilidad de derrotarnos. «Llegará un día en que los arios contemplarán con *desesperación* los millones de hermanos amarillos, negros y cobrizos, rojos que se lanzarán al asalto de la preeminencia y de la riqueza.»

Se contempla con desesperación lo que se reputa como un mal. Según Pearson, los progresos de los amarillos serían, por consiguiente, un mal para nosotros. Nuestro autor sustenta aún el arcaico error que vincula la riqueza en una cosa ó en un conjunto de cosas. El absurdo es evidente; la riqueza es un *estado* de cosas, es la acomodación del planeta á las conveniencias del hombre. No obstante, la equivocación de Pearson es excusable en la esfera económica. Si retiramos todo el oro del Banco de Inglaterra para transportarlo á Bélgica, no cabe dudar que aquella nación perderá un metal útil, y experimentará dificultades, no sucediendo así con el segundo país, que estará provisto de él más abundantemente, deduciendo de ello ventajas.

Mas, en el orden mental, lo que gana uno, jamás puede ser perdido para otro. Pasteur era francés, y no inglés: ¿ha impedido esto que los naturales de la Gran Bretaña empleen las inyecciones de suero antidiftérico para arrancar sus hijos á la muerte? Fulton, Edison, Graham Bell, etc., eran americanos: ¿ha sido ello óbice para que los rusos tengan buques de vapor, lámparas eléctricas y teléfonos? Arkusright, Carlwight, Hargreaves y James Waw eran ingleses: ¿se ha opuesto ello á que los franceses dispongan de cinco millones de bro-

cas para hilar algodón? Por último, en el orden literario, el hecho de que Shakespeare fuera inglés, y Molière, francés, no merma el deleite que la lectura de sus obras produce en los rusos. La aparición de un genio en Francia, de un Voltaire, de un Lavoisier, de un Lamark, no es una causa de infecundidad para Alemania, Inglaterra ó Italia. El genio surge donde le place. Muy cierto que una sociedad puede contrarrestar la evolución intelectual de otra; pero solamente por el concurso de los factores fisiológicos, económicos y políticos. De esta suerte, los turcos han obstruído durante algunos siglos el progreso helénico, porque han arrasado á sangre y fuego á Grecia, y porque la han gobernado de la manera más absurda é injusta. Esas violencias han convertido á Grecia en un país de pastores; pero, aparte la intervención política, si Turquía y Grecia hubiesen continuado siendo dos países independientes que viven en mutua paz, los progresos intelectuales de los turcos nunca hubieran podido ser nocivos á los griegos.

Los tesoros intelectuales no son, por la misma naturaleza de las cosas, exclusivamente apropiables. Los filósofos y los sabios escriben para difundir sus ideas; los artistas producen para mostrar sus obras. Cuantos más lectores tiene un libro, y cuantos más admiradores, un

cuadro, tanto más satisfechos están el escritor y el pintor. La riqueza de Inglaterra engendra la riqueza de Rusia, muy en contra de lo que se creía antes; pero el desarrollo intelectual de la Gran Bretaña causa en una proporción todavía más intensa la evolución mental de Rusia. El conjunto de las producciones de la inteligencia y del sentimiento forma un tesoro, cuyo común pertenece á toda la humanidad. Quiérase ó no, esto es así.

Cuando el progreso intelectual de África y Asia iguale ó supere al de Inglaterra, esta nación será la principalmente beneficiada. A más de sus químicos y de sus médicos, se aprovechará de las investigaciones de un número de químicos y de médicos veinte ó treinta veces mayor, dispersos en la inmensa extensión del imperio de la China y del Sudán. Europa sola elabora al presente el magnífico tesoro de los conocimientos humanos: quinientos millones de hombres, de los 1.500 que habitan nuestro globo, se ocupan en esta obra admirable. Imagínese á los amarillos y los negros dando su contingente; imagínese su aportación igual á la nuestra: en lugar de adquirir entonces mil nociones nuevas por año, adquiriremos tres mil; nuestro bagaje mental será tres veces más breve; y como nuestro bienestar aquí en el mundo está en razón directa de

nuestro conocimiento de la Naturaleza, tendremos que también nuestro bienestar aumentará tres veces más pronto.

El miedo de Pearson y sus discípulos es no solamente vano, sino también irreflexivo. Muy al contrario; cuando Europa pierda su preeminencia, habrá alcanzado el punto supremo de su progreso mental. Lejos, pues, de temer que las otras razas nos igualen, debemos ansiar con toda nuestra alma ese momento, y esforzarnos por perder una hegemonía fundamentada en el rebajamiento de las dos terceras partes de la humanidad.

En la vida ordinaria, cuando los europeos acomenter alguna empresa en las Indias ó en el Japón, procuran reclutar con la mayor prontitud un personal indígena. Este personal cuesta más barato, y se propende á servirse de él para lucrar más beneficios. Con el propósito de formar mecánicos, ingenieros y químicos, se abren escuelas en los países exóticos. He aquí la política prudente; el interés aconseja una conducta infinitamente más racional que las aberraciones pesimistas. Esto á nadie debe sorprender, porque lo que se refiere á la realidad concreta se apoya sobre una base sólida, mientras que las especulaciones abstractas se fundamentan en las nubes.

Desde la antigüedad más remota, el progre-

so se ha transmitido de pueblo á pueblo. Los caldeos y los egipcios lo legaron á los griegos, y éstos, á los latinos: Roma fué la maestra de Germania; la Europa occidental, la de Rusia. En otro sentido, Europa ha refluído hacia el Occidente en América, y hacia el Oriente, en las Indias y en Australia. Sí; indiscutiblemente, la comparación de Lucrecio es aplicable á todas las naciones del planeta: *quasi cursores vitæ lampada tradunt*. Siempre se afirma que los más jóvenes son incapaces de alcanzar y aventajar á los más viejos. En tiempo de Enrique IV, se decía que los obreros franceses nunca fabricarían telas de seda tan bellas como los trabajadores italianos; empero los hechos han desmentido estas predicciones, y aun la situación es hoy inversa: Milán y Florencia desconfían de igualar ó sobrepujar á Lyon. También se murmura en nuestros días que el obrero ruso nunca igualará al obrero inglés. Esta profecía correrá la misma suerte que la que se hizo sobre el obrero francés. No; la civilización siempre se ha transmitido, hasta el presente, de una á otra sociedad. Los pesimistas no exponen ninguna razón para pensar que ya no podrá ser así. Quien puede lo más, puede lo menos. En otros tiempos, los egipcios crearon la primera civilización; realizaron, pues, la obra mental más difícil que cabe imaginar.

¿Por qué no han de ser capaces de llevar á cabo ahora una labor incomparablemente más fácil; la de apropiarse nuestros conocimientos científicos? Todas esas pretendidas incapacidades de los amarillos y los negros son quimeras de espíritus enfermos. Quien ose decir á una raza humana: aquí llegarás, y de aquí no pasarás, es un ciego y un insensato.

CAPÍTULO XIII

La conquista violenta de Europa por la China

«En la entusiasta demencia por el descubrimiento de América, de la pólvora de cañón y del vapor, hubiera pasado por loco quien hubiese dicho: ¡Maldición! ¿Qué vais á hacer?—¡Vamos á conquistar el mundo!—¡No! ¡Lo que vais á hacer es crear conquistadores!—¡Vamos á extender á Europa por todo el planeta!—¡No! ¡Lo que vais á hacer es abrir Europa á todo el planeta!—¡Vamos á hacer de la raza blanca la raza soberana!—¡No! ¡Lo que vais á hacer es destruirla!—Quien tal hubiese dicho, repetimos, hubiera pasado por loco... Sin embargo, ¡cuán sensato hubiera sido!.. Todas estas predicciones se han realizado.

«He aquí justamente la historia del imperio romano. Los romanos lucharon durante cinco siglos contra las invasiones, lejanas en un prin-

cipio, después más próximas cada vez, de pueblos arrojados del Occidente, muy probablemente, por el exceso de población asiática. La lucha fué larga, enconada, heroica. Al fin fué preciso ceder. Nada puede oponerse á la extensión y expansión de las razas. Es una potencia física. El poder ciego del número ha concluído por triunfar..... Las llamadas razas superiores no son sobrias, ni prolíficas..... Las razas inferiores lo son..... Es, pues, harto probable que sean arrolladas muy pronto las colonizaciones blancas, los enjambres blancos de Ultramar, y que inmediatamente después, sea atacada á su vez la colmena blanca, la vieja Europa. Sabemos que se defenderá valientemente, como se defendió el admirable imperio romano. Cabe hasta pensar que, bajo el apremio de las circunstancias, formará, muy contra su voluntad, un segundo imperio romano. ¡Ah!: ese viejo ensueño de 1848 de los Estados Unidos de Europa, acaso sea una realidad en 1948; pero ¡ay!, como acaece siempre, en nada reflejo del imaginado por nuestros buenos padres. Ésos no serán los Estados Unidos de la paz, de las flores, de las guirnaldas, de las jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas; serán los Estados Unidos de la defensa europea. Detrás de Rusia, inexpugnable muralla de los blancos contra los amarillos, como Polonia, en otros

tiempos, de los cristianos contra los turcos, lucharán nuestros nietos contra la formidable horda de los invasores, impulsados á su vez y queriendo dominar. Habrá luchas terribles. Los europeos conocerán, sin gozar de ella, á la Europa unificada. Parece escrito que, entre el período de la Europa que pugna contra sí misma, y el de la Europa unida, pero para seguir luchando y agotarse hasta el aniquilamiento, nunca habrá un siglo tranquilo para reposar un instante y amarse los unos á los otros. ¡En verdad que esta perspectiva no es muy alegre!»

Pedimos la indulgencia del lector por haber reproducido este largo pasaje del artículo ya citado de Faguet. Pero es tan característico, retrata con tanta fidelidad el estado de espíritu de los pesimistas modernos, que no hemos podido resistir á la tentación de copiarlo hasta el fin.

Sorprende ante todo en este pasaje la confusión constante de dos fenómenos sociales muy diversos; la conquista militar y la infiltración lenta de los pueblos de una región en otra. Estos dos hechos pueden combinarse y excluirse. Una invasión armada, una conquista política, pueden ser acompañadas de una infiltración, como una infiltración puede verificarse sin conquista. Los manchús se han apoderado del imperio chino en la primera mitad del si-

glo XVII, y los ingleses se han hecho dueños de las Indias, sin que se haya establecido una corriente de colonización permanente del pueblo conquistador en el territorio del pueblo conquistado. Muy por el contrario; los europeos se infiltran en los Estados Unidos de América sin ejercer ninguna dominación en este país.

Cuando Faguet habla de una guerra á muerte entre las razas inferiores y Europa, ¿á qué género de combate se refiere? No nos lo dice, y queda en la vaguedad más completa. Se mantiene en el terreno nebuloso que tanto place á los pesimistas; y en verdad que hacen bien, porque si quisieran representarse de un modo concreto y positivo la realización de sus temores, veríanlos desvanecerse inmediatamente.

No imitaremos á Faguet, y examinaremos con toda precisión sus augurios; en primer término, la hipótesis del combate político, es decir, de ejército contra ejército, y después, la infiltración lenta.

Tres razas inferiores son los posibles enemigos de los europeos; los amarillos, los indos y los negros. ¿Se ve apuntar entre estas tres razas la organización de una gran potencia militar capaz de emprender la conquista violenta de América y Europa?

En primer lugar, nadie ignora que la raza no es una causa de agrupamiento político. Los amarillos están repartidos hoy en cinco Estados: China, Corea, el Japón, Annam y Siam. Ninguna solidaridad se percibe entre estos países; dos de ellos, los más populosos, acaban de hacerse la guerra, y nada parece indicar que se hallen dispuestos á coligarse para emprender conquistas comunes. ¿Necesitaremos hablar de Europa? El hecho de que todos sean blancos no impide, ¡ay!, que se sostengan cuatro millones de hombres prontos en cualquier instante á lanzarse unos contra otros.

Para tener numerosos ejércitos y hacer conquistas, no basta pertenecer á la misma raza. es preciso también proporcionarse una poderosa organización. Ahora bien, ¿qué vemos entre los indos, los amarillos y los negros?

La impotencia militar de los indos es bien patente; Akbar el *Grande* conquistó la India con 12.000 hombres. Ya Bernier, un francés que se encontraba en la corte de Aureng-Zeb, presintió cuán débil era su imperio, expresando claramente la idea de que podrían apoderarse de él algunos regimientos europeos. Los ingleses se aprovecharon del aviso, y sometieron á toda la India con ejércitos que en Europa no hubieran bastado para cercar una fortaleza de primer orden. Los indos, en su

consecuencia, no son un pueblo guerrero, pudiendo reputarse como utópica la posibilidad de una invasión armada de Europa por la raza gangética. Por otra parte, tratamos sin motivo ni fundamento á los indios como si fueran una sola raza, cuando, en realidad, la India contiene una porción de pueblos que difieren entre sí por la raza, la religión y la lengua mucho más que los de Europa. Estos pueblos, lejos de soñar en una obra común, se aborrecen cordialmente, tanto que los potentados indos siempre estarían en guerra si Inglaterra no les impusiera la majestuosa *pax britannica*. Esto, en lo que se refiere á los indos. Por lo que hace á los negros, son todavía mucho menos temibles. Por de pronto, en África, como en las Indias, no hay una sola raza, sino varias, y antes que toda el África haya constituído un vasto imperio poderosamente organizado, pronto á precipitarse sobre Europa, hay motivos para pensar que Europa habrá colonizado completamente una buena parte de ella, y asimiládose el resto.

Finalmente, China es ya un imperio unitario, lo que le imprime un aspecto más terrible. Sin embargo, el imperio chino es sumamente débil. Puede afirmarse de él con exactitud lo que Bernier decía del imperio de Aureng-Zeb; siendo de otra suerte, no le hubieran conquistado los manchús con ejércitos muy modestos. La debilidad de China procede de una causa que, á nuestro juicio, domina á todas las demás: el espíritu militar se ha apagado en su población. Tal estado de cosas debe producirse, tarde ó temprano, en todo pueblo cuya civilización sea muy laboriosa. China se nos ha adelantado en esto, como en algunas otras cosas. Además, es erróneo creer que el poder de Pekín sea tan considerable; hablando con propiedad, China es una vasta federación agrupada en torno de un gobierno central bastante débil.

Imagínese, no obstante, un imperio chino organizado militarmente como la Prusia moderna, y cuyo emperador esté resuelto firmemente á conquistar á Europa. He ahí que avanza con sus legiones. ¿En qué se funda Faguet para aventurar que los ejércitos chinos derrotarán á las tropas europeas? ¿No podría acaecer lo contrario? Si «el imbécil poder del número» ha de decidirlo todo, venceremos incontestablemente, porque no debe dudarse que el día en que peligre la civilización, los americanos se unirán á nosotros. Ahora bien; ya en 1897, estaba afirmada nuestra preponderancia: Europa y América cuentan al presente cerca de 506 millones de habitantes, mientras que China, según los cálculos más optimistas, no

tiene más que 400; la desproporción aumentará de día en día. Creemos poco probable que el número de chinos aumente mucho, supuesto que la población es extraordinariamente densa, y el espíritu de empresa, bastante limitado. En semejantes condiciones, el aumento de hombres ha de ser forzosamente lento. Nosotros, por el contrario, tenemos en Europa y América una prodigiosa reserva de regiones no ocupadas, y, como hemos dicho anteriormente, Rusia y América septentrional serían suficientes para alimentar 1.500 millones de habitantes (1). El poder imbécil del número (ya nuestro hoy) nos pertenecerá, por tanto, cada vez más en lo porvenir.

Faguet no duda un solo momento de la derrota de Europa en su lucha con China. Pero ¿quién podrá asegurarlo? ¡Son tantos y tan varios los azares que presiden á los combates! También Europa puede vencer y conquistar á China. Y entonces, ¿cuál será la suerte del cacareado peligro de la raza amarilla? Los amarillos serán, por el contrario, quienes deberán temblar ante los blancos. Mas he aquí el fundamento del raciocinio con que Faguet pretende demostrar que los europeos, y no los chinos, serán los que hayan de sucumbir: el imperio romano fué destruído. Tranquilícese Faguet; el privilegio de poder ser destruídos alcanza no sólo á los imperios fundados por los blancos y aun por los «nobles» arios, sino también á los que fundaron los semitas y los amarillos. El imperio asirio ha desaparecido; tampoco existe ya el de los árabes; la dominación del terrible Temudjine apenas es hoy un recuerdo; el vasto Estado de los turcos osmanlíes vase derrumbando poco á poco. Por lo que hace al imperio romano de Occidente no fué conquistado por los germanos; se dislocó por sí mismo: aniquiláronle sus vicios internos, no los ejércitos enemigos. El imperio romano hubiera podido tener hacia la época de Clodoveo más soldados que habitantes la Germania. Si no se reclutaron, armaron y educaron tales soldados, cúlpese á ciertas ideas de los romanos; mas en la época de lo que se llama, con notorio abuso, las grandes invasiones, el poder del número—imbécil ó no—estaba de parte de Roma, no de los bárbaros.

Para conquistar y dominar definitivamente á Europa y América, sería menester hoy un ejército de 20 á 25 millones de hombres. Empero un ejército de esta importancia no se im-

(1) Agréguese á lo dicho que la demografía en Europa será siempre inferior á la de China mientras que nuestros conocimientos médicos y fisiológicos aventajen á los de los chinos. Mas, en definitiva, lo verdaderamente importante no es la prolificidad, sino el número de supervivientes.

provisa; exige, por de pronto, recursos enormes. Cuando menos, cinco ó seis mil millones de francos anuales. ¿Cómo se procurarían los chinos este dinero? Nótese además que durante los primeros años sería menester crear un material completo de guerra para 25 millones de soldados: fusiles, artillería, equipos, etcétera.; agréguese á esto que siempre son de prever posibles tiempos contrarios, y preparar la defensa del país. Calcúlase en 30.000 millones de francos el valor del instrumental militar de Europa. El día en que quiera conquistarnos China, tendrá que preparar máquinas de guerra, por lo menos, tan importantes como las nuestras; será precisa, pues, para los primeros gastos una cantidad que difícilmente podrá ser inferior á 20.000 millones de francos. Otra vez surge la misma cuestión; ¿de dónde los sacará? China es un país pobre. Indudablemente que no seríamos nosotros quien se los facilitara, sabiendo que los destinaría á hacernos la guerra. Por otra parte, ¿podría China pagar los intereses y la amortización, principalmente en el momento en que ya sea necesario gastar 5.000 millones de francos al año para el sostenimiento de su ejército?

La situación actual es muy despejada: las cinco grandes potencias militares de Europa pueden poner en pie de guerra cerca de 15 millones de soldados; prescindimos de las naciones menos importantes y de América. Según el *Almanaque de Gotha*, de 1897, las fuerzas *teóricas* de China apenas ascienden á 600.000 hombres, incluídas las guarniciones provinciales. Estas tropas poseen una instrucción militar muy deficiente, casi no disponen de armamento, y no sirven para la guerra (1). Hablando con propiedad, los chinos carecen de ejército, no advirtiéndose en ellos ningún esfuerzo para modificar semejante situación. Cuando percibamos que China realiza preparativos en grande escala aprestándose á conquistar nuestro continente, podremos invadir su territorio, y, aprovechando nuestro vastísimo progreso, desbaratar sus proyectos antes de comenzar á ser ejecutados.

Concedamos, no obstante, que los chinos dispongan de un poderoso ejército, que hayan invadido á Europa, que nuestros soldados hayan sufrido derrota tras derrota, y que las invencibles legiones de los celestes hayan avanzado, de una parte, de Pamir á Cádiz, y de otra, de Pekín al cabo de Horn. Y bien; ¿qué? ¡Nada vale conquistar, si no se acierta á contener á los pueblos sublevados. Desearíamos saber qué ejército será preciso para mantener á Europa bajo

(1) *Almanach de Gotha*, edit. 1897, p. 795.

el dominio chino. Para guarnecer suficientemente ambos continentes, serán menester, cuando menos, 20 millones de hombres. ¡Y todo esto administrado desde Pekín! ¡Qué soberanos tan geniales, qué ministros tan excepcionales, qué organización tan estupenda no será necesaria para llevar á buen término tamaña empresa, y hacer que perdure tan dilatado imperio!

En fin, una última consideración: las conquistas son actos gubernamentales, empresas que proporcionan al jefe del Estado ó á las clases directoras ventajas reales ó imaginarias: las conquistas no pueden ser en nuestros tiempos empresas particulares. China, para emprender la conquista de Europa, necesita de un gran genio militar; además, es preciso que este genio tenga bastante influencia en su país para hacerse obedecer sin réplica; es necesario que sea el soberano legal, ó por lo menos, el soberano real, primer ministro ó algo análogo. Nosotros hemos tenido no ha mucho tiempo uno que degolló incomparablemente más gente que los Temudgine y los Tamerlán. Nos referimos al fatal «Corso de los cabellos lisos», á Napoleón, que hizo matar durante su breve reinado de catorce años cuatro millones de hombres. Así, preguntamos á Faguet: ¿en qué funda su creencia de que solamente China puede crear genios militares? En realidad, la inva-

sión del Celeste Imperio por un conquistador europeo es precisamente tan probable como la invasión de Europa por un conquistador chino. Los amarillos deben temer tanto de los blancos, como éstos de aquéllos. Y aún sería más verosímil un conquistador europeo: primero, porque somos infinitamente más belicosos que los chinos, y segundo, porque el imperio del Medio es tan débil, que puede sugerir tentaciones de dar un golpe de mano, mientras que Europa no se encuentra en el mismo caso. Creemos que los chinos aceptarían tan pasivamente el establecimiento de una dinastía en Pekín, como acataron en otros tiempos la dinastía manchúa. Entretanto que el conquistador adopte los usos y costumbres de los chinos, mientras que no choque contra las tradiciones del país, nada turbará la nueva dominación; en las provincias lejanas, acaso ni sea percibida. Importa entender bien que una *conquista política* no es otra cosa que la sustitución de una clase directora por otra; la asimilación nacional es un fenómeno absolutamente diverso, que no se logra con cañones ni bayonetas.

De igual suerte, ¿cómo considerar la toma de posesión de Europa por China? También aquí son posibles dos hipótesis: la sustitución de una clase directora por otra, ó la total ocupación del suelo por los invasores. En el primer

caso, los conquistadores chinos, poco numerosos, se fusionarán presto con los pueblos europeos, y al cabo de cincuenta años á lo sumo, desaparecerán por completo. En el segundo caso, para realizar la total ocupación, será preciso suponer una trasplantación de 400 millones de chinos; operación dificilísima, porque, calculando modestamente el transporte de cada individuo en 50 francos por cabeza, exigiría veinte mil millones. ¿Quién sufragaría este gasto colosal? Y después, cuando los chinos se encontrasen entre nosotros ¿en qué se ocuparían? La población de algunos países de Europa es ya bastante densa. ¿En qué se emplearían esas oleadas de criaturas? Por otra parte, ¿por qué los chinos habían de abandonar sus campos y sus hogares para correr á Occidente? ¿Dónde se han visto esos vértigos universales? Explíquennos esto los pesimistas. Todas estas observaciones demuestran, en nuestro sentir, que la conquista violenta de Europa por China es, en los actuales momentos históricos, una pura quimera: los peligros de cuya inminente certeza se asusta Faguet, desvanécense como ensueños tan pronto como se examinan con alguna atención.

Permítasenos, antes de cerrar este capítulo, recordar otra frase de Faguet, que prueba con qué frívolo *dilettantismo* pueden tratarse los

problemas políticos más transcendentales. «Los romanos, escribe nuestro autor en el artículo citado, lucharon durante cinco siglos, espaciados en un principio, luego, más próximos cada vez, contra las invasiones de pueblos venidos del Occidente, muy probablemente, por un exceso de población asiática». La opinión de que las tituladas grandes invasiones del siglo V son una consecuencia del «exceso de pueblos asiáticos» no pertenece á Faguet; es un cliché de los más usados. Y sin embargo, ese *exceso* es un puro fantasma. Todavía en 1897, la Rusia europea—particularmente la meridional—está casi desierta. Su territorio podría sostener á triple población que la que hoy tiene. Pero hace apenas cuatro siglos, la población estaba diez veces más diseminada. Por último, en el siglo V de nuestra era, constituía un páramo que quizá no llegara á tener un habitante por cada tres ó cuatro kilómetros cuadrados. Hemos visto que China tenía en 920 42 millones de habitantes; en la época de Honorio, quizá no tuviera más que 30 millones. No faltaba, pues, espacio desde el Océano Pacífico hasta el Rhin á los pueblos asiáticos y europeos. No hemos logrado poblar por completo estas regiones en el siglo XIX. Esto nos dará una idea de lo adelantada que estaba en el siglo V la tarea. Todavía al finalizar la

Edad Media, Europa entera no contaba más que con 50 millones de habitantes; menos de los que tiene en la actualidad el imperio alemán. No existe, por tanto, ningún *exceso* de población. Además, si el *exceso* pudiera producirse en aquellas soledades, debería operarse de Occidente á Oriente, y no en sentido inverso, porque la colonización procede siempre de un país más poblado á otro menos poblado. En los días de Honorio, los países más poblados del viejo Continente eran Egipto, Asia Menor, Grecia, Italia y la Galia. La población era generalmente menos densa en Germania que en las provincias romanas, y más tenue en Sarmacia que en Germania; así, también la colonización europea durante toda la Edad Media, se ha dirigido del Sudoeste al Noroeste. Prusia fué colonizada por los alemanes procedentes de la Suabia y de las orillas del Rhin; la colonización de la cuenca del Volga se debe á los emigrantes de las márgenes del Dnieper. Esta evolución continúa todavía: multitud de alemanes se establecen en Rusia; numerosísimos aldeanos rusos emigran hacia las llanuras de la Siberia oriental hasta el Pacífico: es el famoso *Drang nach Osten.*

Las expediciones de Genserico, Alarico, Teodorico y Atila nada absolutamente tenían que ver con la colonización; cuando estos jefes invadieron el imperio romano, ya no eran impelidos por el exceso de población de sus respectivos países, como Pizarro, al conquistar el Perú, no estaba empujado por el exceso de población de España (1). Las expediciones de Atila, Arpad, Pizarro, Cortés, Akbar y Bonaparte en Egipto, eran *conquistas políticas*; es decir, la ocupación de un país con el propósito de gozar del producto de los impuestos pagados por sus habitantes. Los hombres que acometían estas expediciones, abandonaban su patria, no porque carecieran en ella de un campo de actividad económica suficiente, sino por que las riquezas de sus vecinos aguijoneaban su concupiscencia: así, apoderábanse de su territorio, no para trabajar en él, sino para vivir á costa del trabajo de los demás.

Importa no engañarse; cuando se oye decir que los conquistadores germánicos se posesionaban de *las tierras* de los romanos, conviene recordar que no lo hacían para labrarlas con sus propias manos, puesto que tenían en su país campos en cantidad, si así puede decirse, ilimitada. Sus afanes encaminábanse á apoderarse de las propiedades en explotación, es de-

(1) Esta nación tenía 8.800.000 habitantes en la época de Carlos V, es decir, 17 habitantes por kilómetro cuadrado; justamente la décima parte de la Lombardía en nuestros días. Los españoles, por tanto, vivían entonces holgadamente en su país.

cir, del trabajo de los pueblos que descubrían sobre los dominios territoriales.

Si la colonización procede de los países más poblados á los menos habitados, las expediciones de saqueo y las conquistas siguen frecuentemente un proceso inverso; esto es muy lógico, porque siendo generalmente los países más poblados los más ricos, hay interés en invadirlos y despojarlos.

Las *razzias*, las expediciones de pillaje y conquista, son fenómenos habituales en las sociedades humanas; aún no hace mucho tiempo que los pindarís en las Indias y los tekianos en el Asia central las verificaban durante todas las primaveras, hasta que los ingleses por una parte, y los rusos por otra, acabaron con semejantes visitas periódicas. Sin los soldados franceses, los tuaregs no se satisfarían con menos que con imponer á Argelia un pequeño tributo.

El Estado romano luchó durante cinco siglos contra las invasiones, afirma Faguet. Este aserto es inexacto, y engaña á su propio autor; aquí no se trata de emigrantes que vienen á buscar tierras porque carecen de ellas: esas pretendidas invasiones son expediciones de pillaje.

Á cada momento aspiramos microbios patógenos; pero disponemos de medios especiales

para combatirlos: los fagocitos que se lanzan sobre los intrusos devorándolos. Así, entretanto que nuestros órganos funcionan con regularidad, triunfan de los microbios patógenos, y nuestro organismo permanece inmune; empero tan pronto como nuestros órganos cesan de funcionar normalmente, los microbios invaden nuestro cuerpo, y lo descomponen. Tal es, precisamente, el caso del imperio romano. Durante el largo período en que fué rectamente administrado, rechazó las *razzias*; cuando, á consecuencia de los vicios internos, se alteró la normalidad funcional de sus órganos, no fué posible rechazar siempre á las *razzias*, y el Imperio se derrumbó.

Es ése un conjunto de fenómenos políticos, no de hechos *demográficos*. Faguet, y con él numerosos historiadores, confunde dos cosas muy diversas. Nadie debe sorprenderse de que, partiendo de absurdos tan enormes, formulen conclusiones completamente erróneas.

CAPÍTULO XIV

La infiltración lenta de las razas inferiores

Las razas inferiores no pueden invadir nuestro territorio más que por una conquista política, ó por una infiltración lenta. Expuesta la primera en el capítulo anterior, restános ocuparnos ahora de la segunda.

Desde los mismos comienzos tropezamos con una primera contradicción de los pesimistas. ¿Cómo se podrán infiltrar entre nosotros las razas inferiores sin poseer la prepotencia política? En nuestras manos estará estorbárselo cuando nos plazca; y en efecto, así lo verificamos. Un ejemplo, entre otros mil que pudieran aducirse. En Enero de 1897, arribó al Cabo un navío conduciendo emigrantes indos: Los naturales del país se opusieron á su desembarco, y el buque tuvo que regresar con su cargamento humano. La inmigración de los chinos está prohibida en el Canadá, en California y en Australia. Así, mientras que las razas inferiores no sean políticamente bastante fuertes para imponernos sus emigrantes, no podrán establecerse en nuestros territorios más que cuando nosotros queramos. Además, aun en el caso de que se hayan deslizado subrepticiamente entre nosotros, nada impedirá que las expulsemos, como, para nuestra vergüenza, lo verificamos harto frecuentemente. Somos, pues, libres para obrar como mejor se nos antoje; el verdadero peligro de la infiltración se producirá cuando los amarillos y los negros organicen Estados militares más poderosos que los nuestros, y sean capaces de dominarnos. Mas, según hemos visto en el capítulo precedente, si ello *acaece alguna vez*, no será tan pronto.

Somos los más fuertes, y podemos obrar según nos plazca; formulemos, en su consecuencia, la cuestión de esta suerte: ¿debemos autorizar la infiltración de amarillos y negros?

El interés primordial de cada hombre que vive acá en el mundo está en que la explotación del globo se realice tan completamente como sea posible. El precio del carbón oscila al presente entre 8 y 12 francos la tonelada; si se explotaran todas las hulleras del mundo, el carbón podría costar un franco por tonelada. Otro tanto sucede con las demás mercancías. El ideal apetecido es que todos los productos sean como el aire y el agua, y si esto pudiera lograrse, viviríamos con perfecta comodidad, sin trabajar. Esto no puede realizarse en absoluto; pero podemos aproximarnos á ello poco á poco. Cuanto mejor explotado esté el globo en toda su extensión, mayor bienestar material gozaremos. Y este bienestar material es la base que sustenta todo lo demás; la nupcialidad, la natalidad, el exceso de nacimientos sobre las defunciones y el incremento de la población, que es su consecuencia; y después, el progreso intelectual y moral de los pueblos. Que los productos sean abundantes, y nadaremos en la prosperidad y en la dicha; mas que el carbón sea extraído de las entrañas de la Tierra por un hombre de rostro blanco ó de cara

negra, no importa más que si está afeitado ó usa barba, porque el hecho económico es en absoluto independiente del fenómeno fisiológico.

Ahora bien, para que la Tierra se halle *completamente* explotada, es preciso que esté habitada también completamente, siendo menester además que haya hombres que sepan utilizar sus recursos. Distamos todavía mucho de ese estado ideal. Hasta la situación del planeta es diametralmente opuesta á lo que convendría á nuestros intereses. De una parte, en Europa, en las Indias y en China, poblaciones muy densas, en que un gran número de individuos no cuentan con ningún medio de proporcionarse un estado cómodo; de otra, en Asia, en ambas Américas, en Australia y en Africa, desiertos en que incalculables riquezas están sepultadas en las entrañas de la Tierra, en lugar de estar sirviendo para la satisfacción de nuestras necesidades. Cuando más pronto concluyamos con este estado de cosas, antes aseguraremos nuestra prosperidad material.

Mas la raza blanca no es suficientemente numerosa para poder explotar desde ahora por sí sola todo el globo. Si esperamos á que aumente en la proporción necesaria, deberemos aguardar cierto tiempo, siéndonos más ventajoso llamar inmediatamente en nuestra

ayuda á los amarillos, los indios y los negros, que suman un total de 800 á 900 millones de hombres. Por otra parte, surge la diversidad de climas. No es imposible la aclimatación del blanco, bajo los trópicos, y de los negros, en la zona templada; pero exige tiempo y el sacrificio de numerosas vidas humanas. Se puede progresar más rápida y económicamente reservando á los negros, los indos y los chinos las zonas calientes, y las templadas, para los europeos. Sería menester, por consiguiente, organizar tres emigraciones: la china, la europea y la inda; y tres centros de población, el África ecuatorial, para los indos, la América ecuatorial, para los chinos, y el resto de los continentes, para los europeos. Cada una de estas agrupaciones llegaría antes de un siglo, con una emigración anual de un millón de hombres, á posesionarse casi totalmente del globo (1). La comarca oriental de los Andes, la cuenca del Orinoco y de los altos afluentes del Amazonas y, por último, Matto-Grosso, podrían contener centenares de millones de hombres. Éste sería el centro de colonización de los celestes. ¡Cómo! —se argüirá tal vez—¿queréis crear una nueva

(1) No podemos descender á más detalles, dado el cuadro que nos hemos trazado, por lo que no esbozamos más que las grandes líneas. La Insulinda podría colonizarse simultáneamente por los indos y los chinos.

China en la América del Sur? ¿Y por qué no? Una nueva China es preferible á un desierto. Empero la formación de una nueva China constituye también un peligro imaginario. Colocados en nuevas condiciones, mezclados con los europeos, los chinos de la cuenca del Amazonas llegarían á diferenciarse de los chinos de la cuenca del Tang-tsé-Kiang, tanto como los negros de los Estados Unidos difieren de los de Guinea.

La colonización china de Matto-Grosso tropezaría con la emigración europea procedente en sentido inverso de las riberas del Atlántico. Los pueblos cruzaríanse en la confluencia de estas dos corrientes humanas, engendrando nuevas razas.

El reparto desigual de los pueblos sobre el planeta constituye uno de los males más graves de la humanidad; debemos, pues, evitarlo con todas nuestras fuerzas, acometiendo cón la más enérgica tenacidad la implantación del equilibrio de las poblaciones. Hay que poner en juego cuantos medios están á nuestro alcance para suscitar, favorecer y activar las tres grandes corrientes de emigración de que hemos hablado anteriormente. Por eso, antójasenos insigne demencia, un verdadero suicidio, intentar sofocarlas cuando se forman por sí mismas. Ahora bien; la tendencia de la infil-

tración de las razas inferiores, tan temida por los pesimistas, es precisamente la realización de ese equilibrio, nunca bastante deseado por los pueblos.

Las emigraciones proceden siempre de los países más poblados á los menos habitados; los obreros belgas van á Francia; los franceses no van á Bélgica, porque Bélgica tiene 200 habitantes por kilómetro cuadrado, y Francia, 72; los italianos emigran para colonizar la Argentina, que es un desierto, y los argentinos no van á colonizar á Italia; los indos marchan á Africa; los chinos, á las islas de la Sonda, á Australia y á América. Todas estas emigraciones tienden al equilibrio de los pueblos, equilibrio que las sociedades civilizadas, aptas para comprender las causas de la evolución de la riqueza, deben considerar como el fin supremo. Viniendo á ocupar nuestros desiertos territorios, las razas inferiores nos ayudan á explotar el planeta, prestándonos de este modo el más precioso servicio. Es menester una aberración mental muy honda para reputar como funesto y desastroso su concurso.

Así como el mono hace los aspavientos más grotescos al percibir un camaleón, los hombres experimentan cierta repulsión contra aquellos de sus semejantes que difieren de ellos muy sensiblemente por el aspecto exterior, los

usos ó las costumbres. Los chinos aborrecen á los extranjeros, y periódicamente, aquí y allá, degüellan á los europeos que se atreven á penetrar entre ellos. Muy cierto que nos sobra la razón para motejarlos de bárbaros: no obstante, nosotros hacemos *precisamente* lo mismo. En el fondo, todo ese pretendido *peligro amarillo* es el sentimiento del mono á la vista del camaleón; los chinos tienen otro traje, otro color en la piel y otro aspecto que nosotros; esto espanta á los californianos, como los blancos infunden terror á los celestes: por eso los californianos degüellan de tiempo en tiempo á los chinos ya establecidos entre ellos, y prohiben nuevas inmigraciones.

Con mayor dureza todavía son tratados los negros por los blancos americanos. «La posición social de un hombre por cuyas venas corra sangre negra, dice Clowes (1), está fijada desde su nacimiento en los Estados Unidos. El niño puede crecer con todos los carismas y todas las virtudes; pero estará condenado á vivir siempre en los grados más ínfimos de la escala social. Ni siquiera necesita ser negro para incurrir en esta reprobación. Una cuarta, una octava, hasta una *dieciseisava parte* de sangre africana, basta para arrebatarle toda

(1) Citado por M. B. Kidd, *Social Evolution*; Londres, Macmillan, 1894, pág. 59.

posible igualdad con un hombre blanco.» Esta conducta subleva tanto más cuanto que, como se sabe, las octavonas son, no solamente tan bellas, sino á veces más hermosas que la blancas. «En 1883, en una de las líneas de Tennessea, una dama de color rica y bien educada, que, huyendo del olor del tabaco, se había refugiado en uno de los vagones *blancos*, fué arrojada de él tan brutalmente por el conductor, que resultó herida... En otro Estado, durante el verano de 1884, un pastor protestante de color que estaba sentado en un vagón *blanco*, fué azotado por los otros viajeros con tanta crueldad, que no pudo predicar el siguiente domingo. Los periódicos del Sur elogiaron entusiásticamente á los virtuosos ciudadanos que habían hecho respetar los derechos de la raza caucásica (1).» Por último, medítese este otro hecho: «Habíase promulgado recientemente en el Estado de Nueva York una ley por la que se obligaba á los fondistas á servir á los negros como á los blancos. El día en que se puso en vigor este *bill*, penetraron en un restaurant tres individuos del más brillante ébano: pidieron la lista; pero el camarero les dió á entender que era sordo-mudo: los tres negros se dirigieron á otro mozo, quien manifestó á gran-

(1) *Journal des Economistes*, 15 Agosto 1894.

des gestos que padecía igual enfermedad que su compañero; luego fué el patrón y, por último, la encargada, los que se negaron á responder. Nuestros tres hombres de color encamináronse entonces al restaurant de enfrente.—Señores, exclamó el dueño con la sonrisa más amable, tengan la bondad de pasar por aquí; les serviremos detrás de esta mampara.—Por fin, en un tercer establecimiento no se puso ninguna dificultad en servir á los tres negros. Mas, por orden del amo, el asado estaba carbonizado, y todos los manjares, espolvoreados con una gruesa capa de pimentón. Los infelices negros retiráronse con la boca ardiendo y la ira en el corazón. Firmes en su derecho, entablaron un proceso contra su anfitrión. Á todos nos extrañará la conducta de estos industriales. Mas, á poco que se conozcan los prejuicios americanos contra los «hombres de color», se comprenderá que es muy probable que semejantes escenas se reproduzcan con harta frecuencia» (1).

Estos bárbaros tratamientos engendran forzosamente odios implacables, que arrastran de tiempo en tiempo, cuando se agota la paciencia de los opresos, á feroces matanzas y carnicerías sin piedad. No queremos decir que la

(1) *Journal des Debats*, 8 Septiembre 1895.

raza blanca no pueda cometer estos excesos, pero también habrán de costarle innumerables víctimas.

Esa irritante injusticia produce, además, en ocasiones un resultado abominable: la guerra permanente entre razas diversas. En algunas regiones desiertas de los Estados Unidos y Méjico, cuando se encuentran un piel roja y un blanco, su primer movimiento es lanzarse uno contra otro: existen entre ellos las mismas relaciones que entre el hombre y el tigre. La idea de la necesidad del mutuo exterminio deriva de un largo tratamiento injusto y bárbaro. Ellos dicen: «El blanco es enemigo del piel roja», y formulan en seguida esta conclusión: «Luego un piel roja debe matar á cualquier blanco que encuentre en su camino.» Semejante estado de cosas, donde quiera que se halle implantado, ha entorpecido extraordinariamente el progreso de la raza blanca. El colono que pasa por el territorio de la raza roja, corre á cada instante el riesgo de ser degollado; esto retrasa muchísimo la marcha de la civilización.

Matamos y expulsamos á las gentes que difieren de nosotros, y nos admira que los demás obren como nosotros. Si, por otra parte, nos proponemos distraer el tiempo en degollar á los que no se nos parecen, el mundo continua-

rá siendo un vasto cementerio, porque es harto probable que las razas humanas se diferencien siempre algo unas de otras. Indudable que se diferenciarán menos que hoy, porque, se cruzarán y equilibrarán más cada vez en razón directa de la facilidad de las comunicaciones; pero, como las disparidades proceden del medio y del clima, siempre habrá desemejanzas. Si las que separan á un blanco de un octavón siguen siendo motivo de antipatías irreducibles, desgraciadamente para todos, los hombres se exterminarán hasta el fin de los siglos.

Esa antipatía que inspiran las razas extranjeras, es subjetiva, caprichosa, transitoria, y en muchas ocasiones, puramente convencional.

Los maorís difieren tanto de los ingleses como los chinos, y, si se quiere, todavía más. Pues bien; por una feliz casualidad, desde la época de la colonización de Nueva Zelanda no se ha constituído ningún prejuicio desfavorable contra los maorís, que viven en perfecta armonía con los ingleses. Reina la igualdad más absoluta, abundando los matrimonios entre los antiguos autóctonos y los nuevos inmigrantes. Suponed otras circunstancias y otro modo de proceder del espíritu británico; si los maorís fueran odiados y perseguidos, ambas razas vivirían empeñadas en perpetua lucha.

Los retrógados de Rusia experimentan todavía algunas veces cierta animosidad contra los israelitas. Imagínese la tragedia de la Pasión de Jesucristo teniendo por escenario la Meca, en lugar de Jerusalém. Siendo los judíos exactamente lo que son hoy desde el punto de vista fisiológico, no hubieran inspirado ningún odio. Otra hipótesis: si el príncipe Wladimiro hubiera optado en 988 por el rito hebráico, y no por el ortodoxo, los rusos no sentirían hoy aversión hacia los israelitas, aunque éstos tuviesen los mismos rasgos de que están dotados al presente.

Puede vencerse la repulsión inspirada por las razas extrañas; es cuestión de educación: al cabo de cierto tiempo desaparece ese instinto pueril, extrañándonos de haberlo experimentado. Cada vez se multiplican más las comunicaciones en el planeta, y presto se fusionarán todos los pueblos. Habremos de acostumbrarnos, por consiguiente, á la amistad con personas de todos los colores. Durante largos siglos nos será imposible reducir á los amarillos, los indos y los negros, necesitando resolvernos á tratarlos bajo un pie de igualdad. Los blancos deben decidirse, si quieren afirmar su dicha en este mundo, á vencer el prejuicio de la raza, como han vencido el de la casta, urgiendo más una democratización in-

ternacional que la democratización social. Necesitamos un 4 de Agosto humanitario; necesitamos, en fin, comprender que nuestro porvenir será tanto más brillante, y nuestro progreso, tanto mayor, cuanto mejor sepamos practicar con las otras razas una justicia más perfecta. Los blancos podrán continuar todavía la política adoptada por ellos en América y en Australia; podrán durante largo tiempo degollar, destruir, y después repoblar mediante sus colonias toda la Tierra. Toda nuestra sangre se rebela contra procedimientos tan espantosamente crueles. Empero, aun prescindiendo del sentimiento, semejantes sistemas no son los más *ventajosos*; conviene mucho más á nuestros intereses acudir á los amarillos, á los indos y á los negros para que colaboren con nosotros en la explotación del planeta, cuya labor recibirá un impulso extraordinario.

Los peligros con que tanto alborotan los pesimistas no proceden de la naturaleza de las cosas, sino de la de nuestro espíritu. La invasión de los chinos se *nos antoja* un mal, porque sentimos hacia ellos un odio pueril. Desechemos este sentimiento, y reputaremos como un bien su invasión. Todos los antagonismos pueden ser borrados por la justicia; se dice, por ejemplo, que el obrero amarillo perjudica considerablemente al trabajador blanco, aceptando jornales reducidos, y otro tanto se afirma de las mujeres con relación á los hombres. Pues bien; hay un medio muy fácil y sencillo contra estos males: páguese á los chinos y á las mujeres, respectivamente, salarios tan elevados como á los blancos y á los hombres (1).

Solamente la justicia puede afirmar la paz social en el seno del Estado; sólo ella es capaz de apaciguar los conflictos entre las razas. Es necesario poner un cubierto en el banquete de la Naturaleza para todo hombre que quiera trabajar. Si estorbamos á las otras razas que ocupen su puesto al sol, intentarán exterminarnos. Hoy son débiles, y nada pueden contra nosotros; pero imagínese una población como la de China avezándose cada vez más á la idea de que la matamos de hambre, prohibiéndole ir á colonizar países extraños inhabitados: transcurrirán muchos siglos antes que esta idea se apodere de la conciencia del pueblo chino; pero cuando lo consiga, producirá muy hondas transformaciones. Entonces los chinos se sentirán solidarios, porque uno mismo será su enemigo irreconciliable, el blanco, que los

(1) En vez de protestar contra la admisión de las mujeres en diferentes oficios, de los que han sido excluidas hasta hoy, los sindicatos obreros debieran organizar huelgas para que se les concediese en todas partes jornales iguales á los de los hombres. La competencia entre ambos sexos sería entonces imposible.

condena al hambre; se organizarán paulatinamente, se armarán, y alistarán hombres; algún día pensarán que vale más pelear con la posibilidad del triunfo, que morir de hambre por no tener tierra que labrar. Si llegara á librarse alguna vez un combate de este género entre amarillos y blancos, veríanse exterminios sin cuartel; mas nunca podría culparse de esta lucha enconada á la intervención natural de las fuerzas económicas, intervención fatal é ineluctable: ella será producto solamente de nuestro pueril exclusivismo y de nuestra imbecilidad; habremos atraído sobre nuestra cabeza calamidades espantosas por haber descuidado lo que más conviene á nuestros intereses: asociar á los chinos á la explotación del planeta.

Los pesimistas repiten en todos los tonos que laboramos nuestra perdición iniciando á las razas inferiores en nuestras artes y nuestras ciencias, y que, sólo con esto, les facilitamos la posibilidad de atacarnos.

La paradoja consiste en este punto en confundir la igualdad de las razas con la guerra. El mal es el mismo, ya sea que los europeos luchen entre sí, ó que peleen contra los negros. La guerra es la calamidad.

Los pesimistas nos aconsejan que no ofrezcamos á los amarillos nuestras armas, porque podrán atacarnos; pero no aconsejan á los

blancos que no combatan entre sí, de donde puede concluirse que miran á la guerra en el seno de la misma raza como menos funesta que sostenida por razas diferentes.

En resumen, la infiltración de las razas inferiores es un bien, y no un mal. Lejos de estorbarla, debemos contribuir con todas nuestras fuerzas á que se realice; sólo ella podrá acelerar la total explotación del globo, y el reinado de la paz universal por el respeto de todas las razas y la justicia internacional.

Expliquemos ahora la frase *si acaece alguna vez*, que dijimos al principio de este capítulo. Hemos probado que si, con nuestro egoísmo pueril y mezquino, causamos la desesperación de los amarillos, podrían éstos entregarse contra nosotros á combates de exterminio; pero muy bien pudiera suceder que imperase la razón, y comprendiéramos cuánto nos conviene practicar la justicia *antes* de que los chinos se organizasen para atacarnos. A los chinos, ni siquiera se les ocurriría intentarlo; la solidaridad de la especie humana sería entonces un hecho.

Para concluir: «Llegará día, escribe Faguet, en que los arios verán con desesperación cómo millones de sus hermanos amarillos, cobrizos y rojizos se aprestan á asaltar la preeminencia y la riqueza». Mas si la preeminencia de los

amarillos ha de desesperar á los blancos, la de éstos debe desesperar también á aquellos. El fin único de los amarillos debiera ser, en su consecuencia, contrariar nuestro progreso, como, según Pearson, nuestro único propósito debería ser estorbar el suyo. ¡Qué ideal tan lúgubre el de este implacable inglés, que no sueña para lo porvenir más que un inacabable exterminio y matanzas feroces! «La expectativa no es muy ruiscña.» ¡Ah!; muy cierto que no, si es que se quiere degollar á millones de hombres porque tengan la piel de color distinto que la nuestra, el índice cefálico algo diferente, ó porque crean que el Espíritu Santo procede solamente del Padre, y no del Padre y del Hijo.

Empero la expectativa será inmediatamente más alegre cuando, desechando nuestros pueriles y bárbaros prejuicios, nos decidamos de una vez para siempre á respètar los derechos de todos nuestros semejantes.

CAPÍTULO XV

La decadencia de Europa

Creemos haber demostrado que Europa nada debe temer desde el punto de vista militar. Las diferentes razas indas ó negras nos pertenecen ya, puesto que la India y Africa están ocupadas por potencias europeas. Los chinos forman todavía un bloque; pero, como hemos demostrado, no descubren al presente ambiciones belicosas, y nada nos autoriza tampoco á pensar que habrán de sentirlas en lo sucesivo.

No tenemos, pues, mucho fundamento para temer un levantamiento general intentado por las razas extranjeras; pero, si se verificase, lo sofocaríamos.

El progreso militar de Europa es inmenso; puede poner en pie de guerra 24 millones de combatientes, siendo Europa, en realidad de verdad, un vasto campamento. Nuestros pueblos son los más guerreros de cuantos han existido en el mundo; la organización de nuestros ejércitos es al presente perfecta como nunca; las legiones de Julio César, las hordas de Temoudjine y los feroces genízaros de Soliman se nos antojarían hoy ejércitos ridículos. Europa ha llegado, en fin, al punto culminante del militarismo; jamás se ha llevado tan lejos el arte de matar; los adelantos mecánicos que han revolucionado todos los órdenes de la actividad social, sirven también en inmensa escala á nuestros ejércitos; hasta nuestros progresos económicos y científicos, lejos de debilitar nuestra organización y nuestro instrumental militar, les han prestado, por el contrario, una enorme superioridad.

Podemos afirmar que la barbarie está doma-

da á partir de aquí, aunque ella sea la más leve de nuestras preocupaciones. Para contener hoy «á todos los bárbaros conjurados» en Asia y África, bastaría medio millón de soldados, y acaso no tanto; y nosotros sostenemos ¡ay! cerca de cuatro millones en *pie de paz.* Los peligros que amenazan á Europa no vienen, pues, del exterior.

Nuestra situación es infinitamente más ventajosa que la de imperio del los Césares, y esto nos autoriza á suponer que no deben repetirse los acontecimientos del siglo V de nuestra Era. Nuestra principal superioridad sobre los romanos consiste en que sabemos cuanto sucede en todo el mundo, en que nos hallamos en estado de adoptar á tiempo nuestras presauciones. Además, Europa tiene una organización inmensamente superior á la de Roma: no es un poder centralizado, sino que cada nación conserva su individualidad y, por ende, su iniciativa y su fuerza.

No parece que Europa deba sucumbir en los combates y en las borrascas, ni abismarse en algún espantoso cataclismo militar: su existencia parece afirmada; pero su progreso puede sufrir de tiempo en tiempo detenciones considerables, y ser desviado por otros centros de civilización.

No nuestros adversarios de fuera, sino nuestros propios vicios, contribuirán á acarrear este desastroso resultado. Desde 1792 á 1815 agitó nuestro continente un cierto viento de locura, y las pasiones más feroces se desencadenaron; por proporcionarse algunas ventajas materiales, los hombres que ocupaban el poder no titubearon en infligir á sus semejantes los sufrimientos más crueles. Se han dado muy pocos períodos más odiosamente brutales y criminales, porque en su transcurso perecieron siete millones de hombres. Nada garantiza, por desgracia, que no pueda reproducirse en nuestro Continente una crisis de este género. Las personas sensatas se esfuerzan heroicamente por fomentar las orientaciones pacíficas; pero ¡ay; se las presta tan escasa atención! Por otra parte, la manifiesta debilidad y la mediocridad indigna de eso que se llama concierto europeo, abren la puerta á las perspectivas más aterradoras. Aquí los pesimistas tienen razón; todo debe temerse de la demencia humana: vislúmbrase la posibilidad de nuevos degüellos, quizá en escala más amplia que en la época revolucionaria é imperial. Imposible desconocer que por ello no sucumbirá la civilización, como no sucumbió en las convulsiones de los comienzos del siglo XIX; pero el progreso de Europa se retrasará sensiblemente.

Á buen seguro que no es necesaria ni fatal una guerra general en Europa; lejos de esto, hasta es de esperar que se evite: numerosos signos precursores anuncian un porvenir más lisonjero. No queremos significar con esto sino que Europa puede pasar todavía por convulsiones terribles, y que nuestra futura felicidad depende únicamente de nuestra prudencia.

La necesidad de la concordia y las ventajas de una federación, se imponen de día en día más á todos los espíritus cultos y razonables. No sólo una nueva guerra produciría un enorme retroceso, sino que la misma paz armada está causando males espantosos. El militarismo excesivo y la prepotencia del fisco, que es su efecto, pueden ciertamente producir á la larga la decadencia de Europa. No perecerá nuestra civilización; pero nada impide su eclipse parcial: no sucumbirá la humanidad; pero sufrirá un perjuicio indudable. Supóngase que América, Australia y Africa realicen amplios progresos en el orden intelectual: si Europa continúa irradiando brillantes fulgores, habrá cuatro focos de luz igualmente intensos; si Europa se abisma en la inercia, como Italia á raíz de la contrarrevolución católica, restarán sólo tres focos activos, siendo perjudicada realmente por ello la humanidad. Además, no puede dudarse que el hecho de ser relegados á segundo término, constituirá para nosotros los europeos un doloroso infortunio.

CAPÍTULO XVI

Irracionalidad del pesimismo

Cuando se muestra á los pesimistas la sumisión de la barbarie y la improbabilidad de una invasión militar de China, cambian de táctica: la destrucción de nuestro progreso no vendrá de nuestros enemigos de fuera, sino de los de dentro. Las sociedades más civilizadas albergan en su seno diferentes hordas salvajes de muy diversa índole que los cafres y los hotentotes; hemos nombrado á las clases inferiores. Las creencias religiosas desvanécense de día en día; el temor al Infierno es impotente ya para contener á los proletarios (notemos de pasada que este temor tampoco sirvió para atajar las matanzas de la Edad Media.) Por otra parte, las excitaciones más insanas propáganse entre las muchedumbres; la Prensa de á *perro chico* penetra en los tugurios más miserables y en las más pobres cabañas, excitando los apetitos del pueblo, y demostrándole el poder brutal del número. Día vendrá en que el fruto esté en sazón; las clases bajas realizarán la revolución social, pasando todo á sangre y fuego. Entonces se derrumbará nuestra civili-

zación, como la Babilonia de Baltasar, en un espantoso cataclismo.

Esta visión apocalíptica, esta nueva profecía de negruras, ¿es más verosímil que la conquista china ó la ruina de Europa por la competencia asiática? He aquí lo que nos proponemos examinar brevemente.

Enseña la Biología que la solidaridad de las partes en un organismo animal está en razón directa de la diferenciación de funciones. Córtese una lombriz en pedacitos: cada segmento continúa viviendo, y se transforma en poco tiempo en un gusano completo; sepárese la cabeza de un hombre de su tronco, y el hombre muere al instante. La misma ley se cumple en las sociedades: cuanto menos diferentes son en ellas las funciones, tanto mejor pueden soportar las convulsiones. En la época en que se conservaban todas las economías bajo la forma de moneda contante y sonante, se resistían fácilmente las invasiones y los motines. En los días revueltos se sacaba del ahorro cada mañana un escudo, y se compraba con esto el alimento y lo indispensable para el sostén de la familia; ahora, muchas personas, en las naciones civilizadas, tienen su capital en cuenta corriente en los Bancos, dejando apenas nada en su casa. Surge una perturbación y una crisis; se interrumpe el servicio de los cheques, y

millares de familias, careciendo de lo preciso para cubrir las necesidades más urgentes, se encuentran en el estado más angustioso, en una posición sin salida. Este peligro no era de temer en los tiempos del atesoramiento metálico. Otro ejemplo: en otros días, antes de las diligencias, del ferrocarril y del telégrafo, las aldeas, las villas y hasta las capitales de provincia recibían una vez cada semana las noticias del mundo exterior; la interrupción de las conicaciones á consecuencia de los trastornos sociales, casi á nadie inquietaba: las noticias, en lugar de llegar un lunes, llegaban el lunes siguiente, sin que nadie viera en ello grave mal. Hoy, por el contrario, estamos acostumbrados á recibir todas las mañanas nuestro periódico, y despachos á todas las horas del día; y cuando esto nos falta, experimentamos por ello una especie de sufrimiento, y sentimos que nuestro país atraviesa un estado anormal, que se nos antoja insoportable.

La civilización crea sociedades cada vez más diferentes y, por tanto, cada vez más delicadas; por eso las naciones modernas no toleran ya largos disturbios: en otros tiempos, la anarquía duraba meses y años. Ningún pueblo europeo consentirá un ataque serio á la seguridad personal ni contra la propiedad; véase cuán breve, y digamos también cuán implacable fué

la represión en Junio de 1848 y en Mayo de 1871. Precisamente porque el rigor está en razón de los sufrimientos experimentados por el pueblo, sufrimientos que, á su vez, dependen de la perfección de la sociedad; si en nuestro siglo un partido provocase un alzamiento general en una nación civilizada, ó triunfaría en seguida, ó se le ahogaría en sangre. Las guerras civiles llegarán pronto á ser tan cortas como las extranjeras.

Muy cierto que en lo porvenir no faltarán revoluciones, como no faltaron en los tiempos pasados; nosotros no lo ponemos en duda: solamente queremos consignar que los pesimistas no tienen razón al conceder á las revoluciones de lo porvenir mayor importancia que á las revoluciones de lo pasado. Las matanzas de la Edad Media, la espantosa guerra de los albigenses, la noche de San Bartolomé, los horribles degüellos de la guerra civil americana...; ninguna de esas calamidades ha destruído la civilización humana. Deben los pesimistas explicarnos por qué las calamidades futuras habrán de destruirla, por qué las energías sociales que han logrado siempre, hasta 1897, restaurar el orden, ya no conseguirán restaurarlo á partir de esa fecha.

Replican los pesimistas: porque el día del advenimiento del cuarto estado social llegará,

tarde ó temprano; y como este estado es pobre, nada tiene que perdonar. Notemos, como de pasada, que en otros tiempos se decía del tercer estado lo que hoy del cuarto; no obstante, la burguesía, después de haber visto realizadas sus aspiraciones, se ha mostrado muy conservadora. Nada impide pensar que sucederá otro tanto con la clase obrera. El otro error consiste en suponer que no hay por bajo del cuarto otro estado. De ninguna manera: hay un quinto, un sexto; los hay en número ilimitado. Siempre los que han llegado sentirán el empuje de los que todavía estén debajo; siempre los que adquieran bienes querrán conservarlos: habrá, pues, eternamente, un partido conservador. Los aldeanos franceses se apoderaron en 1791 de los bienes del clero: ¡que éste intente recuperarlos!

Además, ¿es positivamente cierto que las llamadas clases inferiores sean tan salvajes, tan estúpidas y tan sanguinarias como se supone? Hay países en que todos esos pretendidos salvajes saben leer y escribir, y reciben diariamente periódicos; algunos frecuentan por la noche los cursos universitarios. Cada día se allana más la barrera que separa las clases. ¿Cómo establecer una distinción marcada entre los burgueses y los obreros? ¿Cómo demostrar que los primeros querrán conservar el progreso,

y los segundos, destruirlo, cuando es imposible precisar dónde acaban los unos, y comienzan los otros? Y luego, ¿hay nada más soberanamente injusto que asignar de modo exclusivo á las clases populares el monopolio de la violencia y de la crueldad? Napoleón I no era obrero ni proletario, y, sin embargo, no vacilaba en sacrificar millones de sus hermanos para conseguir algunas satisfacciones personales. ¡Qué se nos cite á un Ravachol que haya cometido tantos homicidios, ó inmolado tantas víctimas inocentes! No comprendemos por qué el asesinato del duque de Enghien ha de ser menos odioso que las bombas de los anarquistas: hasta lo fué más, desde nuestro punto de vista; porque Ravachol, al lanzar sus bombas, arriesgaba su vida, mientras que Bonaparte no exponía absolutamente nada. Además, Ravachol lanzaba por sí mismo las bombas, en tanto que Bonaparte hacía fusilar inocentes por mano ajena; con lo que no solamente cometía un homicidio, sino que asociaba á sus crímenes á una porción de gentes honradas que hubieran sentido invencible aversión hacía ellos.

No se nos oculta que en los momentos de crisis social, cuando las pasiones ya no reconocen freno, las clases populares pueden entregarse á excesos de salvajismo; pero las clases superiores, colocadas en circunstancias análogas, cometen monstruosidades semejantes. La crueldad se encuentra en igual medida arriba que abajo. Si los excesos del populacho en 1792 son odiosos, no lo son menos las dragonadas.

Finalmente, créese también (con no menos error) que el cuarto estado ambiciona la destrucción del progreso humano. ¿Por qué? Los miserables piensan algunas veces obrar bien apoderándose violentamente de los bienes de los ricos; pero lo verifican para gozar de ellos, no para destruirlos. Cuando diferentes miembros de la *Commune* de París, en 1871, tuvieron en sus manos los vinos más exquisitos de Borgoña y Gironda, no rompieron las botellas, sino que, al contrario, las paladearon con extraordinaria fruición. Hubiéranse considerado felices de haber tenido manjares selectos y vinos finos hasta el último día de su vida; lejos de degollar á los Vatel y los Carème, hubiéranlos tomado á su servicio. Tampoco hemos visto en ninguna ocasión á las gentes del pueblo enriquecidas súbitamente destrozar la hermosa ropa blanca ni las sábanas de finos lienzos; sino que, por el contrario, las vemos vestirse con aquella ropa, y acostarse con deleite entre las sábanas. Los señores felices de nuestros días se atribuyen injustamente el monopolio de los refinamientos; los nuevos estados no desdeñan, antes gustan de los placeres

del bienestar y del lujo como los aristócratas de vieja cepa. Aun cuando sobrevenga mañana una espantosa catástrofe, aunque suene pronto el día de la liquidación social, y aunque se realice un reparto de bienes, no por eso peligrará el progreso humano, porque quienes se apoderen de los bienes de otro, lo harán para aumentar sus goces, no para disminuirlos. X almuerza hoy en el café Inglés, y Z, en el figón Duwal. Supóngase un estado inverso de cosas y un cambio de papeles. Siempre subsistirá el café Inglés, sólo que será frecuentado por Z, y no por X, y únicamente se cerrará cuando X se contente con comer patatas cocidas; mas si se satisficiera con ello, no sería menester una revolución. Si quiere hacerla, y la hace, es justamente para proporcionarse todos los goces de la vida.

Dícese, por último, que el progreso humano desaparecerá con el advenimiento del socialismo. También aquí sale á nuestro paso un dilema: ó los socialistas aplican sus doctrinas por la fuerza, ó por la persuasión. Si necesitan emplear la fuerza, cabe suponer que habrá en la época en que quieran realizar su programa numerosos individuos que lo impugnen; de donde se originará la guerra civil, retrovolviendo entonces á la disyuntiva de que hemos hablado anteriormente al demostrar que las

guerras civiles serán cada vez más breves, y que las de lo porvenir no destruirán la civilización, como tampoco la destruyeron las de lo pasado.

Imaginemos el triunfo violento del socialismo. Los socialistas han aplicado su programa, y éste es odiado por la inmensa mayoría del pueblo. Se encuentra uno entonces en presencia de lo que se llama una tiranía. Ahora bien; si las tiranías más feroces no han destruído el progreso en los tiempos pasados, ¿por qué habrían de destruirlo en el porvenir? Por otra parte, las tiranías tienen su término, porque provocan una reacción de una energía proporcional á la opresión que han impuesto: el terror blanco sigue siempre al terror rojo.

Muy al contrario; en la hipótesis de que se establezca por la persuasión y los medios legales, el socialismo no podrá causar cataclismos irreparables. Cuando se adoptan de buen grado nuevas instituciones sociales, es porque se las reputa superiores á las antiguas, y contribuyen entonces á acrecer el bienestar de los hombres, no á mermarlo. Si, pues, llega un día en que el estado individualista sea reemplazado por el estado socialista, será porque éste parezca más perfecto.

De todo lo precedente puede concluirse que la civilizacion europea no sucumbirá á los ata-

ques de los enemigos exteriores, como tampoco á los de los interiores. Tan quimérico es temer á los unos, como á los otros.

Parécenos que hoy menos que nunca debe dudarse de la victoria final del progreso. El animal más débil puede aplastar y destruir el ligero tallo que brota de la tierra; pero, cuando ese leve tallo se ha convertido en árbol gigantesco, es menester para destruirlo una mayor suma de esfuerzos. Si la civilización humana no ha sucumbido en la época en que sus focos eran muy reducidos, no es probable que perezca hoy, que está difundida por todos los continentes. Es difícil adicutir una invasión que destruyese á la vez el British Museum de Londres y las bibliotecas públicas de Chicago, Melbourne y San Petersburgo.

Era lógico desesperarse por el porvenir de la humanidad en 1348, cuando, de cada tres hombres vivos, la peste arrebataba uno; pero en nuestros días los progresos médicos han logrado vencer á la viruela y á la difteria, y acaso mañana consigan dominar el cólera y la tisis. La misma asoladora peste parece subyugada por las inyecciones del suero. Así, la mortalidad, que asciende al 39 por 1.000 en las comarcas menos civilizadas de nuestro continente, apenas si llega al 18 por 100 en las más prósperas. Este tipo del 39 por 1.000, que parece

excesivo en Europa, es ampliamente excedido en África y en Asia. ¿Será, pues, en la época en que la mortalidad de los civilizados es quizá tres veces menor que la de los bárbaros cuando la civilización tiene algunas probabilidades de retroceder? En lo que se refiere á la natalidad, es indiscutible que depende en notable proporción del bienestar económico. En los países en que hay ventaja en engendrar hijos, se engendran. Cuando el espíritu de empresa se halla muy desarrollado, y crea nuevas carreras, el número de hombres aumenta con gran celeridad, como sucedió en Inglaterra desde 1750 á 1880. Mas nada indica que la explotación del planeta esté próxima á sufrir un prolongado estancamiento. Nuestra demencia proteccionista generará una reacción inevitable; por otra parte, el mismo proteccionismo dificulta el progreso sin atajarlo de un modo decisivo. Cuanto más perfecto sea nuestro instrumental, tanto más pronto adaptaremos el planeta á nuestras necesidades; el trabajo que en otros tiempos, con máquinas primitivas, hubiera exigido diez años, reclamará sólo tres con máquinas más perfeccionadas. La explotación seria de nuestro globo no ha, por decirlo así, comenzado; lo porvenir nos reserva trabajos de una importancia abrumadora: existe, pues, motivo para creer que una multi-

tud de nuevas carreras van á ofrecerse á nuestros descendientes. Esto fomentará la natalidad. Aumentando ésta, y disminuyendo la demografía, quedará asegurado el crecimiento de las razas.

En orden al progreso mental de la humanidad, parécenos éste más garantido hoy que nunca. Se hubiera podido temer esa situación desesperada en los tiempos en que el monje Gerber (1) era el único que estudiaba el cielo desde lo alto de su observatorio, y pasaba, á causa de esto, por un nigromántico. Hoy, astrónomos dispersos por los cuatro rincones del planeta levantan una carta fotográfica de la bóveda celeste, que marcará millones de estrellas hasta la catorcena magnitud. Y lo mismo que en la astronomía ocurre en las otras ciencias: nada puede atajar su vuelo; por el contrario, la experiencia de lo pasado prueba que siempre se remontará más alto.

El progreso no es un accidente feliz, sino una consecueucia de las leyes de la Naturaleza; deriva del aniquilamiento de los organismos mal adaptados al medio, y de la supervivencia de los bien adaptados. En el orden fisiológico, sucumben los peor dotados; en la esfera intelectual, desaparecen las ideas falsas: el

(1) El Papa Silvestre II (999-1003).

campo del error se restringe, el de la verdad aumenta, y las ciencias, apoyándose en una base cada vez más amplia, pueden elevar á mayor altura en los aires la cima de su grandioso edificio. Cuantas más cosas sabe el hombre, más fácil le es aprender otras nuevas; á medida que progresemos más, tanto menos nos aterrará un eclipse de nuestro pensamiento, una diminución de nuestro poder de observación, ó un debilitamiento de nuestra inteligencia.

Pero dicen los pesimistas que no tenemos razón al creer en el progreso. «Esa quimera de nuestro tiempo se desvanecerá mañana, afirma Lapouge (1). La fe en el progreso es un sueño edénico. La antigüedad procuraba vivir lo mejor que podía en lo presente, cuidándose muy poco de las cosas futuras. Cada generación se limitaba á llorar los tiempos en que la vida, por ser menos complicada, hacía la lucha menos dura. Ni los babilonios, ni los egipcios, ni los griegos soñaron para la humanidad un progreso acá en el mundo, y el paraíso de ultratumba apenas si ejercía atractivo sobre ellos. El cristianismo, idealizando y transportando á lo porvenir los goces paradisíacos, ha colmado á la humanidad de ensueños de futura dicha. Los filósofos modernos, en su pugna

(1) *Selections sociales* pág. 455.

con el dogma, han hecho descender sobre la Tierra este Edén, y han creído entreverle con sus ojos deslumbrados en las brumas del lejano porvenir.» Pero la ciencia nos enseña que el progreso es una utopia, observa el mismo autor: «Llegará día en que, enfriado el Sol, no dejará llegar á la Tierra más que un calor insuficiente para sostener la vida. La existencia orgánica cesará en la superficie del globo, no quedando nada en la humanidad; ni siquiera un recuerdo que suponga un ser pensante. Las evaluaciones más verosímiles de los geólogos y de los físicos conceden al pasado de la vida sobre la Tierra una duración de ochenta millones de años; á su porvenir, á lo sumo, cinco millones. Sí, como se piensa hoy, el hombre es hombre desde hace centenares de miles de años, la humanidad ha vivido ya la décima ó vigésima parte del tiempo máximo de vida posible sobre el globo. Si de aquí allá nada le detiene, ningún fenómeno geológico ó astronómico imprevisto, ningún microbio, ningún agotamiento rebelde á la ciencia, restánle todavía por recorrer las nueve décimas partes de su etapa, marcha triunfante hacia la nada donde el ser pensante y el pensamiento corren á abismarse» (1).

---

(1) *Selections sociales*, pág. 448.

Todo hombre, aunque disfrute la salud más excelente, sabe que puede morir cualquier día, quizá en el siguiente, y, en todo caso, que, á más tardar, morirá dentro de algunos años. Gran número de individuos están persuadidos de que nada existe más allá de esta vida, y de que con el último suspiro comienza la nada absoluta. Á cada instante vemos desaparecer los seres más queridos. ¡Se siembran ¡ay! tantas tumbas en el camino! Pero esto no nos impide gozar y ver que la vida brinda por momentos verdaderas embriagueces. ¿Y hemos de entristecernos, desesperarnos, porque la humanidad no viva sobre la Tierra más que algunos millones de años? El hombre que pensara constantemente en la muerte, se volvería loco, ó se suicidaría; porque no piensa en ella, puede disfrutar aquí bajo algunos momentos de placer. Ahora bien, si el hombre no piensa siempre en su propio fin, todavía piensa menos en el fin de su especie. Lo que nos importa á cada cual es la época en que vivimos, el porvenir inmediato que confiamos aún ver desarrollarse ante nuestros ojos. El autor de estas páginas lo confiesa ingenuamente; le tiene completamente sin cuidado lo que sucederá dentro de algunos centenares de siglos, y piensa que no es el único en discurir así. Creemos que, tanto el optimismo como el pesimismo, debieran enco-

rrarse en límites más reducidos. Quienes confian en una mejora sensible de las condiciones sociales en un porvenir próximo, tienen derecho á no desesperar; los que creen lo contrario, hacen bien en bajar la cabeza y abandonarse á la desolación. Mas, para los unos como para los otros, es evidente que todo tiene fin en el mundo, y que la humanidad, el globo terrestre y el sistema solar se transformarán un día para entrar en alguna nueva, combinación de la materia.

Todo el problema parece reducirse á estos términos: ¿ha llegado ya la humanidad al punto culminante de su posible progreso? ¿Vamos á presenciar, á partir de 1897, una regresión definitiva y fatal, que se acelerará más cada vez? Nadie puede probarlo. El mismo Lapouge afirma que hemos de recorrer todavía las nueve décimas partes de nuestra etapa. No somos, por tanto, viejos que viven los postreros días de su existencia; somos niños que aún tienen ante sí un porvenir. Cuando se lanza una ojeada sobre nuestro pasado, cuando se profundiza en ese fango sangriento que se llama Historia, convéncese uno de que la humanidad ha vivido hasta el día el período de su existencia más triste y vergonzoso. No sólo no hemos llegado al punto culminante, sino que entrevemos en las brumas de un porvenir ¡ay! todavía harto

lejano, la aurora del verdadero reino humano en que la solidaridad reemplazará á la maldita explotación del hombre por el hombre que hoy se ejerce en todo el planeta. Empero se ha hecho lo más difícil, y los días peores han pasado; lejos de hundir humildemente nuestra frente en el polvo, podemos alzar con arrogancia la cabeza y mirar al cielo sin miedo y sin terror. La humanidad se halla todavía en sus comienzos; la magnífica cima á que miramos, surge ante nosotros: nos será preciso ascender durante siglos sin estar aún cerca de conocer las tristezas y las amarguras de la decadencia.

¡No, mil veces no! La Ciencia no justifica el pesimismo. Muy al contrario; sus enseñanzas de las leyes del Universo demuestran que nada se opone á nuestro progreso. El pesimismo es cuestión de temperamento personal, y, en nuestros días, una diversión de *dilettantis*, y nada más.

Pero no puede desconocerse que el pesimismo es una planta muy venenosa. Así, á fuerza de repetir que los asiáticos han de degollarnos un día, y acabar con nuestra civilización, se puede concluir por hacérselo creer á un fuerte núcleo de personas, que odiarán entonces ciegamente á los asiáticos, negándose á tratarlos con la justicia debida: esto puede originar fe-

roces matanzas. Cuando éstas se produzcan, no serán á consecuencia de condiciones naturales é ineluctables de nuestro planeta, sino el efecto de nuestros errores y aberraciones. Hemos visto cómo el pretendido choque supremo entre blancos y amarillos es un fantasma sin realidad, fácil de conjurar y perfectamente inútil, pero si se produjera alguna vez, sería á causa del triunfo de las ideas pesimistas.

Aparte de los grandes degüellos que pudiera motivar el pesimismo, contribuye también en proporción inmensa á disminuir los goces de la vida individual; velándonos el Cielo, nos sume en la desesperación y en las tinieblas. Entonces nos entristecemos, dejamos de tener fuerza para vivir y para querer, sin advertir ni notar que sólo de nosotros depende rasgar ese velo, y contemplar fijamente el cielo azul.

Nuestro mismo pesimismo demuestra también que no debemos desesperar de lo porvenir. Ese pesimismo procede en parte del abismo que hoy existe entre nuestro ideal y la realidad. Ahora bien; este abismo es tan grande, porque nuestro ideal se ha elevado más, no porque nuestra realidad sea más triste. Nada más adecuado justamente que la elevación de nuestro ideal para suscitar nuestras energías. En otros tiempos, el hombre satisfacíase con vivir al día, y no se estimaba como colmo de

dicha más que el hecho de arrancar al vecino una provincia; ahora soñamos con la unión absoluta y pacífica de la humanidad, y con el reparto equitativo de los bienes de este mundo entre todos los hombres que habitan en él.

Comenzamos á entender que este ideal es perfectamente realizable. Nos bastaría querer. Así, las doctrinas que deprimen el espíritu se nos hacen cada vez más antipáticas, y llegamos á aburrirnos de un pesimismo ruin y arcaico que ha pesado sobre nosotros durante demasiado largo tiempo. Nos sentimos descorazonados por él, y queremos desecharlo de nosotros á toda costa. Sabemos, para de hoy en adelante, que este pesimismo carece de fundamento científico, que es un estado morboso contingente; anhelamos, en fin, gustar á nuestro antojo, la persuasión de que todavía se halla reservado á nuestra especie el más brillante porvenir, y queremos trabajar por realizarlo esforzadamente, como hombres, no como niños enfermos.

Unas palabras antes de terminar: los pesimistas dicen que la vida no vale la pena de ser vivida, y que el no ser es preferible al ser. Adviértese en esta conclusión general de su doctrina una contradicción capitalísima. En efecto; para preferir *no ser*, es preciso *ser*. ¡Quien prefiere la muerte, se mata! Pero quien

no se mata, y declara preferible la muerte, huye de lo que pretende como bueno, y busca aquello que afirma que debe huirse.

Los pesimistas quisieran suprimir la vida. ¡Cuán fácil es esto! Haced que los mil quinientos millones de criaturas que se mueven sobre el planeta se decidan al suicidio ó á no engendrar hijos. Y luego, cuando lo hubierais logrado, ¿qué bien vendría con ello? El hombre desaparecería de la Tierra, otro ser se haría rey de ella, y durante largos siglos la vida continuaría en el planeta su marcha triunfal é imperturbable.

FIN

INDICE

Págs.

Libro cuarto.—*Peligros imaginarios.*